

Deseo

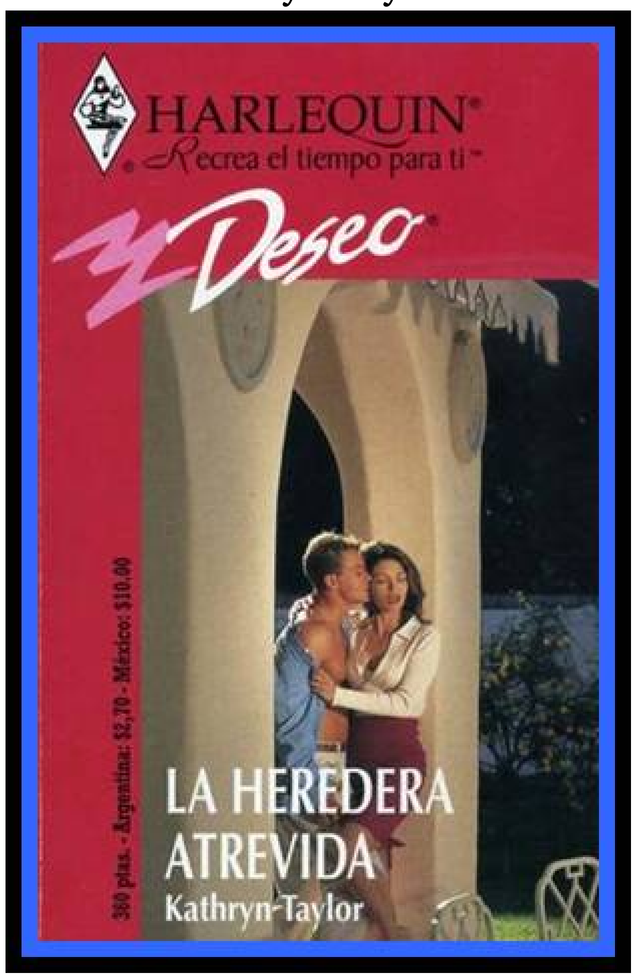
360 ptas. - Argentina: $2,70 - México: $10.00

LA HEREDERA ATREVIDA

Kathryn Taylor

La heredera atrevida

Kathryn Taylor



La heredera atrevida (1999)
Título Original: The scandalous heiress (1999)
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Deseo 850
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Clayton Reese y Mikki Finnley

Argumento:

¿Era esa camarera realmente una heredera perdida hace tiempo? Clayton Reese estaba tan enamorado de esa belleza con los pies bien puestos en la tierra, que no estaba seguro si Mikki Finnley había nacido para los

vaqueros o para los diamantes. Este lobo solitario no tenía más alternativa que encontrar la verdad… y seguir su corazón dondequiera que lo llevara.

Capítulo Uno

Mikki se asomó por la rendija de las puertas de vaivén, nerviosa.

—¿Estás segura de que ha preguntado por mí?

—Michelle Finnley de McAffee, Kansas —sonrió Annie—. Ésa eres tú, chica. Es la segunda vez que ha venido preguntando por ti.

Mikki sintió un nudo en el estómago. "Michelle Finnley de McAffee, Kansas", repitió para sí. Miró de nuevo al hombre que estaba sentado en la última mesa. No sabía mucho de moda, pero estaba segura de que el traje que lucía era de lo mejor que se podía ver en aquellos días: olía literalmente a dinero.

¿Qué querría? ¿Y cómo había podido seguirla hasta Nueva York desde McAfee, una población que contaba con ochocientas almas incluyendo sus cabezas de ganado? Cualquier lazo que la hubiera atado a aquel pueblo había quedado enterrado siete años atrás, junto con la mujer que había sido su madre. Y Mikki deseaba que así siguiera siendo.

—Parece como si hubieras visto a un fantasma, cariño —Annie la tocó en un hombro—. ¿Quieres que me libre de él?

Mikki negó con la cabeza. Antes de alarmarse más todavía, bien podría averiguar lo que quería ese hombre. Después de alisarse la falda de su uniforme rosa, abrió la puerta.

De la multitud que a la hora de comer había llenado el restaurante de comida rápida, sólo quedaban unas pocas parejas tomando café. Chilló una sirena cuando un coche patrulla pasó a toda velocidad, elevando tanto el pulso de Mikki como su nivel de ansiedad. Sin más preámbulos, le dijo al hombre que se hallaba sentado en la última mesa:

—Tengo entendido que ha estado preguntando por mí —lo miró de arriba abajo, procurando trasmitirle una impresión de indiferencia.

—¿Es usted Michelle Finnley? —su voz profunda tenía un acento que ella no consiguió identificar. Parecía tasarla con la mirada de sus impresionantes ojos color gris pizarra.

—Sí. ¿Y usted quién es?

—Clayton. Clayton Reese —se levantó y le tendió la mano.

Ella se la estrechó, fijándose en el reloj de oro que lucía en la muñeca. Una cosa que había aprendido de su padrastro era diferenciar el oro verdadero del falso. Todo lo demás que hubiera podido enseñarle... era preferible olvidarlo.

—¿Le importaría sentarse? —le preguntó él. Después de haber pasado todo el día de pie, Mikki no lo dudó y tomó asiento al otro lado de la mesa.

—¿Qué puedo hacer por usted?

Siguió un incómodo silencio. Mientras el hombre abría su maletín, Mikki aprovechó la oportunidad para observarlo. Su mandíbula cuadrada y su nariz recta, como talladas a cincel, le daban un aspecto tan frío e impresionante como una estatua de mármol. Que tenía una pasmosa seguridad en sí mismo resultaba evidente por la manera en que manejaba los documentos que iba sacando de su maletín.

—¿Es usted la misma Michelle Finnley que fue adoptada por Sara Finnley?

Mikki se quedó paralizada. Hasta que murió su madre, no había sabido que había sido adoptada. ¿Quién era aquel hombre y cómo sabía tantas cosas sobre ella?

—¿Por qué quiere saberlo?

—¿Le importaría responderme a la pregunta que le he hecho?

—¿Es usted un poli? —una sola mirada a su traje de corte impecable y supo la respuesta. Presentaba una imagen de hombre de negocios, de ejecutivo, quizá fuera abogado. Porque, ciertamente, Mikki se sentía como si estuviera en un tribunal.

—¿Significa algo para usted el nombre de Megan Hawthorne?

—¿Debería?

—¿Eso es un sí o un no? —el hombre suspiró de impaciencia.

—Dígame una cosa —Mikki ladeó la cabeza—. ¿Le resulta posible sonreír mientras está haciendo esto?

—¿Perdón?

—Me está haciendo usted un montón de preguntas cuyas respuestas evidentemente conoce. Si lo está haciendo para burlarse, al menos podría exteriorizarlo.

Clayton se echó hacia atrás en su asiento. Podía sentir las gotas de sudor que circundaban el cuello almidonado de su camisa blanca. A pesar del agobiante calor del verano, la mujer que estaba frente a él tenía un aspecto fresco. Si no se hubiera recogido su melena oscura en una cola de caballo, habría ofrecido una apariencia bastante bonita. La manera en que se había pintado los ojos grandes, de color castaño, la hacía parecer mayor de los veintitrés años que sabía que tenía.

No era para nada lo que se había esperado. ¿Cómo era posible que aquella espabilada camarera fuera la hija perdida de Richard? Michelle Finnley no encajaba con la imagen que él mismo se había hecho de una consumada artista del engaño.

—He tenido un día muy duro, señor Reese. Será mejor que vaya directamente al grano.

—De acuerdo. Mi cliente está intentando localizar a su hija biológica.

Mikki abrió unos ojos como platos.

«¿Un gesto fingido o genuino de sorpresa?», se preguntó Clayton.

—¿Y usted piensa que soy yo?

—Es posible —hasta que supiera lo que estaba sucediendo en realidad, no quería soltar demasiada información—. Eso es lo que estoy intentando averiguar.

—¿Qué le hace pensar que yo querría conocer a mis padres biológicos?

Clayton estuvo a punto de atragantarse con el café, que a esas alturas ya se le había enfriado. Durante veinte años Richard había investigado cualquier tipo de pista, por descabellada que fuera, para localizar a su hija secuestrada. Quienquiera que le hubiera enviado aquella nueva información, podría estar gastándole una pesada broma a un hombre enfermo. Y Clayton estaba decidido a asegurarse de que no volvieran a hacerle daño.

—¿Va usted a cooperar o no?

—Me lo pensaré. ¿Dónde podré localizarlo?

Se humedeció los labios con la punta de la lengua. Clayton pensó que si había tenido intención de distraerlo con aquel gesto tan provocativo, había estado a punto de conseguirlo. Había esperado conseguir más información, pero intuía que insistiendo no lograría absolutamente nada. Si era una chica inocente o una maestra del engaño, a su debido tiempo se sabría. Sacó de su cartera una tarjeta de presentación y escribió en el reverso la dirección de su hotel. Mikki lanzó un silbido al leer el nombre.

—Bonito lugar.

Se levantaron al mismo tiempo. Cuando Mikki pasó delante de él, Clayton no pudo evitar fijarse en sus caderas y en la forma que tenía de contonearlas al andar. Mientras la seguía, la temperatura corporal le subió junto con el pulso. De repente, Mikki se detuvo para dar media vuelta. Incapaz de detenerse a tiempo, y en un acto reflejo, Clayton soltó el maletín para agarrarla de la cintura mientras ella apoyaba las manos en su pecho, cerrando los dedos en la tela de su chaqueta.

Sus miradas se encontraron. Algo semejante a la emoción le oprimió el pecho, y el resto de su anatomía reaccionó de una

manera igualmente incómoda. Sus ojos color ónice eran increíblemente seductores: una paradoja de inocencia y experiencia. Había estado equivocado: Michelle Finnley era más que bonita. Era preciosa, a pesar de lo mucho que se esforzaba por presentar un tosco aspecto.

Mikki se apartó de él y, tímidamente, hundió las manos en los bolsillos.

—Ya puede respirar.

—¿Qué? —inquirió Clayton mientras recogía su maletín.

—He tocado bloques de hielo que despedían más calor que usted. Ha sido un accidente que no volverá a ocurrir.

No era la primera mujer que le hacía un comentario sobre su falta de calor, pero sí había sido la primera en provocarle aquel fuego en su interior. Le había encantado sentir el contacto de sus manos. Afortunadamente para él, la chica había malinterpretado la causa de su tensión.

—¿Hay algún teléfono público cerca? —inquirió, deseoso de romper aquel incómodo silencio.

—Delante de la farmacia, a unas dos calles de aquí —Mikki retrocedió otro paso—. Ya tendrá noticias mías.

Clayton asintió y salió a la calle. Aunque no había conseguido demasiado con la evasiva señorita Finnley, le había prometido a Richard qué le llamaría nada más finalizada la entrevista. Después sería mejor que abandonara cuanto antes aquel barrio, convenientemente llamado La Cocina del Infierno.

Con el maletín bajo el brazo, caminó por la calle con una creciente sensación de incomodidad, preguntándose cómo podía una joven sobrevivir sola en un barrio semejante. De los tres teléfonos públicos que había delante de la farmacia, sólo uno conservaba el auricular. Cuando se llevó una mano al bolsillo interior de su chaqueta, se quedó paralizado por la impresión. Aquella belleza morena le había quitado algo más que el aliento. Le había robado la cartera.

Clayton volvió rápidamente al pequeño bar. No se veía a Michelle por ninguna parte. Una mujer también vestida con un uniforme rosa, pero dos generaciones mayor que ella, lo saludó desde el mostrador.

—¿Puedo ayudarlo en algo?

—¿Sigue todavía aquí la señorita Finnley? —inquirió, aunque ya conocía de sobra la respuesta.

—Ya ha terminado su turno —la mujer sacó una moneda de un bolsillo y se la entregó—. Dejó esto para usted.

—¿Qué es?

—Una ficha para el metro —contestó la mujer con tono divertido.

Mikki se lavó la cara con agua fría y se atusó un poco el cabello. Apoyada en el lavabo de señoras, sacó la cartera de un bolsillo y examinó su contenido. Un permiso de conducir de Massachussets, un buen surtido de tarjetas de negocios y no menos de tres tarjetas de crédito, todas doradas, a nombre de Clayton Reese.

Así que no le había mentido acerca de su identidad. ¿Qué querría realmente? Era un tipo demasiado rígido y estirado para ser un buen estafador,

Contó el número de billetes de cien dólares que había dentro de la cartera, y se echó a reír. No le habría venido nada mal quedarse con todo ese dinero, pero ella no era una ladrona. Ya no. Y si lo había sido alguna vez, era porque no había podido elegir. Guardó la cartera en su bolso y rápidamente se puso una camiseta y unos vaqueros. Si tomaba un taxi, podría llegar al hotel antes de que el señor Reese lograra orientarse en la red de metro de Nueva York.

Con un leve golpe en la puerta, Annie le dejó saber que él había llegado. Salió sigilosamente por la puerta trasera y tomó un taxi.

Difícilmente se había creído la historia de Clayton. Si su padre

biológico deseaba encontrarla, ¿por qué había esperado durante tanto tiempo para contactar con ella? Algo no encajaba en lo que le había dicho. ¿Podría su interés descansar más en su corrompido pasado que en su incierto parentesco?

Clayton entró al fin en el hotel, y una vez en el vestíbulo aspiró la primera bocanada de aire soportable. Su furia había aumentado con cada estación de metro mientras se esforzaba por orientarse en aquella intrincada red. Luego tuvo que llamar al director del hotel para pedirle otra llave: un nuevo inconveniente más. Los tres mensajes que escuchó de Richard tampoco contribuyeron a mejorar su humor.

Para cuando entró en su habitación, sólo tenía ganas de tomar una buena ducha; después cancelaría sus tarjetas de crédito. De repente descubrió su cartera sobre el escritorio. Escépticamente, revisó su contenido.

—No falta nada.

Clayton se volvió rápidamente. Michelle Finnley se encontraba allí, apoyada en la pared y sonriendo como diciéndole: «bobo».

—¿Cómo se las ha arreglado para entrar?

—Con la llave que estaba en su cartera —hundió las manos en los bolsillos de sus viejos vaqueros—. No debería salir por ahí con tanto dinero en efectivo. Cualquiera podría robarle.

—Y usted no debería entrar en la habitación de un desconocido. Podría no ser muy seguro.

—Usted no es un desconocido —rió Mikki—. Lo sé todo sobre usted. Dónde trabaja, dónde vive, a quién llamar en caso de emergencia. Incluso sé su número de abonado a la seguridad social. Lo cual es justo, dado lo mucho que parece usted saber sobre mí.

“Touché”, pensó Clayton mientras dejaba su maletín sobre el escritorio. Aquella mujer tenía carácter, eso estaba claro. Sabía cuidar perfectamente de sí misma. Algo que no era de extrañar teniendo en cuenta el tipo de barrio en el que trabajaba. Acababa

de sentarse cómodamente en una silla estilo Reina Ana, y desde luego parecía sentirse como si estuviera en su propia casa. Su sedosa melena se derramaba libremente sobre sus hombros, y su rostro estaba limpio del tosco maquillaje anterior.

—¿Va a contarme de una vez de qué va todo esto, o quiere que sigamos jugando como hasta ahora? —le preguntó ella.

—¿Usted no sabe lo que es la sutileza, verdad?

—Quizá usted tenga tiempo para eso, pero yo no. Y no me gusta la gente que merodea por mi lugar de trabajo haciendo preguntas sobre mí.

—¿Por qué? ¿Es que tiene algo que esconder, Michelle?

—Mikki —lo corrigió—. Y todos tenemos cosas que esconder.

—¿Qué es lo que quiere saber... Mikki? —le preguntó mientras tomaba asiento en la silla, frente a ella.

—Encuentro difícil de creer que un padre que se libró de mí con tan pocos escrúpulos haya decidido repentinamente retomar los lazos familiares —declaró con ton amargo y un brillo de furia en los ojos.

—Richard Hawthorne no se libró de su hija. La secuestraron hace veinte años.

—¿Richard Hawthorne? ¿El de Empresas Hawthorne?

—¿Así que ha oído hablar de él? —preguntó Clayton, mirándola con sospecha.

—No. Aparece en una de sus tarjetas de negocios. ¿O acaso se creía que no sabía leer? —Mikki suspiró. Su primera impresión había sido acertada: aquel hombre era un esnob frío y desconfiado.

—Sí, bueno... —se aclaró la garganta—. Recientemente hemos recibido una información...

—¿De quién?

—Esperaba que usted podría decírmelo.

—No tengo ni idea —declaró Mikki, aunque tenía una sospecha. Sintió un nudo de tensión en el estómago.

¿Habría terminado su padrastro por hacer carrera en el mundo? Los pequeños timos y el hurto de carteras era una cosa; pero intentar hacerle pasar a ella como la desaparecida heredera de un millonario era algo muy distinto, un delito de primera clase. Bueno, de todas formas ella no tenía ningún deseo de participar en aquello.

—Obviamente debe de haberse tratado de un error. Puede decirle a Max que no voy a participar en ese juego.

—¿Max? —Clayton arqueó las cejas—. ¿Se refiere a Maxwell Blake? ¿Sabría usted acaso dónde podría encontrar a su padrastro?

—No —respondió, pero de inmediato advirtió el brillo de desconfianza de su mirada. Max no era lo suficientemente listo, o lo suficientemente estúpido, como para preparar aquel tipo de estafa. ¿O caso lo era? ¿Quién más podría tener algo que ganar con aquello?

«Evidente, Mikki: tú misma». No le extrañaba que Clayton Reese le estuviera poniendo aquella cara. Pero mientras ella supiera que era inocente, ¿qué podía importarle lo que él pensara de ella? Sin embargo, por alguna incomprensible razón, sí que le importaba.

—Siento que haya hecho este viaje para nada.

—Entonces, ¿es que quiere poner ahora mismo fin a todo esto? —la pregunta de Clayton parecía más bien una acusación.

—¿Poner fin a qué? —inquirió tensa.

—Al engaño. Al timo. Como quiera llamarlo.

—Aquí no hay engaño alguno —replicó, exasperada—. Al menos, no por mi parte. Yo no me puse en contacto con usted. Fue usted quien vino a verme. —Si eso es verdad, entonces no tiene nada que perder si aclaramos la situación. Quiero pedirle que pase

un corto fin de semana en Massachussets y conozca a Richard Hawthorne. No perderá nada. Todos sus gastos estarán cubiertos.

Mikki se levantó y atravesó la habitación. Su primera reacción fue rechazar la oferta. Aparentemente alguien se había tomado muchas molestias, o en aquel momento ella no se encontraría en la habitación de un hotel de primera clase manteniendo aquella conversación con un tipo como Clayton Reese. Se quedó delante de la ventana, contemplando el tráfico nocturno. Si se marchaba ahora, él creería que había intentado montar una estafa y que se había echado atrás en el último momento. Un solo fin de semana le demostraría su inocencia. ¿Tendría éxito en el empeño? ¿O se vería a sí misma implicada en otra de las estafas de su padrastro, en esa ocasión sin el beneficio de una minoría de edad que la librara de ir a la cárcel?

Se enredó un mechón de cabello en un dedo, con gesto nervioso. Intentó aconsejarse que se mantuviera lo más lejos posible de aquella situación... pero una débil voz interior le susurró algo a aquella parte de su mente que aún creía en los sueños: ¿y si la información que Clayton tenía en su poder era verdadera?

¿Y si podía llegar a conocer a su verdadero padre? ¿Y si era la heredera de una gran fortuna?

Capítulo Dos

Clayton le pidió al taxista que esperara delante del ruinoso edificio. ¿Le habría dado Mikki una dirección falsa? Botellas rotas de cerveza cubrían por doquier la calle. Y un anciano se abrazaba a una farola, temblando como un niño perdido.

Clayton llegó al rellano y llamó a la puerta con los nudillos. Mientras esperaba, constantemente sentía la necesidad de mirar hacia atrás. Suspiró de alivio cuando contestó Mikki.

—Llega usted pronto —le dijo ella, sosteniéndole la puerta.

—¿Ésta es su casa?

—No, es una pensión. ¿O acaso se creía que trabajando donde trabajo podría permitirme una suite en el Ritz?

—Discúlpeme —se excusó Clayton, sintiéndose culpable.

—No importa —se encogió de hombros y lo guió por el estrecho corredor.

Su dormitorio, de proporciones mínimas, sólo contenía una estrecha cama y una mesilla. Una bombilla colgada del techo constituía la única iluminación. En una esquina había una maleta, pegada a la pared.

—¿Se lleva consigo todas sus pertenencias? —le preguntó él, advirtiendo que el armario estaba vacío.

—Eso es mejor que volver a casa para descubrir que te han robado —replicó ella como si su respuesta resultaba obvia.

Clayton no estaba seguro de qué le molestaba más: si el peligroso barrio en el que vivía, o el dato de que absolutamente todas sus posesiones estaban encerradas en aquella maleta. Fuera cual fuera la razón, sintió un nudo de tensión en el estómago. La chica se cepilló rápidamente el cabello y se miró en el espejo. La sencilla falda negra que llevaba, junto con su blusa color crema, le

daban un aire de tranquila dignidad. Probablemente ésas serían sus mejores ropas.... ¿Sería en realidad una Hawthorne? Creía percibir cierta semejanza. ¿O simplemente estaría viendo lo que deseaba ver, movido por sus propias razones?

—Será mejor que salgamos ya si queremos tomar el avión —le comentó de pronto.

—¿El avión? Usted no me dijo nada acerca de un avión —replicó; el tono oliváceo de su cutis se había tornado pálido.

—¿Es que hay algún problema?

Como esforzándose por hacer acopio de todo su coraje, la chica aspiró profundamente:

—No. Claro que no.

Pero Clayton no la creyó ni por un momento.

Sólo cuando estuvieron instalados en el coche de Clayton, en el aparcamiento del aeropuerto internacional Logan, Mikki sintió que empezaban a ceder las náuseas. Estiró los brazos para aliviar la tensión, mientras pensaba que la gente solía exagerar sus miedos a viajar en avión; no había sido para tanto. Clayton, por su parte, la miraba divertido.

—¿Qué es lo que le hace tanta gracia?

—Oh, vaya, ha hablado. « ¡Oh, habla otra vez, ángel radiante...! »

—Estupendo. Ahora se pone a recitar a Shakespeare —exclamó ella. Quizá ella no hubiera abierto la boca durante el corto trayecto de avión, pero tampoco podía decirse que él se hubiera mostrado muy elocuente...

—Nunca había volado antes.

—Oiga: ¿se puede saber cómo ha sido capaz de adivinar eso, señor Holmes?

Clayton dejó de sonreír, frunciendo el ceño.

—Perdóneme si le he parecido algo condescendiente...

—Lo parece y lo es —declaró Mikki, aunque pensó que tal vez estuviera exagerando las cosas. Clayton tenía la extraña virtud de ponerla a la defensiva ante su intachable comportamiento.

—Entonces será mejor que vaya aprendiendo a serlo usted. Si al final resulta que es la hija de Richard, necesitará de toda la arrogancia que pueda conseguir para sobrevivir en esa familia.

Mikki arqueó una ceja al detectar la dureza de su tono de voz.

—Parece como si los conociera bien.

—No es de extrañar. Richard está casado con mi tía Alicia.

«La tía Alicia», repitió Mikki para sí. ¿Por qué le sonaba tanto aquel nombre? Cerró los ojos, pero fue incapaz de asociar rostro alguno a aquel borroso recuerdo.

—¿Se encuentra usted bien?

—Sí, sí —miró por la ventanilla cuando Clayton arrancó el coche—. Pensé que era su abogado, o algo así.

—Trabajo para él, pero no soy abogado.

—Ajá —musitó, como esperando sin éxito a que ampliara su respuesta—. ¿Cuánto tardaremos en llegar?

—Cerca de una hora. Abróchese el cinturón de seguridad y disfrute del viaje.

Una vez que dejaron Boston, ante ellos fueron extendiéndose kilómetros y kilómetros de maravilloso paisaje. Los siete años pasados en Nueva York habían anulado los recuerdos que Mikki guardaba de los paisajes verdes, exuberantes. Pensaba en Kansas y en los viejos tiempos, antes de que su madre se casara con Max... ¡no! No pensaría demasiado en un pasado que no podía cambiar. Si había cometido errores, había sido para proteger a la única madre

que había llegado a conocer.

Se preguntó cuánto sabría Clayton de su pasado. Aparentemente había profundizado mucho en su investigación, pero los recuerdos juveniles se hallaban a buen recaudo. Que él la hubiera llevado tan lejos significaba que no podía refutar la información que había recibido.

Sentía, más que veía, su mirada de curiosidad. Su escrutinio la irritaba. Arrellanándose en su cómodo asiento, se esforzó por ignorarlo... y fracasó miserablemente.

Físicamente, Clayton era el hombre perfecto. Alto y esbelto, personificaba cada fantasía que ella se hubiera atrevido a imaginar, y algunas otras que aún no había imaginado. Muy a su pesar, aquel hombre le suscitaba una respuesta sexual que habría sido mejor mantener enterrada, dormida.

—Me sorprende que no me haya hecho más preguntas acerca de su familia —le recordó.

—Todavía no hemos dejado demostrado que ésa sea mi familia —le recordó Mikki.

Vaya, se está ruborizando.

—Si lo dice por mis ojos y mi pelo castaño, hay cinco millones de personas en Nueva York que tienen este aspecto.

—No, es otra cosa —negó Clayton con la cabeza—. Tanto William como Joseph tienen ese mismo color de pelo... casi negro, pero no del todo.

—Me alegro por ellos —replicó secamente.

—Yo no diría tanto. A juzgar por Richard, se le pondrá gris a una edad relativamente temprana —declaró, irónico.

—¿Es que intenta provocarme para que le pregunte quiénes son esos William y Joseph, o caso supone que ya lo sé?

—No me diga que no se acuerda de sus queridos primos.

—No estoy segura de qué le molesta más: si la posibilidad de que yo pueda ser la hija de Richard Hawthorne o la posibilidad de que no lo sea —exclamó, desaparecida del todo su paciencia—. En cualquier caso, ya estoy harta de sus insinuaciones.

Clayton gimió para sus adentros; aquella chica había estado tan cerca de adivinar la verdad, que no podía menos que maravillarse de su percepción. No estaba seguro de qué le habría gustado más. Cuando sólo era un crío, había sido testigo del secuestro de Megan Hawthorne... y el recuerdo aún lo atormentaba. Veinte años de rastrear falsas pistas amañadas por estafadores de todo tipo habían asesinado toda esperanza que hubiera tenido de alcanzar un resultado favorable. Pero veinte años culpándose sordamente a sí mismo nunca le habían permitido abandonar aquella empresa

Todos y cada uno de los detalles acerca de Mikki encajaban. Incluso encajaban demasiado bien. ¿Por qué una anónima persona tenía que haber resucitado todo aquello y en ese momento preciso? Cualquiera que hubiera seguido el caso podría haber recopilado los datos suficientes para despertar su atención. Pero esa persona tendría que haber sabido que, finalmente, una prueba de ADN habría terminado por desvelar el montaje. Entonces, ¿por qué no había insistido él mismo en que Mikki se sometiera a una de esas pruebas en vez de llevarla a ver a Richard?

—Pare —gritó Mikki.

Clayton frenó bruscamente, con el corazón acelerado. Escrutó la carretera, esperando descubrir algún obstáculo.

—¿Qué pasa?

—Nada. Sólo quería estirar las piernas —y salió del coche antes de que él pudiera detenerla.

Se encontraban al lado de un campo de béisbol, y Mikki se puso a correr de una base a otra con la espontaneidad y la alegría de una niña. Aunque había numerosos bancos en aquel parque, ella prefirió dejarse caer en el centro del campo, de cara al sol.

Una vez que se hubo recuperado de la sorpresa, Clayton también

salió del coche. Era extraño: todos los días pasaba por aquella carretera y jamás antes se había fijado en aquel pequeño parque. Miró su reloj, y luego se encogió de hombros. ¿Qué diferencia podría suponer algunos minutos más de retraso? Optó por reunirse con Mikki.

Pero cuando se acercaba a ella, Mikki le agarró de repente un tobillo, impidiéndole dar el último paso.

—Cuidado. Ha estado a punto de pisar una flor —le dijo desde el suelo, donde seguía tumbada.

—¿Qué flor? Aquí sólo hay hierbajos.

Mikki le soltó el tobillo y cortó una florecilla amarilla, para luego ponérsela en la oreja.

—No me extraña que no la haya visto. Cualquier cosa sencilla, a usted le parece algo insignificante: hierbajos. Incluida yo misma.

«¿Sencilla?», repitió Clayton para sí. No. Mikki no era sencilla; era única. Se encontraba a sólo unos pocos kilómetros de una entrevista que podría cambiar para siempre su vida, y ella prefería revolcarse en el césped.

—Descanse un poco, Clayton. ¿O es que teme ensuciarse el trasero si se sienta aquí?

—Ya casi hemos llegado.

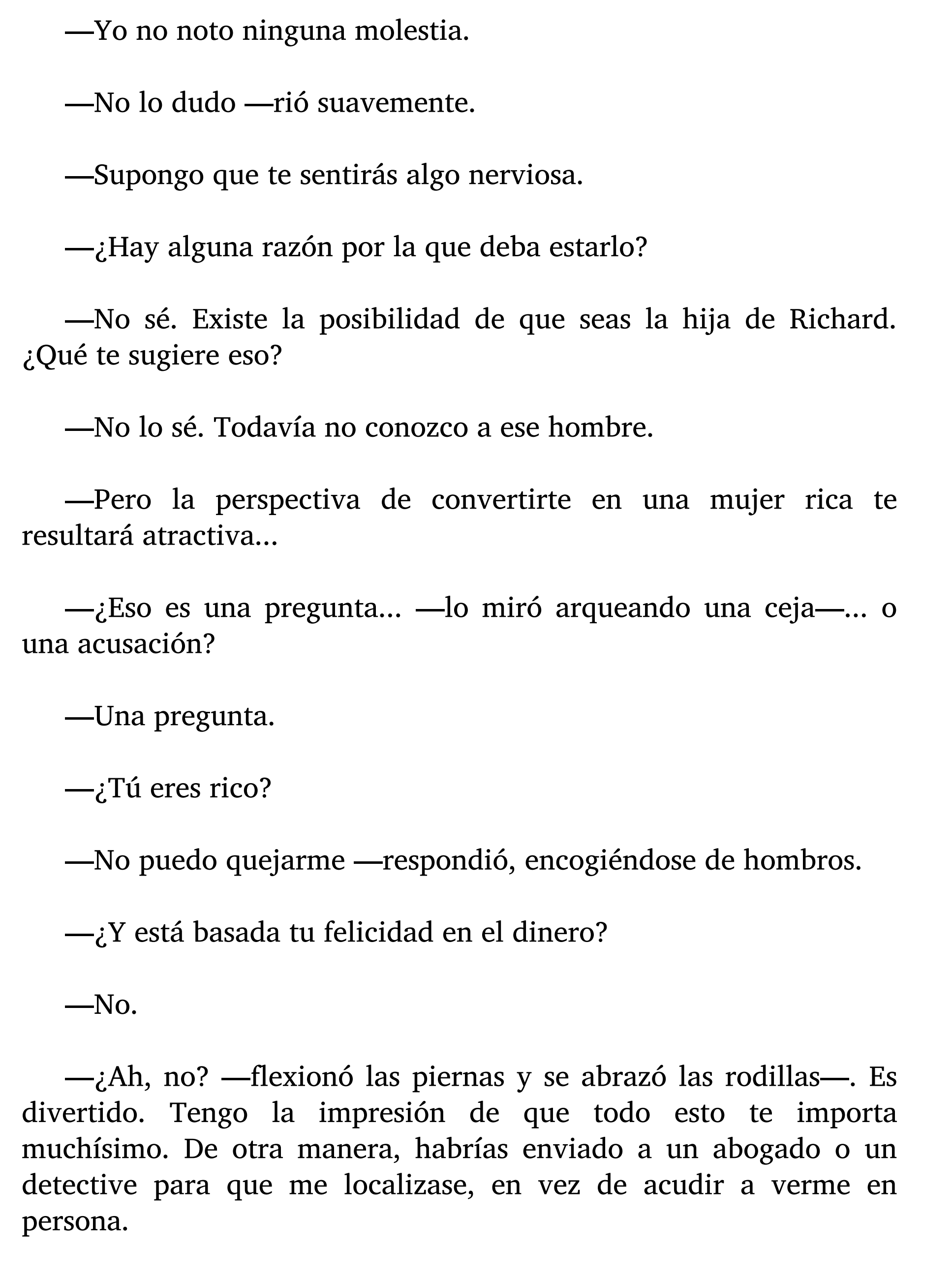
—¿Y yo estoy trastornando su horario?

—Bueno, supongo que nos sobran unos minutos.

Un brillo de diversión apareció en los ojos oscuros de Mikki.

—¿No crees que llevas demasiado almidonado el cuello de la camisa? ¿O es que al natural eres así de estirado? —se burló, tuteándolo de repente.

Clayton sonrió y se dejó caer en el césped, junto a ella.



—Yo no noto ninguna molestia.

—No lo dudo —rió suavemente.

—Supongo que te sentirás algo nerviosa.

—¿Hay alguna razón por la que deba estarlo?

—No sé. Existe la posibilidad de que seas la hija de Richard. ¿Qué te sugiere eso?

—No lo sé. Todavía no conozco a ese hombre.

—Pero la perspectiva de convertirte en una mujer rica te resultará atractiva…

—¿Eso es una pregunta… —lo miró arqueando una ceja—… o una acusación?

—Una pregunta.

—¿Tú eres rico?

—No puedo quejarme —respondió, encogiéndose de hombros.

—¿Y está basada tu felicidad en el dinero?

—No.

—¿Ah, no? —flexionó las piernas y se abrazó las rodillas—. Es divertido. Tengo la impresión de que todo esto te importa muchísimo. De otra manera, habrías enviado a un abogado o un detective para que me localizase, en vez de acudir a verme en persona.

Nuevamente conseguía asombrar a Clayton por su percepción. Sí, tenía un interés muy particular en encontrar a Megan Hawthorne, y muchísimo que perder si finalmente descubría que era una maestra de la simulación y el engaño. Aparte de Richard, ningún otro miembro del clan familiar Hawthorne creía que Megan aún seguía viva.

—No has respondido a mi pregunta —le recordó él.

—Yo pensaba que era una pregunta retórica. Cualquiera que diga que nunca ha soñado con ser rico, o es que ya lo es o es un mentiroso. Soy lo suficientemente realista como para saber que los sueños no se hacen realidad. Lamentablemente, no puedo dejar este trabajo que tengo...

—Por muy malo que sea —comentó Clayton, y en seguida se arrepintió de sus palabras.

—Es honrado y me dan la comida gratis. Y la inmensa mayoría de los clientes me dejan propina.

—Supongo que eso ha ido por mí... —repuso Clayton, bajando la cabeza.

—Tú me compraste un billete de avión. A su manera, es la propina más grande que jamás me han dejado por servir una taza de café. Y eso que fue Annie quien te sirvió, no yo.

Clayton no sabía qué pensar de ella. En el mundo en el que había crecido, su trabajo le había parecido terriblemente monótono y triste, y sin embargo ella no se quejaba.

—Eres una extraña mujer, Michelle Finnley.

—Forma parte de mi abrumador encanto...

Detrás de aquel velo de sarcasmo, Mikki ocultaba una tierna sonrisa y una risa contagiosa que inspiraba confianza. Y también le inspiraba unos sentimientos que haría muy bien en reprimir... Una consumada impostora sólo alcanzaba el éxito ganándose la confianza de la víctima. Su padrastro tenía una larga carrera de fraudes y extorsiones, una carrera que muy bien podía habérsela legado a ella.

—Supongo que puedes llegar a ser bastante encantadora cuando te lo propones —repuso él.

—Primero, tendría que encontrar a alguien que fuera susceptible a mis encantos. No creo que tú pudieras ser esa persona.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque te las arreglas para mantener a la gente a distancia. No te gusta que te toquen.

—Eso es discutible.

—No estaba hablando de sexo… —lo miró arrugando la nariz.

—Entonces, ¿te importaría explicarte mejor? —le pidió Clayton, riéndose.

—Verás —se frotó la frente con un gesto de exagerada frustración—. Cada gesto tuyo tiene un propósito específico.

—¿Y has averiguado todo eso desde el primer encuentro que tuvimos?

—Aprendes un montón cuando esperas a las personas en la habitación del hotel donde están alojadas.

—¿Qué otras cosas has aprendido, Michelle?

Mikki gruñó para sus adentros. Otra vez se las había arreglado Clayton para hacer parecer una inocente pregunta como si fuera una acusación ¿Por qué se estaba molestando tanto en mantener una conversación seria con él? Clayton no confiaba en ella. Por su propio bienestar emocional, deseaba entrevistarse cuanto antes con Richard Hawthorne y marcharse de allí. Se levantó bruscamente.

—Deberíamos irnos.

—De acuerdo —asintió él, incorporándose a su vez—. Richard nos está esperando.

Mikki se preguntó si podría esperar de Richard la misma actitud escéptica que le había demostrado Clayton. Se le encogió el corazón en el pecho. Había intentado no contraer irrazonables expectativas acerca de aquella visita, pero la parte de su ser que siempre se había negado a aceptar la realidad del mundo… seguía esperando que aquel cuento tuviera un final feliz.

El resto del viaje transcurrió en silencio. Cientos de preguntas asaltaban su cerebro, pero no llegó a expresar ni una sola. No quería que Clayton la acusara de pretender sonsacarle información.

Casas de estilo colonial con jardines perfectamente cuidados flanqueaban las calles de aquel barrio residencial de alta categoría. Mikki miraba aquellas casonas como una turista deslumbrada ante Beverly Hills. Frente al bullicio de las grandes ciudades, aquel ambiente parecía destilar un ritmo delicado, agradable... «Tranquila, chica. Te estás poniendo boba y sentimental con un lugar al que tú jamás pertenecerás», se recordó. Pero su decisión de aislarse de lo que la rodeaba se mantuvo en pie solamente hasta que Clayton detuvo el coche al final de una calle.

Mikki contempló la casa que se erguía frente a ella, situada en una pequeña colina, y por un momento sintió un mareo. Había algo en aquella enorme mansión de estilo Tudor que la mantenía cautivada, hechizada. Desde que era una niña, había soñado con un castillo como aquél; lo único que echaba de menos era un dragón vomitando fuego. Miró a Clayton. Bueno, quizá no; a juzgar por la ardiente mirada que le estaba lanzando, parecía como si estuviera a punto de escupir fuego en cualquier momento...

—¿Qué pasa?

—Impresionante, ¿verdad? —le preguntó él, señalando la casa.

—Supongo que sí —a un lado del jardín, descubrió una piscina y una cancha de tenis—. ¿Es algún tipo de complejo privado, o un monumento de valor histórico?

—Ninguna de las dos cosas.

—¿Entonces por qué nos hemos detenido aquí?

La verja de hierro se abrió delante de ellos como por arte de magia. Entonces Mikki se dio cuenta de que Clayton tenía un mando a distancia en la mano.

—No comprendo...

—Ya hemos llegado.

Mientras el coche avanzaba por el sendero de entrada, Mikki se quedó sin aliento. Y sintió un irrefrenable deseo de echar a correr. Aquello tenía que ser un error…

Capítulo Tres

Richard se levantó cuando Clayton entró en el despacho. Para un hombre que había sufrido un ataque al corazón justo un mes antes, tenía un aspecto notablemente bueno. Tenía una expresión expectante, como si estuviera escrutando su rostro a la espera de escuchar buenas noticias.

—Esperaba que hubieras llegado antes.

—Bueno, no es una mujer a la que se le pueda meter prisa.

—¿Dónde está ahora?

—La he dejado en su habitación.

—¿Y bien? ¿Cuál es tu impresión sobre ella?

Clayton se sentó en una silla, al otro lado del lujoso escritorio de madera labrada. Muchas de sus impresiones personales no eran precisamente muy adecuadas para compartirlas con aquel hombre que podría ser su padre. Ella era sexy, sensual, tremendamente atractiva; cualquier hombre tendría que estar ciego para no darse cuenta.

Aunque sabía que Richard estaba esperando un informe completo, hablar sobre Mikki como si ella fuera un negocio en perspectiva le producía a Clayton una sensación extraña. Culpa, al parecer, pero... ¿por qué? Seguía siendo posible que Mikki fuera una impostora sin escrúpulos.

—Bueno, ¿entonces es la pequeña Meg? —le preguntó Richard, muy excitado.

«La pequeña Meg», repitió Clayton para sí, pensando en aquella belleza de ojos oscuros.

—Puede que no.

—¿Qué me estás diciendo, Clay?

—Que tengas cuidado. Que no dejes que tus esperanzas te nublen el juicio. No sería la primera vez. Richard hizo un gesto de impaciencia.

—No puedes demostrar que esté mintiendo.

—Porque ella no está reclamando nada. Puede que sea tan inocente como parece, pero eso no significa que sea Meg —le advirtió Clayton. Habría sido inteligente que él mismo siguiera su propio consejo, porque personalmente había empezado a creer en esa posibilidad.

Se sirvió una copa de bourbon del mueble bar y bebió un buen trago. Para poder soportar la cena que seguiría después, a buen seguro que necesitaría algunos más, pero desgraciadamente debía mantener la cabeza despejada.

Mikki se sentó en el borde de la gran cama. La última vez que había visto una habitación parecida, había sido en una revista de decoración que una cliente se dejó olvidada en el bar. Aunque enorme y lujosa, aquel dormitorio se le antojaba una gran jaula en la que hubiera sido encerrada para que la vieran multitudes. Inquieta, decidió ir a buscar a Clayton.

Salió al pasillo. Sus zapatos resonaron en el suelo de mármol mientras se dirigía hacia la escalera. La leve fragancia de flores frescas suponía un agradabilísimo cambio después de la contaminación de la gran ciudad. En el último rellano se detuvo para contemplar una pintura. Reconoció el nombre del pintor, pero el estilo cubista la dejó fría.

—Un poco temprano para evaluar el inventario.

Aquella voz profunda, teñida de desprecio, la sobrecogió. Giró en redondo para encontrarse con la helada mirada de un desconocido.

—¿Perdón?

El hombre dio un amenazador paso hacia adelante, y se

tambaleó. Apestaba a ginebra.

—Entonces, Meg...

—Me llamo Mikki. ¿Y usted quién es?

—¿No me conoces? —una mueca de desprecio se dibujó en sus atractivos rasgos.

—¿Debería?

—¿Cómo? ¿Ni un simple beso de bienvenida le vas a dar a tu primo favorito?

«Ni aunque estuvieras sobrio», pensó Mikki. Así que aquel era uno de los queridos primos que Clayton le había mencionado antes. Calculaba que tendría unos treinta y cinco años, aunque su comportamiento era el de un adolescente.

—¿Joseph?

—Bravo, para ser la primera vez. Supongo que Clayton te habrá adoctrinado bien.

Mikki se echó a reír, a pesar de que por dentro se sentía furiosa. Clayton había tenido buen cuidado en no compartir con ella sus informaciones.

—Me alegro de ver que entretienes a nuestra huésped, Joseph.

La providencial aparición de Clayton la libró de replicar a la acusación anterior. Joseph, inquieto, cerró los puños a los costados.

—Vaya, si es nuestro estimado presidente de vuelta de la cacería —se volvió para mirar a Mikki de arriba abajo—. ¿Has atropellado a algún animalillo de camino?

—La última vez que me hice una revisión, todavía respiraba —replicó Mikki, secándose en la falda de lino las palmas de las manos húmedas de sudor.

En ese instante, Clayton la tomó suavemente del brazo:

—Es más agradable cuando no lleva media botella de ginebra en el estómago. De todas formas, prefiere ver la vida a través del velo del alcohol.

Mikki estaba a punto de aprender lo lentas que podían pasar veinticuatro horas. Joseph se retiró, tambaleándose, y cuando se quedaron solos Clayton se disculpó con ella:

—Debí haberte advertido.

—No te preocupes. Nadie es responsable de su familia.

—Ellos no son mi familia —tensó los dedos casi imperceptiblemente sobre su brazo.

—Yo creía que tu tía estaba casada con el señor Hawthorne.

—Eso es verdad. Pero en esta familia, la sangre lo es todo.

Nadie sabía aquello mejor que Clayton. Durante doce años había trabajado para Empresas Hawthorne, y desde el cuarto había sido su presidente. Una posición que terminaría perdiendo si empeoraba el estado de Richard. Sólo un pariente directo, de sangre, podría heredar la compañía. Si Mikki no era la heredera perdida, William y Joseph podrían adquirir el control. Y el pensamiento de aquellos dos mimados playboys llevando el negocio le ponía literalmente enfermo.

—Pronto servirán la cena.

—Con mi cabeza servida en una bandeja de plata, sin duda —musitó ella.

—No. Habrá cordero con salsa de almendras y patatas salteadas con mantequilla dulce —le explicó Clayton, pensando con ironía que Mikki haría un jugosísimo postre; afortunadamente, se había prohibido el dulce. Antes de que aquellos pensamientos lo pusieran en un aprieto, la llevó al salón—. Pero hay alguien que me gustaría presentarte primero.

Mikki se detuvo ante el umbral del despacho y aspiró

profundamente. Después de su encontronazo con Joseph, Clayton comprendía bien su reluctancia.

Su tía se levantó cuando entraron en la habitación, saludándolos con una reconfortante sonrisa.

—Clay… Y tú debes de ser Meg…

—Mikki —la corrigió Clayton, con énfasis deliberado—, te presento a mi tía Alicia.

—No, no. Es Meg… Estoy segura —pronunció Alicia, sacudiendo la cabeza. Quería que Michelle fuera la desaparecida Megan Hawthorne tanto como Richard. Alicia nunca se había perdonado a sí misma por no haber podido evitar el secuestro; y su familia tampoco le había permitido que lo olvidara. Como si ella hubiera podido haber dominado a los dos corpulentos hombres, con la ayuda de un chiquillo de once años de edad…—. Mírala bien, Clay. Todavía es más bonita que antes.

—Sí —Clayton la miró—. Supongo que sí que es bonita…

—Bien, no hace falta que te atragantes con las palabras —bromeó Mikki en beneficio de Clay, mientras le tendía la mano a Alicia—. Me alegro de conocerla, señora Hawthorne.

—Por favor, llámame Alicia. Tu padre bajará en cualquier momento. El médico le aconsejó que no se levantara de la cama… pero Richard jamás consentiría en saludarte en su habitación como si fuera un inválido…

—¿Ha tenido problemas de salud? —inquirió Mikki. Alicia le lanzó entonces una mirada de reproche a su sobrino:

—¿Es que no le has contado nada acerca de su padre?

—No surgió el tema. Mikki ha demostrado una notable falta de curiosidad por el árbol familiar de los Hawthorne.

—Me halagas —replicó Mikki, irónica—. No hay nada de notable en ello. Tú no estás convencido de que yo pertenezco a esta familia. ¿Por qué debería atreverme a suponer lo contrario?

—Este Clayton es demasiado serio y rígido —sonrió tristemente Alicia—. Piensa que todo el mundo alberga segundas intenciones.

Mikki resopló ostentosamente, levantándose el flequillo:

—Eso no es rigidez... es paranoia.

—Sólo cuando no me equivoco —repuso Clayton.

Un momento después observó asombrado la entrada que hizo Richard en la habitación. Su paso lento, arrastrando los pies, hablaba de una fragilidad que antes no le había resultado tan evidente. Por alguna razón, deseaba aparentar un aspecto más débil y desvalido que el que realmente tenía. ¿A quién estaría dirigida aquella farsa? ¿A Mikki, o al resto de la familia?

—Hola, Michelle. Me alegro mucho de que aceptaras mi invitación —le dijo Richard, tendiéndole la mano.

Mikki se la estrechó suavemente, como temerosa de hacerle daño.

—Gracias.

—Confío en que el viaje en avión transcurriera sin percances.

—Sí, fue muy bien, señor.

—Por favor, llámame Richard.

Siguió un tenso silencio. Ambos, tanto Mikki como Richard, parecían haberse quedado sin palabras. Y se miraron aliviados cuando se anunció que la cena estaba servida.

Un alivio que duró muy poco, una vez que el resto del clan Hawthorne se reunió en el comedor.

Mikki doblaba nerviosa la servilleta en su regazo. Una simple cena como era aquélla parecía haber adquirido un significado completamente nuevo. Las pullas y los dardos verbales recorrían la

mesa con mayor rapidez que el plato principal pasando de mano en mano. Y la mayor parte estaban dirigidos contra ella, flanqueada como estaba por William y Joseph; los dos hombres la sometían al sutil ataque de insidiosas preguntas, destinadas a sorprenderla en alguna respuesta comprometedora.

—Entonces, Mikki… ¿puedo llamarte Mikki? —inquirió Joseph, burlándose de ella con su arrogante sonrisa.

—Claro, Joey. Porque yo puedo llamarte Joey, ¿verdad?

—Es encantadora, Clayton —comentó William, malicioso—. ¿Dónde la has encontrado?

—En Nueva York —respondió con tono seco.

—Lo menos que podrías haber hecho era vestirla un poco mejor antes de traerla a casa del tío Richard, ¿no?

—¡Basta ya, William! —el tenso tono de Richard impuso silencio.

Consciente de la sencillez de su ropa en aquel ambiente, Mikki se movió incómoda en su asiento.

—Perdóname, tío. Lo que pasa es que no puedo soportar ver a otra estafadora haciéndote concebir falsas esperanzas. Después de todo lo que le ha dado esta familia, me sorprende que Clayton se haya mostrado dispuesto a tomar parte en esto —declaró William.

Mikki lanzó una mirada de soslayo a Clayton. A pesar de su asombroso autocontrol, sus ojos grises parecían echar chispas. La corriente de tensión era tan densa que podía cortarse con un cuchillo.

—Michelle es nuestra invitada —afirmó Richard—. Le debes un respeto.

Mikki miró su reloj. ¿Cuándo terminaría aquella cena? Ciertamente Clayton no esperaría que pasara la noche en aquella casa. No se le había ocurrido preguntárselo.

La conversación derivó hacia temas de negocios, dándole así a Mikki unos momentos de respiro y centrándose durante un rato en Clayton. William y Joseph hacían ostentación de su resentimiento hacia él como si llevaran una pancarta. El único rayo de luz en aquel ambiente era Alicia.

Clayton atajaba tercamente cualquier desagradable indirecta dirigida contra su tía. Y a pesar de su amargura, los dos hermanos parecían temer a su primo. Desafortunadamente, eso dejaba a Mikki como único objetivo expuesto a sus ataques.

—Bueno, Mikki. Tengo entendido que trabajas de camarera en un bar. Por ese empleo no pueden pagarte demasiado —el frío tono cortés de Joseph ocultaba una evidente acusación.

—Lo suficiente para pagar las facturas.

—Pero no una casa como ésta, presumo —intervino William.

—No sabría decirlo. ¿Tú sí?

La expresión de William se oscureció; apuró su vaso de vino y se levantó, tambaleándose.

—Ya estoy harto de esta golfilla descarriada.

—Cállate —gruñó Clayton.

—No. Si ella es Meg, yo soy el rey de Inglaterra.

—No hay ningún rey en Inglaterra —intervino Mikki.

—Y Megan Hawthorne está muerta. ¿Por qué no aceptáis todos de una vez ese hecho? —preguntó William.

Richard, temblando ligeramente, dejó caer su tenedor sobre el plato.

—No. Yo nunca aceptaré eso.

—Si tan seguro estás, tío, ella no debería objetar a que le hicieran un test de sangre.

—¿Perdón? —inquirió Mikki, con un nudo en la garganta.

—Una prueba de ADN —William arqueó las cejas—. ¿Hay alguna razón por la que no aceptarías someterte a una?

Una oleada de furia invadió a Mikki; lanzó su servilleta sobre la mesa y se levantó rápidamente.

—Con el debido respeto a usted y a su esposa, señor Hawthorne, no tengo ningún interés en saber si estoy o no emparentada con esta familia.

Se volvió y se alejó de la mesa con toda la dignidad que fue capaz de mostrar. A su espalda se levantó un murmullo que finalmente quedó apagado cuando cerró la puerta del comedor. Clayton se levantó también.

—Muy bonito. Ahora tendremos que alargar esto aun más.

—Oh; ¿cuál es la diferencia? —le espetó Joseph—. Ella nunca podría ser Meg.

—¿Acaso tú sabes algo que el resto de nosotros no sepa?

Joseph pareció como si fuera a decir algo, pero al final se limitó a encogerse de hombros.

—No.

—Lo suponía —murmuró una disculpa dirigida a su tía y a Richard, antes de ir en busca de Mikki.

Para cuando Clayton salió de la casa, Mikki ya se disponía a alcanzar la calle principal. Al principio había pensado que se había levantado de la mesa para impresionarlo, pero al parecer no tenía ninguna intención de regresar. Ni siquiera se había llevado su bolso… ¿a dónde pensaría ir?

Decidió tomar el coche al ver que Mikki se había quitado los zapatos para caminar más rápido. Pensó sin humor que últimamente había tenido bastante mala suerte con las mujeres;

parecía como si no pudieran alejarse lo suficiente de él. Aunque Mikki había sido la primera en dejarle plantado en mitad de una cena.

—Entra —le ordenó desde el coche cuando se colocó a su altura.

—Piérdete —le espetó Mikki, y continuó andando a buen paso.

—No me obligues a meterte en el coche a la fuerza.

—¡No me digas!

—Por favor, Mikki. Los vecinos nos están mirando.

La joven se detuvo, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Quiero mi billete de vuelta, y quiero que me lleves al aeropuerto.

—El vuelo no saldrá hasta mañana.

—Dormiré en el aeropuerto de todas formas —replicó ella.

—De acuerdo. Sube.

Mikki abrió la puerta y se sentó con un profundo suspiro. Clayton activó la cerradura electrónica y reanudó la marcha. Después de diez minutos de sombrío silencio, la joven se volvió hacia él.

—Por aquí no se va al aeropuerto.

—Lo sé.

—Para el coche. ¡Ya!

—Relájate, anda —con una mano la agarró de la muñeca, impidiéndole que se soltara el cinturón de seguridad.

—Me has mentido —Mikki le lanzó una mirada asesina.

—Te dije que te llevaría al aeropuerto, y lo haré. Pero mañana.

—Esto es un secuestro.

—Hay un teléfono en la guantera. Llama a la policía.

—No puedo hacerlo mientras no me sueltes la mano.

Clayton la soltó. ¿Qué diablos estaba haciendo? Nunca había llevado a ninguna mujer a su casa antes, y menos aún a la fuerza, después de mentirle y amenazarla. ¿Acaso estaba llegando a la crisis de la mediana edad? Mikki parecía incitarlo a hacer aquellas cosas tan absurdas...

Con un gemido de disgusto, Mikki se acomodó en su asiento y apoyó la cabeza en el cristal de la ventanilla. Clayton vio que cerraba los puños con rabia, y pensó que no podía culparla por ponerse tan furiosa. ¿Cómo podría volverle a hablar del test de ADN? Tendría que considerarse afortunado solamente con que aceptara encontrarse con Richard otra vez antes de regresar a Nueva York.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Clayton, pero ella ni se dignó contestar—. No has comido mucho durante la cena.

Persistía el silencio, acompañado de su expresión ceñuda.

—¿Era problema de la comida o de la compañía?

La respuesta de Mikki fue un gesto bastante grosero, que probablemente bien se merecía.

—Lo siento —se disculpó Clayton.

—Sabías que esto sucedería —le lanzó una mirada acusadora.

—Sí, tenía mis temores...

—Pero mis sentimientos no importaban, ¿verdad?

—Eso no es verdad. No creía que fuera a importarte tanto —al ver su reacción, Clayton se dijo que sólo estaba consiguiendo empeorar las cosas—. Quiero decir...

—Sé lo que has querido decir. Una «golfilla descarriada» como yo habría sido capaz de soportar cualquier cosa con tal de ponerle las manos encima a la fortuna de los Hawthorne.

—¡No! Quería decir que yo ya estaba tan acostumbrado a ignorar sus malos modales, que llegué a suponer que tú también podrías hacerlo.

Mikki arqueó una ceja con expresión escéptica.

—Debo de estar ablandándome. Esta vez casi me has parecido sincero.

Clayton procuró concentrar toda su atención en la carretera. La presencia de Mikki en el coche le estaba afectando de una manera muy particular; desde luego, él no se estaba «ablandando» nada. No estaba llegando a la crisis de la mediana edad. Estaba volviendo al tiempo excitante de la adolescencia, y no podía decirse que el descubrimiento de que estaba perdiendo el control lo alegrara precisamente.

Capítulo Cuatro

Mikki parpadeó repetidas veces y se maldijo por ser tan estúpida. A pesar del refrán, los sueños no eran gratis; los suyos le costaban a ella un precio emocional más alto del que estaba dispuesta a pagar.

La atravesó una punzada de dolor. Incluso su padrastro, el peor de los ladrones, le habría demostrado más respeto que Joseph o que William. Clayton no había salido mucho mejor parado, pero él había sabido qué esperar de la situación.

Se estremeció. Al advertirlo, Clayton apagó el aire acondicionado. Mikki se sorprendió de que su reacción no le hubiera pasado desapercibida. Trabajando en el restaurante había llegado a conocer a muchísimos tipos, pero ninguno como él. Podría llegar a ser un buen candidato para un partido ultra conservador. ¿Qué tal se desenvolvería en la cama?

De pronto Mikki levantó bruscamente la cabeza. ¿Cómo podía habérsele ocurrido una idea semejante?

—¿Qué idea es ésa que se te ha ocurrido? —le preguntó él.

Cuando se dio cuenta de que había expresado aquella pregunta en voz alta, Mikki sintió que le ardían las mejillas. Estaba fantaseando con la vida sexual de Clayton cuando más enfadada debería sentirse con él. Que el cielo la ayudara si aquel hombre empezaba siquiera a gustarle...

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él—. Pareces un poquito acalorada.

—Quizá deberías volver a poner el aire acondicionado.

—Ya casi hemos llegado.

—¿A dónde?

Clayton no contestó, y ella no estaba dispuesta a preguntárselo

otra vez. Cuando el sol ya se estaba poniendo, entraron en el Complejo Lionshead. Las lujosas casas de aquel barrio residencial se recortaban contra el cielo del crepúsculo, teñido de tonos rojizos y morados.

—¿Tú vives aquí? —le preguntó ella.

—Sí. ¿Qué esperabas?

—Pensaba que me dejarías en un motel.

—¿Un qué?

—Un motel. El «Ritz» de los «cuestionados económicamente».

—¿«Cuestionados económicamente»?

—El término políticamente correcto que define a las personas que viven cerca del umbral de la miseria. Así suena mejor para que la gente no tenga que pensar en los niños que se acuestan todos los días con hambre.

Clayton aparcó delante de una de las casas, y se volvió para mirar a Mikki con expresión entristecida:

—¿Así fue tu infancia?

—No. Yo siempre tuve un lugar donde vivir, y a mi padrastro le gustaba adquirir productos en las tiendas sirviéndose de métodos «alternativos» a la simple compra —le explicó, pensando que, al menos, antes solía ser así. ¿Cómo se las arreglaría ahora que ya no tenía a su hijastra, para que hiciera el trabajo sucio por él? ¿Sería tan estúpido como para montar un fraude cuando un simple test de sangre podría descubrir el engaño? Max nunca había sido un estúpido…

—Parece que creciste en un entorno muy pobre…

—Podría haber sido peor.

—Lo supongo —musitó Clayton.

Sacó la llave del encendido. Mientras él se esforzaba por encontrar algo que decir, Mikki se sintió culpable por haberlo puesto en esa situación de incomodidad. Clayton no era responsable del rumbo que había tomado su vida.

—Eso no ha sido justo por mi parte —le tocó un brazo, y él se tensó. Apartando la mano rápidamente, murmuró—: Perdona.

—No te preocupes.

Cuando salió del coche, soplaba una calida brisa marina, con sabor a sal.

—¿Está muy cerca el mar?

—Desde la terraza de la casa estás casi encima de la bahía.

—No me extraña que prefirieras vivir aquí…

—Pues la vista nada tuvo que ver con esa decisión —le comentó Clayton, riendo con amargura.

En ese momento Mikki recordó la escena que había tenido lugar durante la cena.

—No lo dudo.

—Déjame llevarte el maletín.

Mikki no pudo dejar de preguntarse por qué Clayton se mostraba siempre tan reservado, tan hermético… y qué podía importarle eso a ella. Al día siguiente la llevaría al aeropuerto y ese sería el punto final de su relación.

A no ser que resultara ser la hija de Richard. Todo lo que tenía que hacer era dejar que un médico le pinchara una vena, y si los resultados eran positivos su aceptación sería un hecho. Si no era así, al menos se aseguraría de ello. Pero entonces… ¿por qué había salido corriendo ante la mera mención de las pruebas?

Porque cualquiera de los resultados habría terminado con la frágil sensación de paz que tanto le había costado conseguir. Los

años transcurridos desde la muerte de su madre la habían dejado confundida y temerosa, esperando encontrarse con su padrastro en cualquier momento. Había luchado mucho para conservar su libertad. Y ahora tenía la sensación de que las cadenas del pasado volvían a aprisionarla otra vez.

—Por aquí, Mikki —Clayton le señaló el garaje, que se abrió cuando pulsó su mando a distancia—. Ya meteré el coche más tarde.

La espaciosa casa dominaba el muelle, y las puertas del salón comunicaban con una terraza que se cernía sobre la bahía. El mar había adquirido un tono verde profundo con los últimos rayos de sol.

Clayton dejó su maletín en la puerta de la habitación de invitados.

—Voy a preparar un café. Puedes cambiarte, si quieres.

—Gracias..

Una vez que él se marchó, Mikki se tumbó relajada en la enorme cama y delineó con la yema de un dedo los motivos indígenas de la colcha. Dormir sola en aquella cama tan grande le parecía un desperdicio. Sus pensamientos volvieron a su reservado anfitrión, y el pulso se le aceleró. A esas alturas, su vívida imaginación podría llegar a acarrearle serios problemas…

Debía de ser el estrés de la situación, decidió mientras se ponía una sudadera de manga corta y unas cómodas mallas. Clayton no le había hecho ni un solo comentario o gesto que la llevara a pensar que podría estar interesado en ella; muy al contrario, se aseguraba de guardar una marcada distancia entre ellos. Incluso aunque había sido él mismo quien la había llevado allí, podía sentir su incomodidad con aquel arreglo.

Mikki estaba a punto de reunirse con Clayton cuando llamó su atención una vieja fotografía enmarcada en plata. En ella, una niña pequeña montada en un pony saludaba a la cámara; a su espalda, un crío le sacaba la lengua mientras mostraba dos dedos por encima de su cabeza, burlándose. Parecían hermanos, a pesar de sus

diferencias fisonómicas.

Con el marco entre las manos, Mikki miró fijamente aquella imagen preguntándose por qué le resultaba tan familiar…

—Es Meg.

Sobrecogida por la voz de Clayton, Mikki se volvió para descubrir que la estaba mirando con una extraña expresión.

—Mi tía usa esta habitación cuando me visita. Es una de las últimas fotografías que tiene de ti.

—¿De mí?

—De Meg, quiero decir. Una de las últimas fotos de Meg, sacada en su tercer cumpleaños. El pony fue un regalo de Richard.

—¿Y quién es este niño travieso que le está sacando la lengua y poniéndole orejas de burro sobre la cabeza?

—Adivínalo tú misma.

—No puedo creer que alguna vez hayas tenido sentido del humor… —sonrió Mikki.

—Y no lo tenía. Me moría de envidia cuando te regalaron ese maldito pony.

Mikki descubrió por un instante un brillo de dolor en su mirada, que rápidamente ocultó bajo su máscara de frialdad.

—Querrás decir cuando se lo regalaron a Meg… —sentía un nudo de emoción en las entrañas; algunos recuerdos estaban mejor enterrados en el pasado—. Has sido muy amable al acogerme en tu casa. No te preocupes; ni siquiera te enterarás de que estoy aquí.

Clayton sacudió la cabeza; ¡como si pudiera olvidarlo! Sus enormes ojos torturarían sus sueños aquella noche. No una vez, sino dos se había referido a ella como Meg. Un psiquiatra se daría un festín con tanto desliz freudiano.

Intentó convencerse de que la impetuosidad de Richard era el factor responsable de aquellos deslices. Después de su primer encuentro, Richard estaba incluso dispuesto a convocar una rueda de prensa para anunciar el retorno de su hija secuestrada; sólo el argumento de que tal vez a Mikki no le gustara esa publicidad pudo convencerlo de que no lo hiciera.

—Bueno, ¿qué pasa con ese café que me prometiste?

—Está en la cocina —esperó a que pasara delante de él, y luego la siguió a una prudente distancia. Sus curvas resultaban evidentes a pesar de la holgada sudadera que llevaba.

—Vaya vista que tienes desde aquí —le comentó ella.

—Desde luego —murmuró mientras admiraba sus largas y bien torneadas piernas, imaginándoselas enroscadas alrededor de las suyas. Su cuerpo reaccionó de inmediato ante aquella erótica imagen.

¿Por qué se estaba imaginando aquellas cosas? Mikki tanto podía ser una hábil impostora como la hija de Richard Hawthorne. En cualquier caso, estaba perdiendo los estribos con ella. Necesitaba una ducha fría y un buen trago...

—Siéntate en el salón, te llevaré el café allí —le ofreció.

Vaya, esto sí que es un cambio. Alguien sirviéndome a mí.

—¿Leche? ¿Azúcar?

—No, lo tomo solo. Soy una mujer de gustos sencillos.

Clayton se dijo para sus adentros que aquello debía de ser lo único sencillo que había en ella. Mikki se acurrucó en una esquina del sofá y se quedó contemplando el mar en sombras, extasiada. Él nunca había encontrado nada particularmente fascinante en la zona en la que vivía. ¿Qué era lo que veía para que la maravillara tanto?

Llevó la bandeja al salón y la colocó sobre la mesa. Mikki tomó su taza y bebió un sorbo.

—No está mal, para tratarse de un aficionado —comentó.

—Mañana te dejaré hacerlo a ti.

—¿A qué hora sale mi avión? —le preguntó Mikki, evitando su mirada.

—Richard quiere verte otra vez.

—No voy a volver a esa casa —su voz suave temblaba de emoción. Estaba más dolida de lo que había pensado.

—Después del desayuno, será él quien venga aquí.

—Me da igual —se encogió de hombros con gesto indiferente.

—No te importa nada esta familia, ¿verdad?

—Tu tía es muy buena. Y no he tenido muchas oportunidades de hablar con Richard. En cuanto al resto… —arrugó la nariz en una mueca de disgusto.

—Bueno, sí, son…

—¿Groseros?

—Desconfiados —pronunció él.

—¿Por qué? Yo no les he pedido nada.

—No es la primera vez que Richard concibe falsas esperanzas. Y eso afecta mucho a una familia, más aún cuando no son fuertes…

—¿Es que no lo son los hermanos Hawthorne?

—William es débil —explicó Clayton—. Joseph no sería tan malo si dejara de beber. Es un hombre inteligente que siempre ha vivido a la sombra de su famoso tío y de un padre alcohólico.

—Vaya, eso es terrible. ¿Dónde está su padre ahora?

—Falleció hace un par de meses. Después su madre ingresó en

un asilo, incapaz de superar la depresión.

—Oh, lo siento —declaró sincera.

Clayton la miró fijamente. ¿Era real el parecido que le estaba encontrando con Richard en aquel mismo instante? ¿O la vista le estaba jugando una mala pasada?

—¿Qué sucede? ¿Por qué me miras así? —se sujetó un mechón de cabello detrás de la oreja, antes de retorcerse las manos en el regazo, nerviosa.

—¿No estás acostumbrada a que te miren los hombres?

—No, a no ser que chasqueen los dedos para pedirme otra cerveza —bromeó Mikki con cierta amargura.

—¿No te apetecería cambiar de trabajo?

—¿Por qué no se me había ocurrido antes? —exclamó Mikki, dándose una palmada en la frente—. Hay cientos de empleos maravillosamente bien pagados esperando a una mujer sin estudios universitarios y carente por completo de habilidades de oficina.

—¿He estado mostrándome condescendiente otra vez, verdad? —inquirió Clayton, sonriendo avergonzado.

Para su sorpresa, Mikki le sonrió.

—Estás mejorando. Al menos esta vez lo has reconocido tú mismo.

Clayton no podía sacudirse aquella sensación de culpa. Él había crecido rodeado de todo tipo de ventajas gracias a Richard Hawthorne, mientras que Mikki había tenido que luchar muy duro para dormir bajo techo. No podía permitir que volviera a Nueva York. No mientras existiera la posibilidad de que fuera Meg. Y quizá incluso aunque no lo fuese.

—Otra vez me estás mirando fijamente —le recriminó ella, agitando una mano delante de su cara.

—Perdón —bajó la cabeza—. ¿Te apetece tomar más café?

—No. Si no te importa, me gustaría irme a dormir —se levantó, bajándose la sudadera sobre los muslos—. Todavía no me has dicho a qué hora sale mi avión.

—Ya lo sé.

Mikki hizo un mohín de impaciencia.

—¿Y vas a decírmelo?

—No. Que duermas bien —la siguió con la mirada mientas se dirigía por el pasillo a la habitación de invitados; a cada paso, contoneaba las caderas de manera ciertamente provocativa...

Sentía el cuerpo tenso, excitado de deseo. Ansiaba pedirle que volviera, pero deseaba algo más que simple compañía y conversación, las dos únicas cosas que ella estaba dispuesta a darle.

Encendió la televisión y pasó la siguiente hora cambiando de canal, incapaz de encontrar algo que lo distrajera del ansia que sentía. Por primera vez en mucho tiempo, no disfrutó de su soledad.

Mikki siempre se despertaba instintivamente a las cinco de la mañana, sólo que ese día no tenía que ir al restaurante a servir los desayunos. El suave rumor del aire acondicionado era el único sonido que podía oírse en toda la casa. Salió sigilosamente al pasillo con la intención de preparar el café antes de que Clayton volviera a hacer otro penoso intento...

Aunque sentía curiosidad por explorar el resto de las habitaciones, su innato respeto por la intimidad de las personas la disuadió de hacerlo. En lugar de ello, decidió aprovechar desde el principio la mañana y disfrutar contemplando el amanecer. Con una taza de café en la mano, abrió las puertas francesas del salón y salió a la terraza. Las gaviotas sobrevolaban la bahía, buscando comida entre los restos marinos que habían quedado allí tras el reflujo de la marea. Bajó a la playa por la escalera de la terraza. Estaba completamente sola.

El rítmico rumor de las olas le transmitía una maravillosa paz. Sentada en la arena, se dedicó a disfrutar de toda aquella belleza que tardaría muy poco en abandonar.

El timbre del teléfono despertó a Clayton. La noche anterior había tenido muchos problemas para dormir… y desde que estudiaba en el instituto, ninguna mujer había vuelto a quitarle el sueño de aquella forma. Se había pasado media noche hojeando viejos informes del secuestro, a la busca de algo que quizá le hubiera pasado desapercibido en las numerosas ocasiones que los había leído antes. Como uno de los dos únicos testigos existentes, tenía que confiar en sus propios recuerdos de aquel suceso, cuando sólo era un asustado niño de once años de edad…

Después de ducharse y de ponerse un traje de tela ligera, entró en la cocina y aspiró el aroma del café recién hecho. Al parecer Mikki ya estaba levantada, pero ¿dónde se había metido? Una simple mirada a la ventana respondió a su pregunta.

Si pensaba desayunar algo antes de que aparecieran Richard y su tía, tendría que ir a buscarla. Bajó a la playa por la escalera de la terraza.

Sujetando la taza de café entre las rodillas, Mikki estaba ocupada en recoger los pedacitos de caracolas que salpicaban la arena. Su largo cabello, recogido en lo alto de la cabeza con una cola de caballo, pendía sobre sus hombros mientras trabajaba con infantil tenacidad.

—¿Mikki?

La joven levantó la mirada, y una sonrisa de felicidad se dibujó en su rostro.

—¿No crees que vas vestido de una manera un tanto inadecuada para pasear por la playa?

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—¿Qué hora es?

—Las siete y media.

—Pues unas dos horas —se levantó y le ofreció lo que parecía ser una diminuta caracola.

Mientras la sostenía en la mano, Clayton descubrió que se movía. Con un giro de muñeca, la soltó en la arena.

—¿Qué es eso?

—Un cangrejo ermitaño —Mikki se echó a reír al ver su expresión—. Creí que tal vez te gustaría tener un compañero... —bromeó.

—Preferiría que el cangrejo fuera de la variedad Rey Alaska, servido en un plato con mantequilla batida.

—No esperaría menos de un hombre que baja a la playa vestido de traje y calzado con zapatos de piel —repuso ella, acariciando la suave tela de su chaqueta—. ¿Tengo que suponer que no quieres ese compañero que te he regalado?

Clayton bajó la mirada al pequeño cangrejo, que ya se apresuraba a hacer un agujero en la arena para esconderse.

—Él tampoco parece quererme a mí.

Mikki se encogió de hombros y hundió las manos en los bolsillos de sus pantalones cortos.

—No hay nada escrito en cuestión de gustos.

—¿Tu gusto... o el mío?

—Los dos.

Clayton suspiró profundamente. «Florecillas amarillas y diminutos cangrejos ermitaños», pensó. Enterrada debajo de su dura apariencia exterior estaba la verdadera Michelle: una optimista de mirada risueña que podía descubrir maravillas en cosas que la mayor parte de la gente consideraba insignificantes. En aquel momento, le pareció más peligrosa que cualquier impostora sin

escrúpulos a la caza de la fortuna de los Hawthorne. Si no llevaba cuidado, muy bien podría robarle a él el corazón.

Capítulo Cinco

Alicia le entregó a Clayton el pastel casero que había llevado consigo mientras probaba el café recién hecho.

—No estaba segura de que te acordaras de que alguna gente suele comer algo por la mañana.

Richard entró en ese momento en la cocina. Tenía un aspecto notablemente enérgico.

—¿Dónde está Meg?

—Duchándose. Y deberías intentar llamarla Mikki o Michelle —le aconsejó Clayton, recordando sus propios deslices y la peculiar reacción de la joven.

Richard expresó su disgusto con un gruñido, y Alicia lo tomó cariñosamente del brazo.

—Clay tiene razón. Los dos montasteis ayer un buen enredo trayéndola así a la casa y luego echándola a esos lobos...

—Tú no lo comprendes —empezó a decir Richard, pero su mujer lo interrumpió.

—Claro que lo comprendo. Pero nosotros hemos tenido veinte años para prepararnos para esto, y ella sólo ha dispuesto de veinticuatro horas para hacerse a la idea. Y por mucho que quiera a mi sobrino, carece de toda sensibilidad.

—Gracias —repuso Clayton.

—No ha sido un cumplido, querido.

—¿Ah, sí? Yo pensaba que ésa era una de mis mejores cualidades —cortó una porción de pastel y se la sirvió en un plato—. De todas formas, eso no importa. Después de la salida de tono de William, dudo que Mikki consienta en hacerse un test de ADN.

—No me importa —declaró Richard—. Yo sé que ella es Meg. Lo siento aquí dentro…

—Muy bien —Clayton arqueó una ceja—, pero esa intuición tuya no servirá de nada en un tribunal.

—Entonces tú también estás convencido de que es Meg.

Clayton se preguntó qué podría decirle. Sus intuiciones acerca de Mikki no merecían tanta confianza.

—Es demasiado pronto para afirmarlo.

—Bueno, tendré que retenerla aquí hasta que estemos seguros —comentó Richard con un tono de absoluta confianza.

La conversación cesó de repente cuando Mikki entró en el salón. Su vacilante sonrisa se evaporó al ver a Richard con una taza de café en la mano.

—¿No le habían prohibido el café?

—Tú lo has dicho, hija —intervino Alicia—. No hace caso ni de mí ni de los médicos.

—Dos mujeres hablando de mí… como si estuviera deseoso de llamar la atención a estas alturas —repuso Richard.

—¿Siempre es así de incorregible? —rió Mikki.

—Es un hábito que parece haber adquirido recientemente —musitó Clayton—. Anda, siéntate.

—Ya he terminado de hacer el equipaje. ¿A qué hora sale mi avión?

En ese momento Richard negó con la cabeza:

—No puedes marcharte.

—Mañana tengo que estar de vuelta en el trabajo.

Clayton intentó adelantarse a la réplica de Richard, pero fracasó.

—Puedes trabajar aquí. Te conseguiremos un puesto en la compañía. ¿Verdad, Clay?

Aquello dejó a Clayton momentáneamente sin habla. La presencia de Mikki en la oficina sería el medio ideal de mantenerla vigilada. Y él quería que se quedara en Massachussets. Entonces, ¿por qué tenía la sensación de que todo aquel asunto iba a explotarle directamente en la cara?

—Estoy seguro de que siempre podremos necesitar ayuda. Especialmente en el verano.

—Muy amables, pero no puedo aceptar —la expresión reservada de Mikki no revelaba nada, pero un brillo de furia se reflejaba en sus ojos.

—¿Por qué no? —inquirió Richard—. Tiene que ser mejor que donde estás ahora.

—Simplemente no puedo.

Clayton no alcanzaba a imaginar qué era lo que le estaba pasando por la cabeza a Mikki mientras se dirigía a la terraza. Aquella carencia de tacto por parte de Richard no cambiaba el hecho de que su vida en Nueva York no era nada deseable. Debería haberse puesto contenta y no adoptar aquella expresión compungida, como si acabara de perder a su mejor amigo.

—Basta ya, chicos —intervino en ese momento Alicia— . ¿Hasta cuándo vais a seguir tratándola como si fuera una niña?

—No hemos hecho eso... —protestó Clayton.

—Claro que sí —reconoció Richard, suspirando. Los dos habían esperado que Mikki se mantuviera en una actitud pasiva mientras tomaban decisiones sobre su vida.

—Hablaré con ella —dijo Alicia—. Tal vez quiera escuchar a otra mujer.

Mikki miraba fijamente las aguas color azul turquesa. El singular rumbo de su vida había dado un nuevo y extraño giro. Por un momento llegó a envidiar la rígida y ordenada vida de Clayton. Su existencia adulta había sido una triste sucesión de trabajos temporales y casas de huéspedes.

—¿Mikki? —la llamó una voz a su espalda.

—¿Sí? —se volvió, apoyándose contra la barandilla.

Alicia la tomó de la mano.

—¿Qué te pasa?

—Es una oferta muy buena, pero no tengo experiencia en trabajo de oficina —Mikki se preguntó cómo podía explicarle sus recelos a una desconocida. Aunque Alicia era su única aliada en la familia Hawthorne, Mikki todavía tenía problemas en hablar libremente con ella.

—La empresa te ofrecerá un programa especial para que puedas estudiar en la universidad mientras trabajas.

Mikki sintió un nudo en la garganta. La universidad era un sueño al que siempre había aspirado.

—Es demasiado tarde.

—Nunca es demasiado tarde. Yo, por ejemplo, conseguí mi título universitario hace sólo cinco años. Clayton me animó a que estudiara. Decía que una mujer siempre debería tener una formación en la que apoyarse.

—¿Clayton dijo eso? —inquirió Mikki, arqueando una ceja con gesto incrédulo.

—Sé que estoy siendo tan egoísta como todos los demás. Richard no está precisamente en su mejor momento de salud. Si regresas ahora a Nueva York, no será capaz de ir a visitarte allí.

—Tal vez yo no sea su hija.

—No te estoy pidiendo que profundices en preguntas a las que todavía no estás dispuesta a enfrentarte. Pero hasta que llegue la hora, no le niegues este tiempo... Más tarde podrías arrepentirte.

Mikki quedó maravillada de la precisión con que Alicia había diagnosticado la causa de sus contradictorios sentimientos. Para creer que podría ser la hija de Richard, tendría que reconocer que la mujer que la había cuidado durante tantos años había tomado parte activa en su secuestro.

—No sé.

—¿Por qué?

—No tengo ropa apropiada que llevar a una oficina. En el restaurante visto de uniforme —era una excusa, Mikki lo sabía perfectamente, y muy débil.

—Estoy seguro de que Richard...

—No aceptaré su dinero —dijo la joven, a la defensiva. ¿No era eso precisamente lo que estaba esperando que hiciera el resto de su familia?

—De acuerdo —la mirada de Alicia se suavizó aun más—. Supongo que tienes algún dinero —al ver que Mikki asentía, añadió —. Entonces esta semana cómprate algunas cosas, y la siguiente, cuando hayas cobrado, podrás comprarte más.

—¿Dónde viviría?

Alicia señaló el barrio en el que se encontraban.

—Que no se te ocurra sugerírselo a Clayton —le advirtió Mikki —. Alquilaré una habitación en algún sitio. Quizá cerca de la universidad.

—Entonces, ¿te quedarás?

—¿Es que vas a dejarme elegir?

—Puedo llegar a ser muy tenaz —repuso Alicia.

—Debe de ser un rasgo de familia.

—Voy a decírselo a Richard —sonriendo, se retiró apresurada.

—Por cierto... —dijo Mikki, deteniéndola—... hiciste un gran trabajo decorando la casa de tu sobrino.

—¿Cómo te has enterado?

—Lo he adivinado —respondió Mikki. El interior de la casa tenía la misma calidez que el alma de aquella mujer. A pesar de su impresionante parecido, Clayton y Alicia eran dos personalidades absolutamente opuestas.

—Pasé mi infancia en Arizona.

—Nunca lo habría pensado con ese acento de Nueva Inglaterra que tienes.

—Bueno, puede que haya adquirido el acento de aquí, pero jamás he perdido mi amor por la artesanía de los indios navajos. Esperaba que, decorándola de esta manera tan acogedora, Clay pudiera encariñarse con la casa... pero no parece fijarse en nada de lo que le rodea.

—Lo quieres mucho.

—Sí. Lo eduqué desde que murieron sus padres, cuando era un bebé. Pero algunas veces me resulta difícil acercarme a él. Para eso tienes que llegar a ser todavía más testaruda.

Mikki asintió, reservándose sus comentarios. Sabía que Clayton podía ser muy testarudo, pero... ¿desearía ella misma acercarse más a él?

Probablemente más de lo que debiera.

Clayton atravesó la terraza. Mikki estaba sentada en la barandilla, con la espalda apoyada en una de las columnas de

piedra. Lo miró de soslayo y después volvió a concentrarse en el mar, que parecía haberla sumido en una especie de trance hipnótico.

—Has decidido quedarte.

—¿Te molesta?

—No.

Mikki no dejaba de contemplar el horizonte. Clayton percibía en ella una tristeza que no tenía nada que ver con abandonar Nueva York.

—Richard te puso en un apuro con lo del trabajo —señaló la joven—. Ya encontraré un empleo sola.

—¿Lo prefieres así?

—Soy perfectamente capaz de encontrar un empleo sin ayuda —declaró, bajando de la barandilla.

—Estoy seguro de ello. Y si decides trabajar para Empresas Hawthorne, también estoy convencido de que trabajarás duro. El lado positivo es que nadie te molestará, como te ocurría a veces en el restaurante. Mikki esbozó entonces una provocativa sonrisa:

—¿Y el lado negativo?

—Que Joseph y William trabajarán de vez en cuando allí, también.

—¿Con cuánta frecuencia?

—Sólo cuando cierren el club de polo —rió Clayton con amargura.

—De acuerdo —asintió con la cabeza, balanceando hacia delante la cola de caballo—. Quizá tú puedas esconderme en algún archivador, o algo así...

Clayton sonrió.

—Ya hablaremos más tarde de eso. Richard volverá dentro de una hora o así. Mi tía me comentó que querías ir de compras —miró su reloj—. ¿Cuánto tiempo necesitas? ¿Media hora?

—¿Estás seguro de que no quieres sacar tu agenda para hacerme una programación? —le preguntó, burlona.

—Oh, era una broma. Ya la entiendo.

—No, Clayton. No creo que la hayas entendido.

—¿Entonces por qué no me lo explicas tú?

—¿Por qué tiene que estar todo planeado? ¿Alguna vez has hecho algo por el simple capricho de hacerlo? ¿Simplemente porque te ha apetecido?

Clayton no podía pensar en nada que hubiera hecho por simple capricho. Prefería una rígida rutina. «Obseso», lo había llamado Richard. En ese momento Mikki se dispuso a retirarse.

—Olvídalo. Saldré sola a hacer las compras.

Sin pensarlo, Clayton le agarró la muñeca y la atrajo hacía sus brazos. Ella lo miró con los ojos muy abiertos, brillantes; se había quedado sin aliento.

La besó. Sabía a sal y a menta. Se detuvo, esperando un ataque, o un síntoma de resistencia. Pero en vez de eso, Mikki le sonrió.

Cuando se inclinaba para besarla otra vez, Mikki se puso de puntillas y sus labios se encontraron con los suyos en un explosivo beso. Clayton le sujetó los brazos detrás de la espalda. Atrapada entre su cuerpo y la barandilla, la joven se esforzaba por liberar las manos. Si lo tocaba, él terminaría de perder el control.

Como no pudo liberarse, descubrió una mejor manera de atormentarlo. Empezó a acariciarle con la lengua el labio inferior, retándolo a que profundizara el beso. Clayton aceptó el desafío y se sumergió en la cálida humedad de su boca.

Una gaviota chilló sobre sus cabezas, como burlándose de aquella pública exhibición. Lentamente, Clayton la soltó y dio un paso atrás. Tardó varios segundos en recuperar el aliento, y luego miró a Mikki, que parecía tener el mismo problema.

—Si estabas buscando mis amígdalas —bromeó mientras respiraba aceleradamente—, ya me operaron cuando tenía seis años.

—Tenías razón. Algunas veces haces cosas simplemente porque te apetece, sin ninguna otra razón. Mikki se ruborizó. Alisándose la camiseta, retrocedió con paso vacilante.

—Será mejor que entre.

Con una sonrisa de satisfacción, Clayton la observó mientras se retiraba. Por una vez había sido él quien la había tomado desprevenida…

Mikki sacudió la cabeza y procuró concentrarse en lo que le estaba diciendo Richard. Desde que regresó al salón con Alicia y él, su concentración había brillado por su ausencia. Cuando incitó a Clayton para que se liberase un poco y diera el paso decisivo, se había imaginado algo menos físico, menos impactante.

En aquel momento Clayton se encontraba de pie en una esquina, sonriendo con una descarada expresión de satisfacción cada vez que se encontraba con su mirada. Mikki se pasó un dedo por los labios. ¿Sería consciente de lo mucho que la había afectado su beso? A no ser que fuera completamente estúpido, tendría que saberlo. Y de ello Mikki no podía culpar a nadie más que a sí misma. Le había estado tentando para que la besara.

¿Acaso se había olvidado de todo lo que le había enseñado su padrastro? Que nunca se metiera con un oponente superior a no ser que estuviera dispuesta a perder. Desafortunadamente, perder ante Clayton se había parecido mucho a ganar. Tenía que encontrar un lugar donde vivir antes de que empezara a desarrollar una indeseable relación con aquel enigmático desconocido.

—Meg…Michelle —tartamudeó Richard al pronunciar su

nombre, dándose cuenta de su error—. Perdona.

—No importa —repuso Mikki.

—Sé que vas a estar muy atareada, pero he pensado que podrías venir a casa a cenar la semana que viene. Si quieres...

Mikki se sentía desgarrada en dos. Por una parte quería, o necesitaba, pasar tiempo con Richard, pero por otra aún no podía enfrentarse con el resto de su familia.

—Tal vez preferiría hacer un recorrido por la costa, Richard.

La sugerencia de Clayton venía a ser una solución de compromiso. Mikki se sorprendió de que él hubiera advertido su vacilación, y aún más de que hubiera acudido en su ayuda con tanta rapidez.

—De acuerdo. Todo arreglado —dijo Richard—. Clay se encargará de recogerte a la hora que sea.

—No es necesario... —protestó ella, abriendo mucho los ojos.

—No te preocupes —la interrumpió Clayton, sonriendo burlón —. Lo apuntaré en mi agenda.

Alicia se dirigió entonces a su marido, tomándolo del brazo:

—Deberíamos marcharnos —al ver que Richard se disponía a protestar, añadió—: Mikki tiene un montón de cosas que hacer. Cuanto antes nos vayamos, mejor.

Mikki suspiró. ¿Por qué tenía la sensación de que todo el mundo la estaba manipulando? Tenía que ser más fuerte, o aquella familia terminaría quitándole su independencia. Los años pasados con Max le habían enseñado al menos una cosa: la firme decisión de no permitir que nadie volviera a controlar su vida.

¡Tres horas para comprar un par de faldas y de blusas! Clayton maldijo en silencio. Mikki había pasado menos tiempo buscando un lugar donde vivir, su único criterio había sido la cercanía a la

parada de autobús. Clayton no comprendía por qué había escogido alquilar una habitación en vez de un apartamento, pero el barrio era mucho mejor que el de Nueva York.

—Ya puedes respirar, Clayton. Antes de que se ponga el sol me perderás de vista —un brillo de diversión bailaba en las profundidades de sus ojos oscuros.

—A la casera le dijiste que mañana harías el traslado. ¿Qué piensas hacer esta noche?

—Me iré a un motel —respondió Mikki sujetando las bolsas con las compras y abriendo la puerta del coche.

—¿Tienes algún problema con la habitación de invitados de mi casa? ¿O se trata acaso de la compañía?

—Tengo la impresión de que mi presencia trastorna tu rutina. Ayer te pasaste la mitad de la noche levantado.

—Eso no tenía nada que ver contigo —mintió. A juzgar por la mirada de sospecha que le lanzó, ella sabía que no había sido sincero en su respuesta—. Al menos no directamente.

Mikki salió del coche y esperó a que él cerrara con llave la puerta.

—Tengo la sensación de que debería disculparme por algo, pero no sé de qué.

«Qué extraño», pensó Clayton. Porque él compartía aquella misma sensación.

—Es un absurdo que gastes dinero en una habitación de motel. Anda, quédate aquí.

—¿Y hacerme responsable de tu insomnio? No.

—¿Por qué siempre tienes que discutirlo todo?

—Vine a Massachussets contra mi voluntad, y ahora me quedo, también contra mi voluntad. No parece que haya ganado muchas

discusiones, ¿verdad?

Cualquier mujer que hubiera conseguido que pasara tres horas enteras en un centro comercial había ganado una batalla mucho más meritoria, pensó Clayton. ¿Por qué entonces estaba prolongando la agonía insistiendo en que pasara otra noche en su casa? En realidad, debería seguir el mismo consejo que le había dado a Richard y proceder con ella con extrema cautela...

Mikki salió del garaje para entrar en el salón. Y a pesar de su resolución de mantenerse indiferente, de nuevo la atención de Clayton se vio atraída por sus sensuales formas. Sus viejos vaqueros se adaptaban a sus caderas y muslos como si fueran una segunda piel. Volvía a sentirse incómodo. Al día siguiente ella saldría de aquella casa, pero su vida nunca volvería a ser la misma.

Después de colgar su nueva ropa en el armario, Mikki se reunió con él en la cocina.

—Cocinaré yo.

—¿Puedes?

—Pues claro. En el restaurante a veces me ocupaba de la cocina. Soy un as con los huevos fritos. Venga, apártate de ahí; tengo que ver lo que hay en la nevera.

Mientras ella se inclinaba para revisar el contenido de la alacena, Clayton también realizó su propia revisión... ¿Acaso había dejado de funcionar el aire acondicionado? Decidió ir a su habitación a cambiarse... y a ponerse una ropa que fuera más cómoda y amplia en la zona clave... Iba a ser una larga y ardiente noche.

Capítulo Seis

Durante la cena Mikki se las arregló para alejar la conversación de temas relacionados con el pasado. No tenía el menor deseo de compartir con Clayton determinadas anécdotas de su adolescencia, como cuando le tomaron las huellas dactilares en el tribunal de menores. No estaba nada orgullosa de aquel capítulo de su vida.

Una vez que llenó el lavavajillas, no tuvo más re medio que reunirse con él en el salón.

—¿Café? —le preguntó.

—No, gracias. Me gustaría hablar contigo —palmeó el sofá a su lado.

—¿Más conversación de política? —arqueó las cejas, esperanzada.

—No. Ya estoy harto de tus enternecedoras ideas liberales que tan convenientemente has expresado du rante la cena

—Estás furioso porque perdiste la discusión.

—No la perdí: renuncié. Eres una fanática —tensó la mandíbula —. De cualquier forma, tengo la impresión de que te las has arreglado para evitar el asunto principal.

—¿Y cuál es el asunto principal?

—¿Por qué una mujer como tú, cuya lengua funciona a la velocidad de la luz cuando se trata de defender los derechos del búho en extinción, se muestra tan callada en presencia de Richard?

—¿Piensas que hablo demasiado? —Mikki se echó a reír al oír su siseo de frustración. Pero al ver la manera en que entornaba los ojos, comprendió que no estaba nada divertido—. ¿Qué se supone que tengo que decirle?

—Cualquier cosa. A él no le importa lo que le digas.

—¿Para qué? ¿Crees que él quiere que le hable de mi vida con mamá y con Max? O quizá debería hablarle de mi consumada habilidad para robar carteras... —Mikki se tragó el nudo que sentía en la garganta y suspiró—. Dime lo que puedo decirle sin hacer que se sienta culpable, o que yo me sienta furiosa acerca de lo ocurrido durante estos últimos veinte años.

—Hazle preguntas. ¿No sientes un mínimo de curiosidad por él?

Aquella pulla acertó el objetivo con esmerada precisión. En el interior de Mikki empezaba a librarse un doloroso conflicto de emociones.

—Claro que sí. ¿Crees acaso que no tengo sentimientos?

—¿Entonces por qué no se lo preguntas?

—Porque la curiosidad engendra sospechas, y ya tengo bastante con las que tú tienes sobre mí.

—Lo que yo piense no debería importarte.

«Pero me importa», se dijo Mikki.

—Lo creas o no, yo no he elegido todo esto —declaró sincera—. Así que mientras toda esta gente siga intentando trastornar completamente mi mundo, tendrás que aceptar que me resista. Si al final resulta que no soy su hija, todos me echarán la culpa.

—¿Es eso lo que piensas?

—¿Puedes prometerme tú que las cosas serán diferentes?

—No —la voz de Clayton sonó como un áspero murmullo de arrepentimiento.

Mikki tuvo un escalofrío. Abrazándose, se acurrucó en el sofá. ¿Por qué había consentido en relacionarse con aquella familia? ¿Y por qué le importaba tanto? Al contrario que los suyos, los sentimientos de toda aquella gente parecían estar atados a los resultados de una prueba de ADN.

Clayton le echó una ligera manta por encima a Mikki y se sentó en el suelo delante del sofá. El sueño había acabado por vencerla.

Vio que un sedoso mechón de su melena oscura le caía sobre la mejilla cuando volvió la cabeza. El puente recto de la nariz se curvaba levemente en la punta, en una versión femenina de aquel rasgo característico de los hombres de la familia Hawthorne. Si Mikki era realmente Meg, ¿por qué habían tardado veinte años en encontrar una pista suya?

Levantó una mano, vacilando, y le retiró con infinito cuidado el cabello de la frente. Mikki se arrebujó aun más contra los cojines y, de manera inconsciente, le puso una mano en un hombro. Incluso dormida buscaba el contacto físico. Aunque Clayton nunca había sido una persona muy expresiva, encontraba un turbador consuelo en su contacto. Los sentimientos que ella le inspiraba podrían terminar derivando en desastre.

Clayton siempre había sido un extranjero, un intruso, viviendo con la familia Hawthorne, pero jamás plenamente aceptado por sus miembros. A un nivel estrictamente pragmático, la vuelta de Meg supondría que William y Joseph no se harían con el control de la empresa que Clayton había engrandecido con su esfuerzo. A un nivel más personal, había esperado que encontrándola podría alejar la nube de sospechas y resentimiento que había pendido sobre la cabeza de su tía desde aquel fatídico día.

Pero no había contado con su propia reacción ante Michelle Finnley. Aquella orgullosa y encantadora mujer sabía más del arte de vivir que lo que él jamás llegaría a aprender. ¿Cuánto de su inocente personalidad habría perecido bajo el abrumador peso de la presión familiar?

Clayton se movió incómodo. ¿Por qué tenía tantas dudas? Nunca había dudado de sí mismo. Desde que Mikki entró en su vida, no había vuelto a comportarse como era habitual en él. Y quizá ya nunca volvería a hacerlo.

Mikki apagó su ordenador, satisfecha. Se sentía orgullosa de la

prudente decisión que había tomado al matricularse en aquel curso de ofimática básica en el YMCA —Todavía tenía mucho que aprender acerca de la compañía y de su contabilidad, pero al menos se las había arreglado para trabajar durante una semana con cierta eficiencia.

La oficina se estaba vaciando rápidamente, ansiosos como estaban sus compañeros de trabajo de disfrutar cuanto antes del fin de semana. Una vez sola, sacó una guía de autobuses para revisar su itinerario desde el trabajo hasta el centro comercial, y luego hasta la casa de huéspedes. Si se daba prisa podría estar en su habitación antes de que cayera la noche. Eso ya no importaba en su actual barrio, pero algunos hábitos eran difíciles de romper.

De repente escuchó unos pasos ahogados en la moqueta, acercándose a su cubículo. Guardó la guía de autobuses en su bolso y se levantó del escritorio. Reconoció el familiar aroma de una loción de afeitar.

—Hola, Clayton.

—¿Cómo sabías que era yo?

—Cuestión de psicología —Mikki no estaba dispuesta a admitir que su aroma masculino le aceleraba el pulso, entre otros efectos.

—¿Qué tal te ha ido en tu primera semana?

—Bien. Debemos de estar en plena temporada de polo.

—Tienes razón —rió él—. Vamos, te llevo a casa.

—Gracias, pero tengo que hacer unas compras.

—¿Otra vez? —giró los ojos con gesto teatral.

—Si pudieras convencer a las mujeres de esta empresa de que llevaran uniformes de color rosa y blanco, no necesitaría comprarme más ropa.

—De acuerdo. Te llevaré al centro comercial.

A pesar de que hizo todo lo posible por evitarlo, Mikki se echó a reír.

—Creo que preferirías que te abrieran en canal antes de acompañarme de nuevo a comprar.

—Te he dicho que te llevo —su rígida actitud no le dejó más opción que aceptar.

Veinte minutos después de llegar al centro comercial, Mikki ya se arrepentía de haber aceptado que la acompañara. Clayton la seguía de tienda en tienda con el ceño permanentemente fruncido.

—¿Cuántas cosas de éstas piensas probarte? —le preguntó él cuando salía de una de sus numerosas visitas al probador.

—¿Por qué no te vas tomar un café?

—Esperaré.

—Pues entonces siéntate y abúrrete con todos estos maridos que andan esperando por aquí.

—No, gracias. Simplemente date prisa.

Mikki le lanzó una mirada fulminante que, sin embargo, no obró efecto alguno. ¿Quién le había pedido que la acompañara?, se preguntó por enésima vez. Su tono condescendiente y su expresión ceñuda estaban acabando con su paciencia. Tomó un diminuto y sensual camisón negro de un estante de ropa interior femenina, lo levantó muy alto como para que lo viera toda la tienda y le preguntó con voz estentórea:

—¿Qué te parece esto, Clay?

Clayton miró a su alrededor, avergonzado.

—Oye, bájalo.

—¿No crees que me haría muy gorda, querido? —volvió a preguntar alzando mucho la voz.

Clayton le quitó la prenda de las manos.

—Creo que no te va ni el color ni la talla —señaló Mikki, bromista.

Clayton abrió unos ojos como platos. Mortificado, lanzó la prenda de seda al estante sin miramiento alguno.

—¿Has terminado?

—Casi —Mikki rebuscó entre las faldas y blusas que se había probado, escogiendo tres—. Vale.

—¿Ya está? ¿Y todas estas prendas que te has probado? ¿No te gustan?

—Claro que me gustan. Me gustan todas —lanzó otro vistazo a una blusa color cereza antes de descartarla en beneficio de otra azul pálido—. Pero ya basta por hoy. Volveré la semana que viene... pero sin ti.

Clayton murmuró un juramento y agarró todas las prendas que había descartado.

—¿Qué estás haciendo?

Encogiéndose de hombros, pasó de largo delante de ella y se dirigió hacia la caja registradora.

—Comprar no es un trabajo a media jornada. Si necesitas algo, lo compras de una vez y ya está.

—Ahora mismo no me puedo permitir comprarlas todas —su protesta no impidió que Clayton sacara de su cartera una tarjeta de crédito para pagar las prendas.

Mikki llevó sus tres prendas a otra caja registradora y pagó en efectivo. Clayton la estaba esperando en la puerta de la tienda, con una gran bolsa bajo el brazo.

—¿Te apetecería comer algo? —le preguntó con tono alegre.

—Vete al diablo —y lo dejó plantado, mirándola con la boca abierta, mientras se dirigía hacia el coche.

Durante el trayecto hasta la casa de huéspedes, Clayton intentó entablar conversación con Mikki... pero ella ignoraba cada uno de sus intentos. ¿Qué le pasaba? ¿Acaso él era el único que debería sentirse furioso después de la manera en que lo había avergonzado en la tienda?

—Te estás comportando como una cría.

Con un gruñido de frustración Mikki encendió la radio, y una estridente música rock resonó por los cuatro altavoces. Luego procedió a usar la guantera como tambor de batería, al tiempo que tarareaba una desafinada versión de la misma pieza.

—¿Te importaría decirme qué es lo que he hecho?

Mikki lo miró con expresión incrédula.

—¿Estás enfadada porque compré la ropa?

—Brillante deducción.

—Me lo puedo permitir. Me he gastado más dinero invitando a amigas a cenar.

—Yo no soy una de tus amigas a las que invitas a cenar. Escucha, Clayton: ¿por qué no vuelves con la gente de tu mundo? Así no te sentirás avergonzado por la manera en que me visto y no tendrás que comprarme ropa.

Una solitaria lágrima corrió por su mejilla. Mikki se la enjugó con rabia, furiosa con él y consigo misma.

—Siento que te lo hayas tomado de esa manera. Yo sólo quería ayudar.

Detuvo el coche frente a la casa de huéspedes, y Mikki salió disparada como una bala.

—Te olvidas del otro paquete —le gritó él cuando ya se alejaba.

—Tú lo compraste, así que es tuyo. Que te aproveche —y desapareció en el portal sin mirar atrás.

Las olas se estrellaban contra el acantilado, cubriendo de espuma la superficie del agua. Mikki se arrebujó aterida en su cazadora, mientras un frío viento del norte le azotaba la espalda. Lentamente fue bajando la colina rocosa que coronaba el faro.

—¿Michelle? —la distante voz sonaba a hueco con la brisa.

Mikki saludó con la mano a Alicia y a Richard, que ya se dirigían hacia ella.

—¡Ya voy! —gritó antes de que intentaran seguirla.

Cuando Mikki vio que Clayton se reunía con ellos, se puso sus gafas de sol de cristales rojos. Aquella mañana había ido a buscarla para invitarla a desayunar, como si el incidente de las compras jamás hubiera sucedido. Sabiendo lo mucho que detestaba llamar la atención de la gente, Mikki había sacado deliberadamente aquellas gafas tan estrafalarias. Mientras él comía, ella se había puesto a mascar chicle y a hacer globos sin dignarse responder a sus preguntas. Al final Clayton había terminado por renunciar.

Richard suspiró de alivio cuando Mikki llegó al paseo marítimo.

—No tienes necesidad de poner en riesgo tu vida con tal de evitarme...

—Ella no te está evitando —intervino Clayton, y la fulminó con la mirada—. Me está castigando a mí.

—¿Es que has vuelto a ofenderla, Clay? —Richard sonrió afectuoso a Mikki—. Un hábito deplorable. Hemos intentado quitárselo por todos los medios, pero ha sido imposible. Sigue ofendiendo a la gente al menos una vez por semana. Oye, Clay, ¿Por qué no te llevas a tu tía a tomar un café?

—Porque acaba de tomar uno.

—Anda, piérdete —le ordenó Richard, sonriendo.

—No te preocupes —intervino Mikki al advertir la vacilación de Clayton—: no voy a tirarlo al mar. Antes me gustaría probar contigo.

Richard estalló en carcajadas.

—Esto me recuerda cuando erais niños.

Mikki se puso las gafas sobre la cabeza mientras observaba a Clayton marcharse.

—No es tan malo una vez que llegas a conocerlo.

—Lo pasó muy mal cuando te raptaron, pero todos estábamos demasiado ensimismados en nuestro propio dolor para darnos cuenta de ello. Cuando lo hicimos, ya era demasiado tarde.

—Puede que no sea tu hija, Richard. No quiero hacerte daño.

—Yo no tengo ninguna duda, Meg. Hasta que estés preparada para descubrirlo, simplemente nos dedicaremos a conocernos mutuamente.

—Me parece justo.

—¿Quieres que nos sentemos allí? —Richard le señaló un banco de madera.

—Claro —Mikki se sentó a su lado.

—¿Te gusta trabajar en la oficina?

—Sí, desde luego. He estado informándome sobre las universidades de la zona. Creo que podré aprovecharme del programa de formación de la empresa.

—¿Quieres estudiar administración? ¿Empresariales? —le preguntó Richard, esbozando una sonrisa de padre orgulloso.

—Bueno, creo que biología marina —se encogió de hombros, como disculpándose—. ¿Hay algún problema? ¿Es que el programa sólo cubre cursos de administración?

—Estudia lo que quieras, Meg. Personalmente, jamás me he preocupado mucho por las criaturas marinas excepto cuando me las sirven en un plato.

—Y no quedarán muchas si no nos preocupamos por conservar mejor los mares.

—Bien —le dio una suave palmada en el brazo—. Tú podrás salvar el mundo y dejar que Clayton se ocupe del negocio cuando yo me vaya...

—Tú no te vas a ir a ninguna parte. Es una farsa que representas delante de la familia.

—Eres muy observadora —repuso Richard, apartándose un mechón plateado de la frente.

—¿De qué te sirve esa simulación?

—Se aprende mucho de la gente que te rodea cuando piensan que van a perderte. Desgraciadamente, a veces ves cosas que no quieres ver.

Mikki sabía que se estaba refiriendo a sus sobrinos. ¿Pero por qué los soportaba?

El propio Richard contestó a esa pregunta no expresada:

—Sentí que le debía a mi hermano al menos el esfuerzo de preocuparme por esos dos. Tu retorno los ha puesto nerviosos. Están empezando a darse cuenta de que quizá tengan que sobrevivir solos.

—Eso no tiene nada que ver conmigo. Yo ni quiero ni espero nada, sea o no sea....

—¿Seas o no seas mi hija? —Richard terminó la frase por ella—. Lo sé. Pero les vendrá bien que se preocupen por ello.

Mikki se echó a reír. Aquel hombre tenía la astucia de un zorro.

—¿Y Clayton? ¿También quieres inculcarle el temor a Dios?

—No. Sé muy bien quiénes me son leales. Dudo que la empresa hubiera podido sobrevivir sin él. Cuando Clayton te acepte, te será tan leal como lo fue conmigo.

«¿Leal?», se preguntó Mikki. Se conformaría simplemente con que confiara algo en ella.

—Eres un optimista incorregible.

—El tiempo lo dirá.

¿De cuánto tiempo dispondría Mikki? No podía retrasar indefinidamente el momento de la prueba de ADN. Y si Clayton iba a aceptarla, tendría que aceptarla como Michelle Finnley. Porque su «alter ego», Meg Hawthorne, tal vez sólo existiera en el corazón de Richard o en el cerebro de algún genial estafador.

Capítulo Siete

Mikki se frotó los ojos e intentó enfocar la mirada en la pantalla del ordenador. Nunca se había alegrado tanto de que una semana tocara a su fin. Con un poco de suerte, podría pasar el sábado durmiendo para recuperar el sueño perdido. Eso si antes su casera no le pedía que se marchara: en cinco ocasiones durante la pasada semana Mikki había recibido llamadas a mitad de la noche, para encontrarse con que su autor colgaba invariablemente cada vez que contestaba el teléfono.

La mujer mayor se había mostrado comprensiva al principio, pero la broma se estaba tornando bastante comprometedora. ¿Por qué querría alguien llamarla para luego colgar? Cansada, estiró los brazos e hizo un nuevo intento por concentrarse en su trabajo.

En ese momento sonó el teléfono y se puso los auriculares para atender la llamada:

—Empresas Hawthorne, al habla Michelle. ¿En qué puedo servirle?

—¿Qué se siente al regresar de la muerte? —la profunda voz masculina sonaba áspera, tensa.

—¿Perdón? —Mikki se preguntó si habría oído bien.

—Nunca deberías haber vuelto, Meg.

El estómago se le encogió, y tuvo la sensación de que el corazón había dejado de latirle.

—Antes de que todo esto termine, podrías desear estar muerta —le advirtió la voz.

Mikki pulsó un botón para desconectar la llamada. Se quedó mirando el teléfono. El pulso le latía ya a triple velocidad. «Alguien está intentando asustarte», pensó.

El teléfono volvió a sonar y Mikki dio un respingo. Su primera

intención fue ignorar la llamada. Pero a la cuarta vez que sonó uno de sus compañeros la miró extrañado, y no tuvo más remedio que contestar. Sintió una pequeña sensación de alivio cuando un cliente le devolvió el saludo, pero durante el resto del día fue como si una nube de aprensión se hubiera cernido sobre ella. A eso de las cuatro y media ya estaba ansiosa de irse, cuando la llamó la directora de administración pidiéndole que se pasara por su despacho.

Mikki se secó en la falda el sudor de las palmas de las manos y dejó escapar el aire lentamente. Evelyn Drew, la directora de administración, gobernaba el departamento como si fuera un cuartel. Incluso Clayton rara vez la fiscalizaba. Llevaba cerca de treinta años en la compañía y era la segunda persona al mando después de él. ¿Querría recriminarle el mal desempeño en algunas de sus labores? Nerviosa, llamó a la puerta del despacho:

—¿Deseaba verme?

—Entra, Michelle —la hizo pasar Evelyn.

Cuando entró, descubrió a Clayton de pie en una esquina. Su traje color gris marengo combinaba a la perfección con el de sus ojos de mirada fría. Mikki no había vuelto a dirigirle la palabra desde que la acompañó a comprar la semana anterior. ¿Iría a despedirla por haberle ignorado de esa forma?

—Toma asiento —él mismo le acercó una silla y se sentó frente al escritorio.

—Supongo que ya sabrás por qué te hemos llamado —empezó a decir Evelyn.

Mikki negó con la cabeza. Era consciente de la mirada de Clayton fija en ella. La mujer mayor entrelazó los dedos sobre la superficie metálica del escritorio.

—¿Recuerdas que te expliqué que de vez en cuando podíamos controlar tus llamadas?

—¿Acaso paso demasiado tiempo hablando con los clientes? Yo sólo intento ser amable con ellos...

—No se trata de tu trabajo; en ese sentido no tenemos ninguna queja. Es acerca de la llamada que has recibido esta mañana.

—Sólo era una broma de mal gusto —un escalofrío le recorrió la espalda—, y colgué. Eso es lo que me dijeron que tenía que hacer en estos casos.

—Creo que es algo más serio que eso —Evelyn se dirigió directamente a Clayton—: ese tipo la llamó por su nombre, y el tono era amenazador.

—Es una cobarde llamada anónima —Mikki intentaba parecer más confiada de lo que se sentía realmente—. No es para tanto.

—¿Es la primera llamada de ese tipo que recibes? —inquirió Clayton.

—Supongo que sí —vaciló antes de contestar.

—¿Supones? —repitió él, impaciente—. ¿Qué quiere decir eso? ¿Te ha llamado ese tipo antes o no?

—No lo sé. Alguien me ha llamado algunas veces a la pensión, despertando a la casera. Pero siempre ha colgado cuando contestaba yo...

—¿Cuándo empezaste a recibir esas llamadas, Mikki?

—El domingo por la noche.

—De acuerdo. Evelyn, que esté una temporada sin ponerse al teléfono.

—¡No! —exclamó Mikki, enfática; los ojos le brillaban de furia, con un cierto matiz de súplica—. Ya antes he tenido que soportar a muchos estúpidos como éste...

Dándose cuenta de lo alterada que estaba, Clayton decidió no discutir.

—Apaga tu ordenador y preséntate en mi despacho dentro de diez minutos.

La joven asintió con la cabeza y se marchó. Mientras la puerta se cerraba a su espalda, Clayton se volvió hacia Evelyn.

—¿Qué es lo que pasa, Clayton?

—Simplemente que es una mujer muy bonita, y que algún condenado bastardo está intentando acosarla.

—No lo creo. Llevo treinta años trabajando para Richard y tengo una memoria de elefante. Ese hombre la llamó «Meg». ¿Es que es la hija de Richard?

—Aparentemente a alguien le preocupa que pueda serlo —comentó, más para sí mismo que para ella. ¿Para qué querría asustarla el autor de la llamada, a no ser que estuviera seguro de su verdadera identidad?

—No puedo creerlo. Después de tanto tiempo... ¿Cuándo lo sabrás a ciencia cierta?

—No lo sé —Clayton sabía que no había ninguna ley que pudiera obligar a Mikki a someterse a una prueba de ADN, a no ser que ella misma quisiera reclamar una herencia.

—Espero que sea pronto, por el bien de Richard —comentó Evelyn.

«Y también por el de Mikki», añadió Clayton para sí. Regresó a su despacho para elaborar un plan. ¿Acaso Mikki no podía comprender que se encontraría mucho más a salvo si por fin afloraba la verdad? ¿Qué podría hacer con ella mientras tanto? Dudaba que quisiera trasladarse a casa de Richard, y él mismo tampoco estaba seguro de desear que se quedara allí. ¿Quién podía tener mejores motivos para asustarla que sus propios primos? Pero Richard se negaba a convencerse de ese hecho; estaba tan ciego a los defectos de sus sobrinos como el propio Clayton lo había estado al aceptar a pie juntillas la definitiva desaparición de Meg.

Richard podría haber acertado en eso, pero Clayton no estaba dispuesto a jugar con la vida de Mikki.

Mikki entró furiosa en su despacho, con los ojos echando chispas. Cruzó los brazos sobre el pecho.

—Si me despides, te demandaré.

Clayton tuvo que contener la risa.

—¿Con qué argumentos?

—Ya los encontraré.

—Tu puesto de trabajo está a salvo, pero no estoy seguro de que tú lo estés.

—¿Cómo?

—¿Reconociste por casualidad la voz del tipo que te llamó? ¿Podría tratarse de tu padrastro? —Clayton sabía que se estaba aferrando desesperadamente a aquella posibilidad. Si Maxwell Blake estaba relacionado de alguna manera con aquello, ¿por qué intentar asustarla antes de que se consumara el engaño?

—No pude distinguir bien la voz, pero estoy absolutamente segura de que no era él.

—Me sentiría mejor si supiéramos dónde se encuentra el señor Blake. Tengo a un investigador trabajando sobre ello —aspiró profundamente y prosiguió—: Hasta que no sepamos quién está detrás de las llamadas, creo que sería mejor que te trasladaras a mi casa.

Mikki se dejó caer en la silla que estaba frente al escritorio, mirándolo fijamente.

—¿Cómo sé que no eres tú?

Clayton frunció el ceño, afectado por aquella sospecha.

—No, no puedes ser tú. Si quisieras desembarazarte de mí, me lo dirías a la cara.

—Tendrás que convenir conmigo en que mi casa es el lugar más seguro para ti.

—¿Seguro? —se echó a reír—. Al cabo de una semana me estrangularías con tus propias manos. Si es que no lo hago yo primero.

—Correré el riesgo. Una vez que averigüe quién está detrás de esas amenazas, podrás volver a tu pensión.

—¿Y si no es así? ¿Y si nos convertimos en compañeros permanentes de casa? —bromeó ella—. Dudo que puedas soportarme más de unos cuantos días.

—Sobreviviré —declaró Clayton, pensando que ningún hombre se moría de un calentón de hormonas.

—Te agradezco la oferta, pero no la acepto.

—Mikki...

—Ya he tomado una decisión y no voy a cambiarla.

Clayton se echó hacia atrás en su silla. Una batalla de voluntades acababa de comenzar. Ella podía llegar a ser muy testaruda, pero él era simplemente inflexible...

—¡Una sola palabra! —exclamó Mikki, con los brazos en jarras —. Si dices una sola palabra acerca de esto, te haré picadillo.

Clayton dejó caer su maletín en el umbral de la habitación de invitados.

—En la oficina no podemos hablar, y en el coche tampoco. ¿Cuándo entonces?

—Cuando no sienta deseos de matarte por haberte salido con la tuya —se apoyó contra la pared, suspirando. Todavía no podía creer que hubiera terminado por resignarse.

—¿Cuándo será eso?

—Nunca.

—Simplemente estás molesta porque has perdido otra discusión.

—No la he perdido.

—Como quieras —Clayton se encogió de hombros con gesto indiferente—. Una vez que esto ya está aclarado, podemos elaborar un plan.

—Oh, por favor... Déjame en paz con tus planes y tus programas hasta que haya logrado dormir un poco. Nuevamente soy responsable de haber aceptado otra de tus absurdas ideas.

—¿Acaso habría sido mejor dejar que Richard se preocupara de lo que pudiera pasarte? ¿O esperar a que tu casera te pidiera que te marcharas?

Mikki levantó la barbilla y lo miró con altivez:

—Pues es una mujer muy comprensiva.

Clayton le lanzó una de sus engreídas sonrisas que tanto la sacaban de quicio.

—Ya me he fijado en que no te ha pedido que te quedes.

—Oh, basta ya —estaba más furiosa consigo misma que con él, por haber aceptado aquel chantaje.

—Hablaremos por la mañana, cuando estés de mejor humor. Si te despiertas a mitad de la noche y tienes hambre, hay algo de comida fría en la nevera.

Mikki asintió y cerró la puerta de la habitación. ¿Qué pasaría ahora? Intentar no pensar en Clayton ya le había costado demasiado incluso en la oficina, cuando apenas lo veía. Vivir bajo el mismo techo, compartir las comidas con él... ¿cómo podría evitarle a su cuerpo aquel constante estado de excitación? Todas sus emociones parecían intensificarse en su presencia.

Aunque ya antes se había sentido cansada, los últimos acontecimientos la habían dejado muy inquieta. Colocó su maletín sobre la cama y empezó a deshacer el equipaje. En el espacioso armario de la habitación reconoció la ropa que Clayton le había comprado en el centro comercial; obviamente no tenía intención de devolverla. Ella tendría que pagarle el importe.

Sacó el dinero de su cartera con la intención de devolvérselo en el acto; más tarde podrían hablar del pago de la renta de la casa. Salió al pasillo. Cuando pasaba por delante del cuarto de baño, oyó el sonido del agua corriendo en la ducha. Sintió una oleada de calidez al imaginar a Clayton sin su inevitable traje de tres piezas.

Entró en la cocina y dejó el dinero sobre el mostrador. Cuando volvía a la habitación se abrió de repente la puerta del cuarto de baño, y al ver a Clayton se quedó paralizada. Diminutas gotas de agua salpicaban su amplio pecho. Su cabello castaño, peinado hacia atrás, brillaba bajo la luz del pasillo. La nube de vapor que emanaba de su piel le daba una apariencia mágica, divina.

Clayton se ruborizó mientras se ajustaba torpemente la toalla alrededor de la cintura.

—Pensé que ya estarías durmiendo.

Mikki se apoyó en el marco de la puerta, bloqueándole la salida.

—¿Ah, sí?

—¿Te importaría...?

—No. No me importaría nada en absoluto.

Su incomodidad la divertía sobremanera. Clayton era un hombre muy tímido. Por un instante Mikki se dedicó a saborear la obscena idea de arrebatarle la toalla.

—Mikki —pronunció con un tono de advertencia, al adivinar sus intenciones.

—Clayton —repuso ella en el mismo tono—. Ahora que ya hemos dejado claro quiénes somos y qué hacemos aquí... hablemos.

—¿De qué?

—De cualquier cosa que surja...

Clayton se apresuró a bajar la mirada, y Mikki estalló en carcajadas, apoyando una mano en su pecho húmedo.

—¿Te has asustado, eh?

—Si vas a seguir haciendo cosas así, te aseguro que algo va a surgir.

Mikki deslizó la mano peligrosamente hacia abajo.

—¿Te refieres a esto?

Clayton le cubrió la mano con la suya. La joven podía sentir su pulso acelerado bajo los dedos.

—Yo creía que estabas enfadada conmigo.

—Y lo estoy. Esto es una venganza.

—¿En qué sentido?

—Detestas que te toquen —respondió Mikki, riendo entre dientes.

—¿Hasta qué punto estás dispuesta a probar esa hipótesis?

—No me estaba refiriendo al sexo —le explicó, atraída por su ávida mirada.

—¿Me asaltas de esta forma cuando sólo voy vestido con una toalla y todavía esperas que no me crea eso?

De pronto la tomó de la cintura y la acorraló contra el marco de la puerta. Atrapada en su propia trampa, Mikki sintió que se le aceleraba el corazón. El cálido y húmedo contacto de su pecho desnudo le estaba provocando efectos imposibles de disimular; sus pezones empezaban a tensarse contra la fina tela de la camiseta.

Clayton levantó la otra mano para acariciarle un seno en el mismo instante en que se apoderaba de sus labios.

Su beso, erótico a la vez que violento, la conmovió profundamente. Mientras se apretaba contra ella, cadera contra cadera, muslo contra muslo, Mikki sintió la evidencia de su deseo. Aquello era exactamente lo que más había temido cuando él le pidió que se quedara en su casa… y exactamente lo que más había ansiado que sucediera cuando ella aceptó.

Pero de pronto Clayton la soltó con la misma rapidez con que antes la había abrazado. Aquel inesperado gesto la dejó mareada y confusa; luchando por recuperar la compostura, desvió la mirada.

Clayton la tomó entonces de la barbilla con el pulgar y el índice, levantándole la cabeza para que lo mirara a los ojos.

—Puede que te parezca frío, pero te aseguro que no soy un cadáver. Recuérdalo la próxima vez que quieras jugar —se ajustó con fuerza la toalla a la cintura y se dirigió a su dormitorio.

Durante un buen rato Mikki permaneció sin moverse, paralizada. «¿Frío?», exclamó para sí. Aquel hombre era la virilidad personificada. Recordó su propia e incontrolable reacción ante aquel beso.

Tal vez fuera un tipo contenido, pero no era nada frío.

Clayton paseaba arriba y abajo por el salón. Los rayos del sol ya se filtraban por la ventana. ¿Dónde se habría metido Mikki? Aquella mujer no tenía ni un ápice de sentido común. Ya había explorado la playa. Y no había muchos lugares a los que pudiera ir sin coche.

¿La habría asustado la noche anterior? Desde luego, ésa había sido su intención. Ya le resultaba bastante difícil contenerse como para encima tener que soportar sus flirteos. Desgraciadamente, su plan le había estallado en la cara. En lugar de darle una buena lección, había aprendido lo vulnerable que era ante aquella belleza de ojos oscuros.

Se guardó la cartera y las llaves en los bolsillos de sus

pantalones de tenis y salió a buscarla. A pesar del tiempo reinante, su temperatura corporal parecía ascender como el mercurio en un termómetro. Al menos podía haberle dejado una nota...

—Hey, Rip Van Winkle. Ya era hora de que te despertaras.

Clayton se giró en redondo; Mikki le estaba saludando con los brazos, sonriendo. Se dirigía hacia él con paso enérgico, arrastrando un carrito de color rojo.

—¿Dónde has estado? —le preguntó con un tono más apero del que hubiera deseado.

—Todavía no te has tomado el primer café de la mañana, ¿verdad? Vaya, bonitas piernas. Me alegra ver que te pones más cosas aparte de trajes de tres piezas. Parece como si fueras a jugar el torneo de Wimbledon.

—Y tú estás insoportablemente alegre esta mañana.

—Siempre me pongo muy contenta cuando encuentro una ganga como ésta.

Clayton miró el contenido del carrito con expresión de repugnancia:

—¿Qué son esos trastos?

—¿Trastos? —exclamó ofendida—. Es uno de los mejores equipos de camping que pueden verse hoy en día. Una tienda iglú, dos sacos de dormir y una mochila para transportarlo todo. El matrimonio que vive en Serpentine Road está vendiendo este tipo de cosas en su garaje. No sé... ¿crees que debería haber comprado también un camping gas? Era demasiado grande para llevármelo, pero algún día, cuando tenga mi propio coche...

—¿Has comprado cosas se segunda mano a mis vecinos?

—Sí; no me parecía justo robárselo.

—¿Y para qué?

—Para poder salir de acampada. Hay muchos sitios bonitos que ver en Massachussets —arrastró de nuevo el carrito hacia el garaje —. Lo siento si te he puesto en un compromiso delante de tus vecinos, pero…. bueno, creo que a estas alturas ya debes de estar acostumbrado.

—Yo no he dicho que me pusieras en un compromiso —aclaró Clayton, siguiéndola.

—No tienes necesidad de hacerlo. No hay más que ver tu expresión altiva.

—¿Me estás llamando esnob? —como ella no contestaba, añadió —: No soy un esnob —no le gustaba que lo encasillaran en la misma categoría que a sus estirados primos. Sólo había querido decir… ¿qué era lo que había querido decir? No había sentido vergüenza por él mismo, sino por ella. Mikki se merecía algo mejor—. Y, para demostrártelo, me iré de acampada contigo.

—No te esfuerces. Me he comprado todo esto para poder escaparme de ti de vez en cuando.

—¿Ah, sí? ¿Entonces por qué has comprado dos sacos de dormir?

—Porque… —apurada, Mikki se aclaró la garganta.

—Bien —exclamó Clayton, satisfecho—. Saldremos de acampada juntos. Apuntaré en la agenda el lugar al que quieres ir, y me encargaré de hacer las reservas.

—Si insistes en venir conmigo…. —replicó Mikki, gimiendo exasperada—, entonces lo haremos según mis propias reglas. Me gusta acampar libre, lo más salvaje posible. Nada de agendas, nada de planes, nada de teléfonos móviles.

—Creo que podré adaptarme. Supongo que el ordenador portátil también está descartado, ¿verdad?

—Si no puedes prescindir durante unos pocos días de tus juguetes electrónicos, entonces será mejor que te quedes en casa.

Clayton la tomó de pronto de la mano, sujetándosela con fuerza cuando ella intentó liberarse.

—Era una broma, Mikki.

—Viniendo de ti, nunca se sabe.

Aunque Clayton podía sentir la tensión de su cuerpo, advirtió en sus labios el asomo de una sonrisa. Se preguntó a qué estaba jugando. Si no podía ignorarla dentro de un espacioso apartamento, ¿cómo iba a poder dominar su deseo en el reducidísimo espacio de una tienda de campaña?

Como si Mikki pudiera leerle el pensamiento, arqueó una ceja desafiándolo a que se desdijera de su propuesta. «No hay más que ver tu expresión altiva»; aquellas palabras seguían resonando en su mente. No tenía más remedio que aceptar su desafío… y esperar que Mikki cambiara la opinión que se había formado sobre él.

Capítulo Ocho

Mikki se asomó a la ventanilla de cristal velado, viendo pasar la ciudad delante de sus ojos. Estiró las piernas en el espacioso asiento trasero de la limusina, y exclamó para sus adentros, suspirando: «Ah, la buena vida».

—¿Seguro que no quieres que paremos en alguna parte para comer? —le preguntó Richard.

—¿Tenemos que hacerlo?

—No, no tenemos que hacerlo —sonrió—. Clayton me ha dicho que te lo vas a llevar de acampada este fin de semana. ¿Estás segura de que eso será prudente?

—¿Por qué?

—¿Clayton en el campo? ¿Con barro, mosquitos y ningún servicio de habitaciones? No puedo imaginarme a ese chico comulgando con la naturaleza.

«¿Chico?», se preguntó Mikki. Era un metro ochenta de puro hombre, y lo iba a tener todo para ella sola durante dos días. Sonrió.

—Yo no le pedí que viniera. Fue él quien insistió.

—Está preocupado por ti. ¿Has recibido alguna llamada más de ésas?

—Han instalado en mi teléfono un identificador de llamadas. Con eso se ha resuelto el problema.

—Por cierto... —Richard le sirvió un vaso de agua con gas del mueble bar—... ¿qué tal te has acostumbrado a tu nuevo alojamiento?

—Muy bien. Probablemente porque durante la mayor parte de la semana he estado muy ocupada.

—Nos encanta tenerte con nosotros. He hablado con tus primos sobre el grosero comportamiento que tuvieron contigo. Estoy seguro de que ya has dejado de estar gafada.

—¿Gafada?

—Eras la niña que sufría más accidentes del mundo. Te golpeabas con todo, y a veces con resultados desastrosos.

—¿Qué tipo de accidentes?

—Lo típico. Una caída por las escaleras, o del pony. Pero lo peor fue cuando te escapaste y te caíste a la piscina. Nunca llegamos a entender cómo pudiste abrir la puerta. Mi hermano David fue quien te sacó del agua.

Mikki sintió un nudo en el estómago. Aunque no tenía ningún recuerdo de aquel incidente, el corazón había empezado a latirle a doble velocidad. Con un ejército de criados y familiares, ¿cómo había podido escaparse de esa manera una niña pequeña sin que nadie se hubiese dado cuenta? ¿No resultaba una extraña casualidad que hubiera sufrido tantos accidentes?

—Es triste —comentó Richard, frunciendo el ceño—. Sobreviviste a aquello sólo para ser secuestrada un mes más tarde. Eso destrozó a la familia. Ojalá mi hermano hubiera vivido para ver tu regreso.

Pero Mikki pensó que si David Hawthorne había sido como sus hijos, no la habría recibido con tanta alegría como lo había hecho Richard. Cuantas más cosas sabía, más curiosa se sentía acerca de aquellos sucesos, tanto si pertenecían a su propio pasado como si no. Quizá había llegado la hora de que le recordase su oferta a Clayton y le preguntara todo lo que quería saber. Además, de esa forma conservaría íntegra su atención durante los dos días siguientes.

—Por mucho que deteste dejar la comodidad y la compañía de este maravilloso coche, me temo que tengo que volver al trabajo. Mi hora de la comida está a punto de terminar. .

Richard cedió, algo reacio:

—Quizá podamos repetirlo en otra ocasión. Y tal vez la próxima vez podamos incluso parar para comer juntos.

—Me encantaría —sonrió Mikki. Verdaderamente disfrutaba de la compañía de Richard, y el sentimiento era recíproco. ¿Seguiría sintiendo lo mismo en caso de que la prueba de ADN demostrara que no tenían ningún parentesco familiar?

Clayton conducía su coche por la estrecha carretera, procurando evitar la gran cantidad de baches. Gruñó al pensar en el posible deterioro de la amortiguación. ¿Le había hecho caso Mikki? No. El le sugirió que fueran a Cape Cod, pero ella insistió en dirigirse a los Berkshires. El le recomendó que esperaran hasta el día siguiente; pero ella se empeñó en salir inmediatamente después de cenar.

Cuando el globo rojizo del sol terminara de hundirse del todo en el horizonte, se verían obligados a acampar de noche.

—Llamaste para asegurarte de que tenían alojamiento para nosotros, ¿verdad, Mikki?

—Claro. Llamé al oso Yogui esta mañana y le dije que nos reservara un espacio en el monte, a ser posible con una buena vista.

Clayton ignoró la broma.

—Creía que el camping estaba al final de la carretera.

—¿El camping? ¿Es eso lo que habías entendido? —Mikki abrió mucho los ojos, con expresión inocente—. Yo me refería a que acampáramos sin más ahí delante.

—¿Es legal?

—Lo sabremos si el agente forestal nos ordena que nos vayamos.

—¿Qué?

—Era una broma, Clayton. En esta zona está permitido acampar.

Éste parece un buen lugar —dijo Mikki.

—¿Cómo puedes decir eso? —sacó el coche de la carretera, para aparcarlo entre dos árboles.

—Hay incluso una fuente y una mesa de picnic.

—Todas las comodidades del hogar, vamos.

—Ahí lo tienes —sonrió, maliciosa—. ¿Qué más podrías desear?

—¿Estás absolutamente segura de que no quieres pasar la noche en una encantadora posada a sólo unos kilómetros de aquí?

—Vamos —exclamó antes de salir del coche—. Esto va a ser divertido.

«¿Divertido?», se preguntó Clayton. Para ella quizás; seguro que disfrutaría con tantas incomodidades. Pero él se lo debía. Después de lo que Mikki había tenido que pasar durante las dos últimas semanas, si aquello la hacía feliz… entonces Clayton estaba dispuesto a hacer el ridículo todo lo que hiciera falta.

—¡Venga, sal! —le gritó ella.

Clayton obedeció. Cuando se reunió con ella, vio que ya estaba sacando la tienda.

—¿Qué hacemos primero?

—¿Quieres decir que tú tampoco lo sabes?

—¡No me digas que no sabes cómo se monta este artefacto!

—Hay dos palos y seis estacas. ¡No puede ser muy difícil!

Mikki se echó a reír mientras desenrollaba la tienda. Clayton la mantuvo tensa desde un lado mientras ella introducía el palo por las trabillas. El otro lado les costó un poco más, pero cinco minutos después el trabajo estuvo hecho. La tienda iglú, su hogar durante los dos días siguientes, se erguía orgullosa en el claro del bosque.

Mikki dejó la linterna sobre la mesa de picnic y se sentó en el banco de madera.

—Oye, te has portado muy bien al ayudarme a montar la tienda. No te has quejado nada.

—Eso es porque pienso dormir en el coche —Clayton tomó asiento en el banco, a su lado—. Tiene asientos reclinables, equipo de sonido y aire acondicionado.

—No serás capaz...

—No. Pero podría hacerlo mañana. Vamos a ver qué tal se da esta noche. Entonces, Madre Naturaleza, ¿qué vamos a hacer para divertirnos?

—He traído una baraja.

—¿Para jugar un *stúp póker*? —inquirió esperanzado.

—Si quieres...

—No, no —se negó Clayton, levantando las manos—. Has consentido con demasiada rapidez. Debes de ser una tahúr...

—Qué va. Pero hago muy buenas trampas —sonrió.

—Me dejarías en cueros.

—Eso me encantaría...

—Eres una descarada.

—¿Te molesta acaso?

—No estoy seguro. ¿Tienes mucha costumbre?

—¿Me estás preguntando... —Mikki dejó de sonreír—... si ha habido muchos hombres en mi vida?

—Supongo que sí. Pero no tienes por qué contestarme.

—La respuesta es no —suspiró con expresión de tristeza—. De la única relación que tuve salí muy escarmentada.

—¿Qué pasó?

—Después de que se licenciara en la universidad, al parecer yo no era lo suficientemente buena para él. Mi familia no era rica.

—Menudo estúpido.

—¿Lo dices porque quizá sea la hija de Richard?

—No. Lo digo porque perdió a una mujer increíblemente hermosa.

Mikki había salido airosa de muchas situaciones comprometidas, pero aquel inesperado cumplido la dejó sin habla, sumida en un incómodo silencio.

—¿Qué te pasa?

—Creo que deberíamos acostarnos temprano —murmuró.

—Por mí bien.

—Pero asegúrate de cerrarte bien la cremallera.

—¿Siempre piensas tan mal de los hombres? —inquirió Clayton, mirándola con la boca abierta.

—Me refería a tu saco de dormir. ¿Qué te habías pensado?

Clayton rió entre dientes y se llenó los pulmones del aire puro de la montaña. Aunque nunca le estropearía la diversión a Mikki reconociendo la verdad, le encantaba enormemente la paz y la tranquilidad de aquella zona. El ulular de un búho rompió el silencio de la noche. Recogió la linterna y se reunió con Mikki en la tienda.

Mikki se había puesto una camiseta holgada, y ya se estaba metiendo en su saco de dormir.

—¿No tendrás miedo de ese búho, verdad? —le preguntó con un brillo de diversión en los ojos.

—Qué va. Sólo estoy deseoso de dormir en el suelo, en una diminuta tienda, para que mañana pueda caminar entre hiedras venenosas para recoger bayas y comer corteza de árbol, mientras confío en no molestar a alguna mofeta o a una osa dispuesta a proteger a sus oseznos. ¿No es un lugar maravilloso? —se metió en su saco de dormir, gruñendo.

Su monólogo había arrancado verdaderas carcajadas a Mikki.

—Sabía que te gustaría —se estiró en el saco, a su lado, y por un momento lo miró pensativa—. Gracias por venir.

En una acción que la sorprendió tanto a ella como a él mismo, Clayton la tomó de la cintura y la acercó hacia sí.

—Te necesito bien cerca de mí. Para que me protejas de ese búho.

Clayton descubrió de inmediato que aquello había sido un error. Acurrucada en su regazo, Mikki aparentemente no tuvo problema alguno en dormirse, algo que a él no le estuvo permitido. Si hubiera podido dejar de oler el aroma perfumado de su pelo, cerrar su mente a la sedosa suavidad de su piel... Y si hubiera podido olvidar que no llevaba nada debajo de la camiseta, habría podido dormir al menos un poco.

Mikki se enrolló una toalla a la cabeza y se calzó unas zapatillas. Después de tomar el jabón y el champú, regresó a la tienda. Era maravillosa la sensación del aire de la montaña acariciándole la piel fresca, húmeda... pero fracasó en su plan de volver sin que Clayton se diera cuenta.

Clayton se había levantado y vestido en los cinco minutos que ella había estado ausente. Con los brazos cruzados sobre el pecho, paseaba nervioso de la tienda a la mesa y de la mesa a la tienda, una y otra vez. Cuando la vio, el alivio y la furia se reflejaron en su expresión.

—¿Qué tal el chapuzón matutino?

—Me has pillado —dijo arrepentida—. Hay servicios y duchas a unos cien metros de aquí.

—¿Por qué no me lo dijiste anoche, en vez de dejar que...?

—¿Comulgaras con la naturaleza? Porque eso era lo que esperabas y no quería decepcionarte.

—¿Hay alguna otra cosa que te hayas olvidado de decirme?

—Prefiero dejar que lo descubras tú solo.

Clayton arqueó las cejas de manera insinuante. Deslizando las manos por su espalda, la atrajo suavemente hacia sí.

—¿Te da igual por dónde empiece?

—Vaya, Clayton Reese, ésta es la primera oferta sugerente que me haces. ¿Tienes algo en mente?

—Pensaba que un largo paseo por el bosque podría estar bien.

—¿Un paseo? —inquirió decepcionada—. ¿Ahora mismo?

—Llámalo venganza —la soltó, retrocediendo un paso—. No quería que pensaras que soy un hombre fácil.

¿Fácil? Mikki se dijo que no había nada fácil en él. Cuando la estrechó entre sus brazos la noche anterior, ella pensó que estaban progresando algo... Un pensamiento demasiado optimista.

Clayton extendió una manta sobre la arena de la escondida cala, y observó a Mikki mientras nadaba en la laguna. Por un instante sintió un nudo de tensión en el estómago cuando se sumergió bajo el agua. Sabía que era una buena nadadora, y no la niña de tres años de edad que recordaba, pero no consiguió tranquilizarse del todo hasta que finalmente volvió a la playa.

Mikki se sacudió la cabeza delante de él, empapándole la

camisa.

—¿Qué tal la pesca?

Clayton le enseñó el sedal con el anzuelo, en el que estaba enganchado un gusano colorado.

—A lo mejor esperabas que con esto pescara una ballena.

—Oh, bueno, supongo que esta noche tendremos que comer corteza de árbol —se puso la camiseta sobre el bikini.

Antes de que Clayton pudiera impedírselo, se sentó detrás de él y lo abrazó por la espalda, apretándose contra su cuerpo.

—Tienes que relajarte —le susurró.

«¡Relajarme!», exclamó Clayton para sí. Se sentía como si fuera a explotar de un momento a otro, mientras ella le acariciaba el pecho con exquisita lentitud y sensualidad.

—Cállate, Clayton. Piensas demasiado. Simplemente déjate llevar.

—No lo comprendes...

—Bueno, pues si es así no será porque no lo intente. ¿Por qué has venido conmigo si pensabas seguirme castigando de esta forma?

—Para vigilarte.

—¿Como solías hacer con Meg? ¿Una relación de hermano mayor con hermana pequeña?

—Es más que eso – «y mucho más complicado», añadió para sí. Lo que sentía por Mikki no tenía nada de fraternal. Nunca convencería a la familia Hawthorne de que perseguir a Mikki no era un acto interesado. Él mismo no estaba demasiado seguro. Opuestos en muchos aspectos, el único lazo que lo unía a aquella familia era la compañía que administraba: la misma que algún día podría llegar a pertenecer a Mikki.

Mientas sentía su cálido aliento en el cuello, las razones que podía tener para mantener la situación tal y como estaba desaparecieron en los lugares más recónditos de su mente. Ya no tenía ningún motivo para resistirse.

—¿No deberíamos regresar a la tienda? —le preguntó.

—¿Y darte la oportunidad de que cambies de idea? Ni lo sueñes.

A Clayton no lo sorprendía que Mikki hubiera escogido hacer el amor en pleno campo. Escrutó el paisaje buscando en vano algún indicio de vida civilizada. Era como si estuvieran solos en el mundo. Ojalá hubiera sido verdad...

Capítulo Nueve

Mikki se arrodilló frente a él, ruborizada de deseo, mientras le desabrochaba los botones de la camisa con experta precisión. Clayton no lo había notado hasta que se la deslizó por los hombros.

—Creo que debería advertírtelo. Me han dicho que soy mejor en la sala de juntas que en el dormitorio.

—Hacer bien el amor es cuestión de dos. No vas a conseguir que cambie de idea —Mikki se despojó de la camiseta y la lanzó a un lado. Luego se desabrochó la parte superior del bikini, dejándola caer en la manta. La prenda inferior siguió el mismo camino.

Clayton pensó que su desinhibición muy bien podía ser producto de un hecho: nada tenía de que avergonzarse. Era más perfecta que lo que había imaginado, y había pensado muchas veces en ese momento.

Le delineó delicadamente con un dedo el contorno de un seno, llegando al rosado pezón que empezaba a endurecerse ante su contacto. Mikki arqueó el cuerpo hacia él, gimiendo de placer.

Bajando la cabeza, Clayton le lamió el pezón con la lengua y empezó a succionárselo con una avidez que a él mismo lo dejó asombrado. Mikki, con las manos entrelazadas detrás de su nuca, lo urgía a continuar. Ni deseo ni voluntad tenía Clayton de detenerse; su piel tenía la misma frescura y dulzura del agua de la montaña.

Un ahogado gemido escapó de los labios de Mikki, y él alzó la cabeza. Su mirada, brillante de pasión, lo dejó cautivado mientras deslizaba una mano temblorosa por la bragueta de sus vaqueros. Y fue entonces Clayton quien gimió.

—Supongo que te gustaría que te tocara en algunos lugares... —le bajó la cremallera—. Venga, quítatelos.

—Eres un poquito impetuosa, ¿verdad?

—Si hubiera tenido que seguir esperando a que tú hicieras el

primer movimiento, a estas alturas todavía estarías intentando pescar un pez.

Clayton terminó de desvestirse con su ayuda. Completamente desnudo, se arrodilló frente a ella.

—Hum, Mikki.

—¿Necesitas esto? —le tendió un pequeño paquete plateado que había encontrado en su cartera.

—¿Cómo lo has hecho? —le preguntó maravillado.

—Rebuscar en los bolsillos es un talento que practico de vez en cuando. ¿Quieres que te lo abra?

—No —se echó a reír Clayton—. Permíteme al menor controlar alguna fase de este proceso.

Mikki sonrió. Lo empujó suavemente hacia atrás hasta que quedó sentado sobre los talones. Clayton intentó torpemente abrir el pequeño paquete, como si quisiera atormentarla de manera deliberada. Cuando al fin terminó, Mikki se colocó a horcajadas sobre él. De repente advirtió que estaba conteniendo el aliento.

—Te he hecho daño —pronunció con tono de disculpa.

—No, no —sacudió la cabeza.

Dándole tiempo para que se relajara, Clayton se quedó quieto, lo cual le supuso un gran esfuerzo a juzgar por la manera en que se le aceleró la respiración. Mikki empezó a moverse hacia atrás y hacia adelante.

De repente Clayton la besó en los labios, explorando el interior de su boca, saboreando, tentando, excitándola aun más. Mikki entonces le tomó una mano, guiándosela hacia su pequeña mata de vello púbico. Clayton quedó maravillado de su audacia; aquella mujer sabía lo que le gustaba, y no tenía ningún pudor en expresárselo para que le proporcionara ese placer.

Mientras Clayton satisfacía aquella exigencia, Mikki se aferró a

sus hombros arqueando la espalda hacia atrás. La sentía caliente, húmeda, temblorosa ante su contacto. Estimulado por su respuesta repitió varias veces el proceso, acercándola al clímax con cada caricia. Y su placer le proporcionaba una inmensa sensación de satisfacción, que ahuyentaba su anterior inquietud.

De pronto, con actitud juguetona, tomó un pezón endurecido entre los dientes. Mikki se aferró a él con más fuerza, retorciéndose con frenético abandono. Aquello estuvo a punto de hacerle perder el control a Clayton.

—No puedo esperar mucho más —su voz ronca reflejaba su necesidad. Contuvo el aliento y parpadeó, esperando retrasar lo inevitable durante unos instantes más.

—Pues entonces no esperes —pronunció Mikki entre gemidos.

Clayton la tumbó entonces sobre la manta, colocándose encima. Mikki se adaptaba a cada uno de sus movimientos, de ritmo lento al principio pero ganando velocidad a cada instante. Sus adorables gemidos y suspiros eran como música para sus oídos. Mientras los espasmos convulsionaban su cuerpo, Mikki gritó su nombre, y Clayton terminó finalmente por perder el control.

Mikki se aferró a él. Clayton sintió la caricia de su cálido aliento en el cuello mientras cedían los últimos temblores. Había previsto que hacer el amor con ella sería maravilloso y excitante; lo que no había esperado era que a la vez fuera tan divertido, tan gozoso.

En medio del bosque con Mikki, Clayton se sentía como en casa por primera vez en su vida. Intentó encontrar las palabras que describieran aquella sensación, pero verbalizar sus sentimientos jamás le había resultado fácil.

Los ojos de Mikki, tan oscuros y brillantes como el ónice, lo observaban con especial intensidad. Con la respiración acelerada, con una expresión radiante de felicidad, era la mujer más hermosa que jamás había conocido. Generosa y absolutamente confiada y confiable. Mikki deslizó entonces el dorso de su mano a lo largo de su espalda, por su hombro, su mejilla. Y luego hizo lo último que habría esperado que hiciera.

Se rió. No una suave risita. Se rió a carcajadas.

—¿Qué es lo que te parece tan gracioso?

—Tú.

Clayton rodó sobre su espalda y levantó un brazo para protegerse los ojos del sol, y de paso evitar su mirada divertida. Aparentemente había malinterpretado su reacción.

—Lamento que estés decepcionada.

—No lo estoy. ¿Necesitas que halague tu vanidad? —le acarició el pecho con actitud juguetona—. ¿Con que eras mejor en la sala de juntas que en el dormitorio? Si eso es verdad, no puedo esperar a desnudarte sobre tu gran mesa de reuniones.

Una ola de alivio inundó a Clayton. Aquella mujer siempre lograba sorprenderlo.

—¿Mi gran mesa de reuniones? ¿Es que no hay ningún lugar sagrado para ti?

—Estando tú allí, probablemente no. Y me gusta impresionarte.

—Bueno, creo que si no nos vestimos puede que impresionemos a algunos inadvertidos excursionistas.

—Todavía no —acurrucándose contra él, deslizó una pierna entre las suyas—. Me gusta sentir tu piel contra la mía.

—¿Por qué estás tan obsesionada con tocarlo todo?

—¿Y qué complejo tienes tú acerca de eso? Me gusta tocar, agarrar, y que me agarren, que me abracen. Es una expresión natural de afecto.

«O un medio de dominar y someter», pensó Clayton, estremeciéndose. Un brazo alrededor de su garganta había estado a punto de ahogarle y quitarle la vida cuando solamente tenía once años. Sólo había podido observar, impotente, cómo un violento golpe había derribado a su tía al suelo. Observar cómo un matón

agarraba a una niña aterrada, poniéndole la mano en la boca para ahogar sus gritos. Observar cómo dos hombres escapaban a la carrera con Meg.

Mikki era la primera persona en años que había podido tocarlo sin hacer que se le erizara el vello de la piel. Ella ejercía el efecto completamente opuesto. Desde el primer momento en que la tocó, había experimentado una inmensa gama de emociones, pero ninguna desagradable. ¿Sería porque, de una manera inconsciente, sabría que era Meg?

El rumor cercano de unas hojas hizo que se levantara de un salto, como un resorte. De inmediato cubrió a Mikki con su camisa, pero ella no parecía nada preocupada.

—Sólo es Bambi con algunos de sus amigos —dijo riendo—. Vale, vale, lo entiendo. No vas a sentirte cómodo hasta que te hayas puesto esos vaqueros tan almidonados que llevas...

Mientras Clayton se duchaba, Mikki se apresuró a servir la comida en la mesa. Se alegraba de haber aprovisionado bien la nevera portátil que había llevado consigo. Después de haberse asesorado con Alicia, había salido a comprar las cosas que más le gustaban a Clayton. Tenía gustos muy caros: caviar, queso francés, patés....

El fuego de la barbacoa casi estaba listo, así que se dirigió al bosque para encontrar un palo con el cual ensartar los filetes y asarlos.

Absorta en su búsqueda, se olvidó de todo lo que la rodeaba... hasta que un brazo la agarró de la cintura. Un grito de terror se le formó en la garganta. La invadió el pánico, y se le disparó el nivel de adrenalina. Sin pensárselo dos veces, disparó una patada hacia atrás. Cuando el brazo aflojó su presión, Mikki giró en redondo y hundió el puño en un cuerpo.

Un gruñido reverberaba en sus oídos. Con el corazón latiéndole todavía a toda velocidad, alzó la cabeza y miró a su atacante durante un buen rato antes de que pudiera articular un pensamiento racional.

Clayton la miraba con los ojos muy abiertos, asombrado.

—¡Oh! Lo siento... —vio que aspiraba una buena bocanada de aire, medio ahogado como estaba—. Lo siento —le puso una mano en el pecho—. ¿Estás bien? ¿Te duele?

«Idiota», pensó. «¿Quién aparte de Clayton podía haberte agarrado en medio de ninguna parte?». Sus reflejos estaban en plena forma, pero eso sólo demostraba que las últimas semanas la habían afectado más de lo que había creído.

—Maldita sea... ¿quién te enseñó ese gancho de izquierda? ¿Muhammad Alí?

—¿No estás enfadado conmigo?

—Tenía que habérmelo pensado mejor antes de acercarme a ti con tanto sigilo. No importa, olvídalo. Yo por lo menos lo voy a olvidar... —se echó a reír—... dentro de unas cuantas semanas, cuando se me quiten los moretones.

—Lo siento.

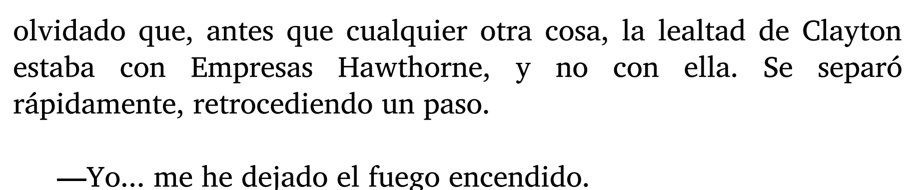
—Eso ya lo has dicho —deslizó las manos por su cintura y la atrajo hacia sí.

Mikki apoyó la barbilla en su hombro y suspiró. Clayton había sufrido un ataque bárbaro e ilógico por su parte, y todavía hacía bromas sobre ello; había escogido un momento muy inapropiado para descubrís su sentido del humor.

—No intentes hacer que me sienta mejor...

—¿Por qué no? Tus primos probablemente te habrían aplaudido si te hubieran visto golpearme de esa manera. Llevan años deseando hacerme lo mismo, pero nunca han tenido el suficiente valor para intentarlo.

De pronto Mikki sintió que el cuerpo se le ponía rígido. Durante un tiempo se las había arreglado para olvidarse de esa terrible pareja, de la herencia que podría o no ser suya. Incluso había



olvidado que, antes que cualquier otra cosa, la lealtad de Clayton estaba con Empresas Hawthorne, y no con ella. Se separó rápidamente, retrocediendo un paso.

—Yo... me he dejado el fuego encendido.

—¿Qué te pasa?

—Es peligroso dejar el fuego así.

—Mikki —la llamó Clayton cuando ya se alejaba, sin esperarlo.

Mikki atizó el fuego con un grueso palo, y una miríada de chispas se elevó en el aire. Sus tensos movimientos y su silencio llevaron a Clayton a creer que estaba mucho más confundida por el cambio radical que había tomado su vida, de lo que en un principio había pensado. Sentándose en el banco de madera, le preguntó:

—¿Quieres decirme qué es lo que te ha sucedido realmente hace un rato?

—Me asusté y te lancé un puñetazo a las costillas —respondió mientras se inclinaba sobre la mesa para colocar dos platos de cartón.

—¿Y después de eso? —le puso una mano en la espalda con gesto cariñoso.

—Nada.

—Algo pasó. En el mismo momento en que te mencioné a mis primos....

—¿Tenemos que hablar de esto ahora? ¿No podemos seguir disfrutando del resto del fin de semana?

—Ahora eres tú quien te muestras esquiva y distante.

—Esto es distinto —replicó tensa, mientras intentaba alejarse de él.

Clayton le enganchó un dedo en la cintura de sus pantalones cortos, reteniéndola.

—¿Por qué?

—Porque afecta a más personas que a nosotros dos. Tú quieres que crea que Richard es mi padre. Para hacer eso, tengo que aceptar que los últimos veinte años de mi vida han sido una farsa —se le llenaron los ojos de lágrimas—. Que hice… cosas para…

—¿Para qué? —la urgió con tono suave.

—Para proteger a una mujer que no era mi madre —una lágrima resbaló por su mejilla—, que estuvo complicada en mi secuestro y que me mintió durante toda mi vida. Perdóname si no me agrada demasiado ese pensamiento.

—Quizá Sara Finnley no estuviera complicada en el secuestro. Quizá pensó que te había adoptado legalmente.

—¿Pero entonces dónde están los papeles? Lo único que tengo es una tarjeta de la seguridad social e ignoro cómo llegó a mis manos. No puedo sacarme ni el permiso de conducir ni el pasaporte porque no tengo la partida de nacimiento, y no podría costearme los servicios de un abogado para que descubriese quién diablos soy…

Todas eran razones más que suficientes para que descubriera su verdadera identidad, pero Clayton percibía que aquel momento no era el más adecuado para insistirle. Todavía tenía que adaptarse a la idea. El mismo no había sido muy afortunado en sus intentos por encontrar la partida de nacimiento de Michelle Finnley.

—De acuerdo. Tu pasado es un asunto cerrado.

—No está cerrado. Me gustaría echar un vistazo a lo que tienes, si es que no te lo vas a tomar a mal.

—¿Por qué habría de hacerlo?

Mikki sonrió con tristeza.

—Te robé la cartera, te registré los bolsillos, invadí tu sagrada

soledad e incluso he llegado a pegarte. Y eso en nuestros mejores momentos.

Clayton la sentó entonces sobre su regazo.

—Yo pensaba que nuestros mejores momentos habían tenido lugar en la laguna, esta mañana.

—Bueno, tienes razón —se echó a reír, intentando deslizarle una mano debajo de la camisa—. ¿Has notado que sólo me tocas voluntariamente cuando quieres distraerme?

—¿Y funciona?

—Sí, maldita sea, sabes que sí —se acurrucó contra él, sometiéndole a una nueva sesión de tormento sensual—. Y voy a convertirme en un verdadero quebradero de cabeza para ti, para que quieras distraerme todo el tiempo.

—¿Vas a convertirte? —inquirió Clayton—. Ya lo eres.

—¡Ay!

—La verdad duele —le susurró al oído.

—Sí que duele, Clayton. Algunas veces más que la mentira.

Antes de que él pudiera pedirle que fuera más explícita, Mikki lo besó en los labios. Suave y cálido, aquel beso fue una súplica para que Clayton la distrajera. Y él obedeció solícito y alegre. Muy pronto Mikki tendría que enfrentarse a las verdades que, hasta ese momento, había conseguido evitar con éxito. Pero «pronto» no tenía por qué significar aquella noche…

Capítulo Diez

—No le veo sentido involucrar en esto a un abogado —Richard paseaba arriba y abajo del estudio, sujetando nervioso unos papeles en la mano—. Tengo la partida de nacimiento. Si ella quiere conseguir un permiso de aprendizaje, puede usar esto.

—No es legal hasta que no estés seguro de que es realmente Meg —repuso Clayton, aflojándose el nudo de la corbata.

—Yo estoy seguro.

—Entonces pídele tú que se haga esa maldito test de sangre.

Richard se dejó caer sobre la silla detrás del escritorio.

—Lo haría, pero creo que ahora mismo tú estás más cerca de ella que yo.

Físicamente cerca sí, pero Mikki todavía se cerraba en banda cuando intentaba preguntarle por su pasado, pensó Clayton.

—No estoy seguro de que vaya a hacerme caso. No es muy confiada...

—Tú tampoco, Clay. Pero tú confías en ella, ¿no? Tú crees que es Meg.

—Lo que no creo es que esté detrás del dinero.

Clayton no estaba nada convencido de que ellos pudieran darle a Mikki lo que deseaba. Ella necesitaba una solución de compromiso que le permitiera conciliar el amor que sentía por su madre con su creciente cariño por su padre sin traicionar a ninguno de los dos en el proceso. Una hazaña nada pequeña a la luz de la historia.

—Eso no es lo que te he preguntado.

Por razones que no alcanzaba a comprender, Clayton estaba tan seguro de ello como Richard.

—El investigador privado consiguió localizar a Maxwell Blake, pero durante los dos últimos años el tipo ha estado viviendo en Leavenworth, así que eso acaba con nuestra otra teoría. Para responder a tu pregunta, estoy casi convencido de que es Meg.

—¿Entonces por qué no la hemos encontrado antes?

—Porque obviamente no la secuestraron con la perspectiva de conseguir un rescate.

—Que tu detective investigue concienzudamente los antecedentes de la mujer que la educó; que retroceda hasta el día en que nació, si es necesario. Es la única posibilidad que nos queda.

Clayton sacudió la cabeza.

—Creo que deberíamos postergar eso durante un tiempo. Mikki no te lo agradecerá si intentas proseguir las investigaciones. Para bien o para mal, Sara Finnley ha sido su madre durante la mayor parte de su vida. No conseguiríamos nada destrozándole los recuerdos que conserva de ella.

Clayton no estaba convencido de que Sara Finnley fuera la respuesta. Aunque por aquel tiempo William y Joseph eran demasiado jóvenes para verse implicados en el secuestro, su padre no. David Hawthorne se había resentido del éxito de su hermano. Por lo que Clayton sabía, David se había mostrado muy poco contento cuando Richard llegó a ser padre después de quince años intentándolo. ¿Había considerado a la niña una amenaza para el futuro de sus hijos?

—Me parece que has llegado a conocerla bastante mejor de lo que yo creía. ¿Crees que eso es prudente? —le preguntó Richard con un tono mezclado de curiosidad y preocupación.

Clayton se sintió incómodo ante su capacidad de percepción. Pero el aire de desaprobación de sus palabras le dolió profundamente; de alguna manera venía a recordarle que jamás sería lo suficientemente bueno para entrar a formar parte de su familia.

—Tengo que volver a la oficina.

Cuando Clayton ya se disponía a salir, Richard le comentó, deteniéndolo:

—Sólo quería decirte que tuvieras cuidado con ella, Clay. No es tan dura como quiere hacernos creer.

—Lo sé —como si necesitara que le recordaran la vulnerabilidad de Mikki. Se había asomado detrás de su máscara... y había perdido el alma al contemplar a la delicada soñadora que allí se escondía.

Mikki envolvió el resto de su sándwich en el papel de aluminio y volvió a guardárselo en su bolso. Aquel lluvioso y deprimente día parecía rematado por la presencia de William y de Joseph en la oficina. Dado que había una cafetería sólo dos pisos más arriba, a la fuerza tenía que suponer que la entrada de Joseph en la sala de descanso iba a acarrearle problemas. Afortunadamente le habían asignado un turno de comida que nadie más quería.

Joseph se sentó a horcajadas en una silla, frente a ella. El cabello oscuro le caía revuelto sobre la frente, dándole un aspecto algo siniestro.

—Hey, Meg.

—Mikki —arrugó la nariz con un gesto de desagrado; apestaba a kilómetros a alcohol—. ¿Qué es lo que quieres?

—¿Es que no puedo disfrutar de la compañía de mi prima favorita?

—Estás borracho.

—Todavía no —sonrió malicioso.

—¿Joseph? —William irrumpió en ese momento en la habitación. Antes de dirigirse a su hermano, le lanzó a Mikki una mirada de indiferencia—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Sólo estaba teniendo una pequeña charla con la prima Meg.

Anda, siéntate con nosotros.

—Me llamo Michelle —suspiró Mikki.

—Tienes toda la razón —le espetó William—. De otra forma te habrías hecho ese test de sangre.

—¿Cómo sabes que no se lo ha hecho? —le preguntó Joseph con tono suave.

—¿Qué has oído tú? —el tono sorprendido de William reverberó en la habitación.

Mikki recogió su bolso de la mesa. Si pasaba más tiempo en su presencia, estaba segura de que devolvería la poca comida que había logrado comer.

—Bueno, piensa un poco —le dijo Joseph a su hermano—. ¿Por qué si no Clayton iba a andar detrás de ella? No es exactamente el tipo de «reina de hielo» que él prefiere. Tiene que estar seguro.

—Disculpadme —Mikki se dispuso a retirarse, intentando esquivar el corpachón de William, pero él la agarró de un brazo impidiéndole la salida.

—Clayton siempre se cubre las espaldas. Haría cualquier cosa con tal de apoderarse de Empresas Hawthorne.

Mikki se liberó rápidamente de él.

—Bueno, por lo que he podido ver, se merece mucho más de lo que os merecéis cualquiera de vosotros dos.

—Antes se pudrirá en el infierno —pronunció William, pasando de largo frente a ella y saliendo de la habitación.

La amarga risa de Joseph afectó aun más los ya alterados nervios de Mikki.

—Lo disimula bien, pero tiene envidia de Clay.

—¿Y tú no? —le preguntó ella—. Encuentro eso difícil de creer.

—Yo no. No muerdo la mano que me alimenta. Y si tú eres Meg, estoy seguro de que Clayton seguirá al mando durante mucho más tiempo.

Mikki se apoyó en la pared y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Por qué no intentas trabajar para ganarte la vida?

—Bueno, podría hacerlo, pero soy el inútil de la familia, tal y como estoy seguro que Clayton te habrá contado.

—De hecho me dijo que eras muy inteligente. Y que te preocupas muchísimo de disimularlo.

—Quizá no me conozca tan bien como cree —repuso Joseph arqueando una ceja.

—O quizá te conozca mucho mejor de lo que tú crees —replicó ella.

La triste sonrisa que esbozó Joseph rezumaba una inmensa amargura.

—Eres demasiado ingenua para ser una Hawthorne, Meg.

Mikki sacudió la cabeza con pesar y salió de la habitación. ¿Era ingenuo esperar que cada persona tuviera al menos una pizca de bondad? Esperaba que no.

Clayton dejó descuidadamente su maletín sobre el mostrador de la cocina, gruñendo. Siempre había maldecido los días en que los hermanos Hawthorne se dejaban caer por la oficina. Aunque Mikki no le había dicho nada, sabía que había tenido un enfrentamiento con sus primos.

Miró su reloj. Terca y tremendamente orgullosa, Mikki había rechazado su oferta de llevarla a casa en coche incluso aunque, gracias a William, la mayor parte de sus compañeros del trabajo sabían que estaba viviendo con él. Antes de que demasiados hechos pasaran a ser pasto de cotilleos de oficina, tendría que convencerla

de que se hiciera el test de sangre.

Diez minutos después entró Mikki. Una sonrisa más radiante que el sol se dibujaba en su rostro. Antes de llegar al pasillo, ya se había quitado la falda y la blusa.

—¡Pero si todavía estás vestido de traje!

—¿Es eso un problema?

—Sí: me recuerdas a mi jefe, un tipo muy aburrido. No tiene ningún sentido del humor y no hace más que trabajar, trabajar, trabajar —entró en su habitación, tomó una camiseta y volvió con Clayton—. Bueno, ¿vas a cambiarte o tendré que llamarte «señor Reese» durante toda la tarde?

—¿Podría quedarme con mis pantalones de boxeo?

—Por algo se empieza —le aflojó el nudo de la corbata.

—Compórtate o te ataré con esto.

—Oh, qué perverso —suspiró con expresión anhelante—. Me encanta.

—Mikki —le sujetó las manos cuando se disponía a desabrocharle la camisa—. Necesitamos hablar.

—Lo sé. Pero también podríamos ponernos cómodos mientras hablamos. Relájate, esto no te dolerá.

Clayton cedió, dejando que ella lo desnudara. Dolor fue la última sensación que llegó a sentir. Mikki había convertido la cotidiana tarea de desnudarse en un arte sensual. Una vez que le quitó y dobló cada prenda del traje, lo hizo tumbarse en el sofá y se acurrucó cómodamente en su regazo.

—Ahora que ya te tengo indefenso... —le acarició los labios con los suyos—... podemos hablar de la parte de la renta que tendré que pagarte mientras me quede aquí...

—No puedo aceptar tu dinero.

—Claro que puedes —le mordisqueó el lóbulo de una oreja—. Te lo meteré directamente en la cartera. Así de sencillo.

Clayton le acarició delicadamente el rostro, mirándola intensamente.

—Nunca he aceptado dinero de una mujer, y no voy a empezar ahora.

—¿Con cuántas mujeres has convivido?

—Ese no es el problema.

—Escucha, macho sexista, aceptarás mi dinero o me iré de aquí —bajó la mirada y frunció el ceño, pensativa—. En realidad no hay razón alguna para que me quede, además. Ya no he recibido más llamadas anónimas.

Clayton sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho. ¿Ninguna razón? ¿Y su propio deseo de que se quedara con él? El pensamiento de su marcha le revolvía las entrañas. Entonces, ¿por qué no podía decirle lo que sentía?

Nunca antes había tenido problemas en dejar clara su posición sobre algo. Pero tampoco nunca antes se había ocupado de sus propios sentimientos...

—De acuerdo, tú ganas. Me pagas la renta. Pero yo también tengo que pagarte por las cosas que haces aquí.

—¿Como por ejemplo? —preguntó Mikki, súbitamente tensa.

—Limpias. Veamos, eso suele costar unos quince dólares la hora...

—¿Qué?

—Y recibes mis mensajes... haces de secretaria a tiempo parcial. Vigilas la casa mientras yo estoy fuera: servicios de seguridad. Riegas las plantas: servicios de jardinería. Preparas los desayunos y las cenas.

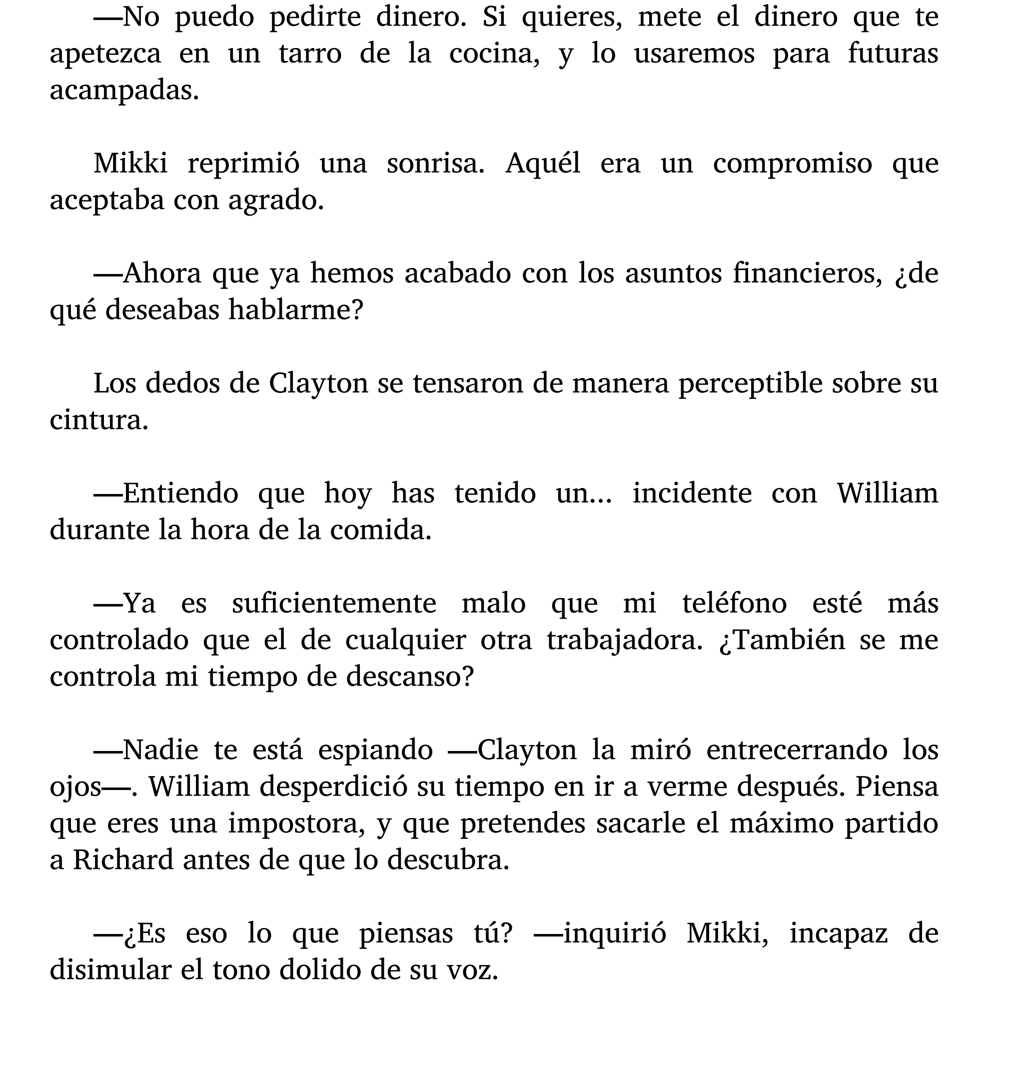
—¿Qué hay de hacer el amor?

—¿Qué pasa con eso?

—Bueno, ¿te pago yo por eso, o me pagas tú? —inquirió Mikki.

—Lo dejaremos en empate. Ahora, con todo esto, las cuentas quedan en dos dólares por semana a tu favor. ¿Lo quieres en efectivo o te firmo un cheque?

—Clayton —la voz de Mikki contenía un tono de advertencia—. No te muestres condescendiente conmigo, ¿vale?



—No puedo pedirte dinero. Si quieres, mete el dinero que te apetezca en un tarro de la cocina, y lo usaremos para futuras acampadas.

Mikki reprimió una sonrisa. Aquél era un compromiso que aceptaba con agrado.

—Ahora que ya hemos acabado con los asuntos financieros, ¿de qué deseabas hablarme?

Los dedos de Clayton se tensaron de manera perceptible sobre su cintura.

—Entiendo que hoy has tenido un… incidente con William durante la hora de la comida.

—Ya es suficientemente malo que mi teléfono esté más controlado que el de cualquier otra trabajadora. ¿También se me controla mi tiempo de descanso?

—Nadie te está espiando —Clayton la miró entrecerrando los ojos—. William desperdició su tiempo en ir a verme después. Piensa que eres una impostora, y que pretendes sacarle el máximo partido a Richard antes de que lo descubra.

—¿Es eso lo que piensas tú? —inquirió Mikki, incapaz de disimular el tono dolido de su voz.

—Si pensara eso, tú no estarías aquí.

Mikki se sentía como si todo el aire hubiera escapado de repente de sus pulmones.

—En otras palabras, sólo me pediste que me quedara contigo porque pensabas que yo soy Meg.

—Yo no he dicho eso.

—¿Qué pasa si yo no soy la hija de Richard?

—¿Qué quieres decir?

—Que, si no lo fuera, no merecería ninguna atención por tu parte.

—¿De qué estás hablando, Mikki?

—Toda esta conversación… ¿acaso no pretende otro objetivo que convencerme de que me someta a ese test de sangre?

Clayton parecía confundido.

—Bueno, tendrás que admitir que eso simplificaría tu vida.

—La tuya también, sin duda.

—¿Te importaría decirme cómo? —le preguntó él, cruzando los brazos sobre el pecho.

—No tendrías que acostarte con la mujer equivocada.

—¿De dónde has sacado una idea tan absurda?

Mikki no respondió. Aunque sabía que se estaba comportando de manera irrazonable, sus dudas y temores se habían visto incrementados gracias a William. Clayton sólo tenía en su favor que no le había insistido en que se sometiera al test de sangre antes de que se convirtieran en amantes. Pero quizá entonces no se había sentido con la suficiente influencia sobre ella como para hacerlo…

Clayton intentó abrazarla, pero ella retrocedió. Cuando la tocaba, Mikki se olvidaba incluso de respirar… con lo que le resultaría mucho más difícil intentar comprender aquello que muy bien podría afectar al mismo corazón de su relación.

—Así que has estado haciendo caso a tus queridos primos, después de todo —dijo él.

—Respóndeme a una pregunta: ¿qué le sucederá al negocio si Richard muere antes de encontrar a Meg?

—No está previsto. Richard siempre ha estado convencido de que finalmente te encontraría.

—Contéstame: ¿qué pasaría en ese caso? —Sus herederos administrarían el negocio.

—¿Alicia?

—No. Ella firmó un acuerdo prenupcial cuando se casó con Richard.

—¿Tú?

—Yo no pertenezco a la familia. Creí que ya lo sabrías a estas alturas.

—Eso no es justo —musitó casi para sí misma. Podía comprender sus motivos, pero eso no conseguía aliviar el doloroso vacío de furia y miedo que sentía por dentro. Furia porque se sentía un títere en manos de un poder desconocido, y miedo de que pudiera haberle entregado el corazón a un hombre que no correspondía a sus sentimientos.

—¿Crees que ésa es la única razón por la que quiero que te hagas un test de sangre?

—Teniendo en cuenta la manera en que me has colmado de declaraciones de eterna devoción, no entiendo cómo he podido pensar eso —respondió, irónica.

—Así que ahora soy culpable de lo que no he dicho. Dime, ¿hay

alguna manera de que pueda ganar?

—Yo no soy un precio a ganar. Diablos, puede que ni siquiera merezca el esfuerzo —se dirigió a toda prisa a su habitación, con Clayton pisándole los talones. Tomó el primer par de pantalones cortos que pudo encontrar y se vistió rápidamente.

—¿Qué estás haciendo?

—Me voy a dar un paseo. ¿Acaso necesito tu permiso?

—¿Ahora mismo? —inquirió incrédulo—. ¿En mitad de una discusión?

Mikki se encogió de hombros y pasó de largo frente a él. Si se quedaba, podría decir cosas de las que luego se arrepentiría. O peor aún, podría dejar que él la distrajera... Y necesitaba soledad para aclarar sus propios sentimientos.

Cuando ya se dirigía a la puerta, Clayton la sujetó de una muñeca.

—No puedes marcharte.

—Tú no puedes detenerme —con un brusco tirón, liberó la mano y salió a la terraza—. Si piensas seguirme, quizá quieras ponerte antes unos pantalones... —no se quedó a escuchar los improperios de Clayton, y bajó a la playa.

Clayton caminaba por el barrio residencial pateando furiosamente todo lo que encontraba en su camino. Emanaba tensión por cada uno de los poros de su cuerpo. ¿Por qué había dedicado todo su tiempo y energías a administrar un negocio que nunca poseería, en, beneficio de gente que además no apreciaba sus esfuerzos?

No albergaba ilusiones acerca de incorporarse a la familia Hawthorne. Él era un empleado, por muy bien que estuviera pagado. ¡Qué estúpido había sido! Había esperado que, si trabajaba con el suficiente empeño, sería aceptado por aquellas gentes con las que había vivido desde que era un niño. Y, evidentemente, se había

equivocado. El padre de Mikki no acogería favorablemente su relación con ella. Y sus primos confiaban en abrir una brecha entre los dos.

Y en cuanto a Mikki… Clayton había vivido en la desconfianza durante la mayor parte de su vida, pero no creía que debiera explicarle algo tan obvio. ¿Cómo podía creer que solamente la quería por ser la hija de Richard?

No le extrañaba que hubiera evitado compromisos emocionales en el pasado; lo sumían en un estado de absoluta confusión. Tan pronto Mikki intentaba seducirlo alegremente como al momento siguiente se alejaba corriendo a la playa, dejándolo plantado. Y todo porque él quería asegurarse de que no la habían afectado las crueles palabras de William.

Mikki era un caos, un desastroso motín en el estéril y ordenado mundo que se había creado para sí mismo. ¿Quién quería ese tipo de complicaciones…? Él mismo, lamentablemente.

Capítulo Once

Mikki sólo había pretendido dar un paseo para tranquilizarse, pero después de tomar dos autobuses, terminó en el mismo centro de Boston, en Quincy Market. Le encantaban los sonidos y olores de la ciudad, con la ventaja que suponía perderse y hacerse invisible entre las multitudes. Sintiéndose algo culpable por haber ido a parar tan lejos, pero aún demasiado rabiosa para hablar con Clayton, optó por llamar a Alicia.

Se acordó de que se había marchado sin cenar, así que pagó dos tazas de café y un gran pastel de canela y los llevó a la mesa.

—No tenía intención de molestarte, de verdad.

Alicia sonrió con expresión indulgente. Ella era la única persona que le profesaba un afecto incondicional. Mikki tenía la sensación de que la conocía de toda la vida.

—No te preocupes. ¿Has tenido una discusión con Clayton?

—No me gustaría complicarte en esto... —dijo Mikki, auque sabía que ya lo había hecho al llamarla.

—Oh, dispara de una vez. Conozco a mi sobrino. Carece de tacto, pero no de sentimientos.

—No he debido haberte molestado. Tú tienes tus propios problemas.

—No seas ridícula. Eres de la familia.

—Esta prueba de sangre que todo el mundo quiere que haga... —Mikki sonrió débilmente—... ¿qué sucederá si el resultado es negativo?

—Será positivo —declaró Alicia con imperturbable confianza—. Nunca he estado más segura de algo en toda mi vida.

—De acuerdo. Incluso aunque sea así, hay cosas sobre mí que

Richard y tú desconocéis.

—Tu pasado es tuyo. Todos hemos cometido alguna vez errores movidos por una buena intención…

—No estoy hablando de mentiras piadosas y cosas así, sino de cosas mucho peores.

—Yo también tengo algunas.

Mikki dudaba que Alicia hubiera sido capaz de cometer un solo acto innoble en toda su vida.

—¿Quieres que te lleve a casa? —le ofreció la mujer.

—Tomaré un autobús.

—Richard no me lo perdonaría.

—Todavía no estoy lista para volver a casa. Había pensado en hacer algunas compras primero.

—Las tiendas cerrarán pronto. Además, ya sabes que no vas a sentirte bien del todo hasta que hables con Clayton.

Mikki no estaba muy convencida de que fuera a sentirse muy bien después de hablar con él. En todo caso, dudaba que Alicia estuviera dispuesta a dejarla sola en la ciudad.

—Vámonos entonces —accedió.

El trayecto de media hora al barrio residencial poco hizo para calmar sus nervios, y durante la mayor parte del mismo ignoró prácticamente a Alicia. Sonrió con expresión de disculpa:

—¿Vas a entrar, verdad?

—Clayton jamás te haría daño —le tocó una mano con gesto cariñoso—. Ya sabes que fue a ver a Richard esta mañana. Quería que el abogado de la familia te consiguiera una partida de nacimiento, con el fin de que pudieras obtener el permiso de conducir.

—¿Y lo hizo? —inquirió Mikki, estupefacta.

—Richard le dijo que ya la tenías.

La partida de nacimiento de Meg. A eso se había referido Clayton con aquello de «simplificarle la vida». Se había apresurado a sacar una conclusión equivocada...

Clayton abrió la puerta principal. Mikki, de pie en el umbral con las manos en los bolsillos de los pantalones, se encogió de hombros y entró sin decir nada. Él saludó con la mano a su tía y esperó hasta que el coche desapareció de su vista.

Las tres horas que Mikki había estado ausente no habían hecho nada para levantarle el humor a Clayton. Se había figurado que había salido a dar un paseo a la playa, y no que tomaría un autobús a la ciudad. Al menos, había tenido el suficiente sentido común para llamar a Alicia.

La pequeña cobarde no había tenido agallas para enfrentársele. ¿Qué le había sucedido a la mujer que había estado a punto de derribarlo al suelo tres días atrás? ¿Era su negativa a luchar un síntoma de progreso o un paso atrás en su relación? Tomó una gran carpeta bajo el brazo, se dirigió a la habitación de Mikki y llamó a la puerta.

—Entra.

Clayton entró en el dormitorio a oscuras y encendió la luz. Estaba apoyada contra la pared, contemplando por la ventana el cielo estrellado.

—Lo siento —murmuró.

Clayton no dijo nada.

—Lo siento —repitió Mikki, volviéndose hacia él.

—Ya te he oído.

—Oh —resbaló por la pared hasta dejarse caer al suelo—. Ya te dije que esto no era una buena idea. Mañana me mudaré a otro sitio.

A Clayton no le gustaba nada verla en ese estado. Prefería a la mujer alegre y locuaz que había conocido en Nueva York.

—Así es como vas a reaccionar. Huirás otra vez.

—Yo no huí. Salí a dar un paseo.

—¿A Boston?

—Ya te he dicho que lo siento. ¿Qué más quieres de mí?

Clayton quería la verdad. ¿Era eso más de lo que podría darle?

—¿Sabes? Hace ya mucho tiempo que he dejado de tener expectativa alguna en la familia Hawthorne. Pero confiaba en que tú no te convertirías tan rápidamente en uno de ellos.

—Eso no es justo por tu parte… —lo miró con los ojos entrecerrados.

—Nadie más que tú habría creído en las mentiras de William y Joseph —lanzó la carpeta sobre la cama.

—¿Qué es eso?

—Los papeles que querías ver. Lo del secuestro y las informaciones del investigador privado. A propósito, localizaron a tu padrastro. No está complicado en todo esto. Ahí está el informe.

—Oh.

Cuando ya se disponía a salir, se volvió hacia ella.

—Por cierto, quién seas o dejes de ser no supondrá la menor diferencia, desde mi punto de vista.

—Tal vez no dirías eso si supieras toda la verdad sobre mí.

—Creía que me conocías mejor —repuso Clayton, sacudiendo la cabeza.

Cuando se marchó, Mikki tuvo la sensación de que el dormitorio se quedaba tan vacío como su propio corazón. Se acercó a la cama y recogió la carpeta. El grueso archivo seguramente contendría tanto un meticuloso informe sobre su secuestro como una detallada investigación sobre ella misma. Pensó en Clayton. De repente, todas aquellas informaciones ya no le parecían tan importantes como le habían parecido el día anterior.

Dejó caer la carpeta sobre la cama. El pasado podría esperar; el presente no. Salió al pasillo. Frustrada, no oyó ningún sonido. ¿Acaso Clayton se había retirado temprano?

Vaciló ante la puerta de su dormitorio. En los diez días que llevaba viviendo en su apartamento, ni una sola vez había entrado en la habitación de Clayton.

Clayton había dejado la puerta convenientemente entreabierta.

—¿Clayton? —entró dentro; la tenue luz del pasillo le iluminaba la espalda y un hombro, tumbado como estaba en la cama—. ¿Estás durmiendo? —al ver que no contestaba, añadió—: Sé que estás despierto. Sólo son las nueve.

—¿Entonces por qué me preguntas si estoy durmiendo?

Mikki se acercó a la enorme cama y se sentó en el borde.

—¿Qué es lo que quieres? —exigió saber él, decidido a no ponérselo fácil.

—¿Te importaría mirarme?

Volviéndose, Clayton se incorporó sobre un codo. La sábana resbaló hasta su cintura, revelando su pecho musculoso. Estaba despeinado y el cabello le caía sobre la frente.

—Siento no haber confiado en ti —le confesó ella—. No volverá a suceder.

Clayton la miró durante un buen rato, con expresión inescrutable.

—Quítate la camisa.

—¿Qué? —su sorprendente orden la había tomado desprevenida.

—Que te la quites.

A Mikki se le aceleró el corazón. ¿Acaso pretendía humillarla? Nunca le había parecido una persona vengativa, pero tampoco nunca antes lo había visto tan dolido. Aunque resentida interiormente, obedeció la orden.

—El sostén también.

—¿Por qué?

—Porque yo lo quiero.

Se desabrochó el cierre de la espalda con dedos temblorosos, mientras intentaba pensar en las seguridades que Alicia le había dado acerca de que Clayton jamás le haría daño alguno.

—¿Y ahora? —le preguntó, dominando el impulso de cubrirse.

—Ahora el resto.

Aspirando profundamente, Mikki se quitó los pantalones cortos y la ropa interior a la vez. Sentía frío por el aire acondicionado, y se abrazó las rodillas.

—No. Túmbate en la cama —le dijo Clayton con tono suave.

Mikki buscó en su rostro algún indicio de humor o de ternura, pero su expresión era absolutamente fría e inescrutable. Su anterior coraje estaba desapareciendo, y antes de que terminara de perderlo del todo se tumbó junto a él en la cama.

Clayton deslizó una mano por su vientre y la acercó hacia sí. Su cálido aliento le acarició la oreja. Aquella cercanía tenía todos los

ingredientes de la estimulación previa al acto sexual, pero Mikki sabía que no era eso lo que él tenía en mente.

—El sábado que viene es el baile benéfico de Westlake. Quiero que me acompañes.

Mikki se lo quedó mirando con la boca abierta, y durante unos segundos fue incapaz de articular cualquier pensamiento racional. Finalmente musitó:

—Y me has hecho desnudarme para pedirme eso...

—Yo no te he hecho hacer nada, Mikki.

—Déjate de matices lingüísticos.

—El matiz es importante. Podías haberte negado.

—Y tú te habrías enfadado conmigo durante el resto de tu vida...

—No te di ningún ultimátum. Cualquier amenaza que hayas sentido sólo ha sido producto de tu imaginación.

—Ya, como antes —de repente lo comprendió todo—. ¿Es que acaso querías poner a prueba mi confianza en ti?

Clayton la tomó delicadamente de la barbilla.

—Quería que vieras tú misma si confiabas lo suficiente en mí como para bajar la guardia y quedarte así, indefensa.

—Sabes cómo hacerme perder el control —sonrió lentamente Mikki.

—No pretendía que lo perdieras. Quería que renunciaras a él.

—¿Y qué va a pasar ahora que ya lo he hecho? —le preguntó, acurrucándose en su regazo.

—Hablaremos del baile benéfico. Será aburrido y pretencioso, y estará lleno de esnobs que harán palidecer incluso a tus primos.

—Suena maravilloso.

—Ya lo verás. Necesitarás llevar uno de esos vestidos que cuestan más que lo que ganas en toda una semana, así que yo te lo pagaré.

El primer impulso de Mikki fue rechazar tanto la oferta del vestido como la de asistir al baile. El pensamiento de estar en deuda con cualquiera la llenaba de inquietud. Pero Clayton no era cualquiera…

—Un vestido no te convertirá en una mujer dependiente, Mikki —le sonrió malicioso—. Y te prometo que no te lo quitaré hasta que termine la noche.

—¿Por qué quieres ir conmigo? —le preguntó, ruborizada.

—No me gustaría que mis amigos pensaran que no he podido conseguir una pareja.

Mikki le deslizó delicadamente los dedos por el pecho.

—Dudo que eso pudiera ser un problema para ti.

—¿Preferirías que se lo pidiese a otra mujer?

—Para nada —admitió con energía, sorprendida ella misma por la súbita oleada de posesividad que la había asaltado—. De acuerdo, iré. Pero si tengo que representar el papel de Cenicienta en ese pretencioso baile, esperaré como una loca a que des por terminada la velada y nos marchemos de una vez de allí.

—Entonces tendré que soportar una gran presión —rió Clayton —. Supongo que esperarás que satisfaga ese deseo tuyo. ¿Qué te parecería hacerlo en la limusina?

—¿A qué no te atreverías?

—Podría atreverme, pero necesitaría practicar hasta que llegara el momento.

Mikki se había tranquilizado del todo. Su discusión, o lo que

fuera que hubiera sido, pertenecía ya al pasado. Suspirando anhelante, cerró los dedos sobre su sexo excitado.

—Estoy deseando representar mi papel.

—Yo también —poniéndole las manos sobre los hombros, la hizo tumbarse de espaldas. Luego le sujetó las muñecas, levantándole los brazos por encima de la cabeza.

—Hoy me estoy controlando bastante, ¿eh?

—Has hecho progresos —reconoció Clayton, inclinándose sobre ella.

—De acuerdo. Esta noche llevas tú la iniciativa.

Clayton le soltó las manos para enterrar los dedos en su cabello.

—Si eso es un desafío, lo acepto.

Con los ojos cerrados, Mikki rió suavemente. Clayton empezó entonces a delinear con los dedos los contornos de su cintura y caderas, saboreando cada curva como si quisiera grabarla a fuego en su memoria. Su lenta y fluida exploración llenó a Mikki de la abrumadora ansia de sentirlo en su interior. Lo deseaba ahora, pero estaban jugando según sus reglas y él prefería aquel lento y exquisito ejercicio de frustración...

Clayton le frotó entonces la parte interna de los muslos con una rodilla, excitándola aun más, y trazó un sendero de besos desde el hombro hasta la base del cuello. Luego, con la lengua se dedicó a acariciarle la piel del vientre, descendiendo progresivamente.

—¿Todavía sigues conmigo?

Mikki abrió los ojos y lo miró desesperada.

—No te detengas ahora... —gimió con tono suplicante.

Clayton aspiró profundamente. Con una simple mirada o una palabra pronunciada en un susurro, Mikki lograba tocar una fibra en su interior que hasta entonces no había sabido que existía. Nada

le importaba excepto ella.

Como si hubiera recibido un fuerte golpe en la cabeza, el impacto de aquel descubrimiento lo dejó paralizado. Aquel extraño sentimiento que no había sido capaz de identificar debía de ser amor...

—¿Qué pasa? —le preguntó Mikki, mirándolo preocupada.

—Nada. Todo está perfecto.

De hecho, todo en Mikki era perfecto, pensó Clayton. Y eso era algo que no podía decir de su vida. Había renunciado a la posibilidad de una felicidad duradera. Pero, mientras la miraba a los ojos, casi podía creer en ella.

—Si tienes intención de volverme loca, te comunico que lo has conseguido —musitó Mikki sin aliento.

Los dedos de Clayton tocaron la húmeda suavidad que se abría entre sus piernas. Encontró el sensible botón de su centro y empezó a acariciárselo hasta que la sintió retorcerse bajo su cuerpo, gritando su nombre.

—¿Me deseas? —le preguntó Clayton, aunque ya conocía la respuesta.

—Desesperadamente —y se abrió a él.

Clayton la penetró con fluidez, y Mikki se arqueó hacia adelante para recibirlo, para acogerlo. Por una especie de tácito acuerdo, coincidieron en un ritmo que progresivamente fue aumentando hasta tornarse frenético.

Los suaves gemidos y suspiros de felicidad de Mikki parecían dar vida a la noche silenciosa y, finalmente, dispararon como un resorte el salvaje clímax de Clayton. Fue una explosión tan poderosa que lo dejó estremecido, temblando. ¿Sería aquello la destrucción del muro que había erigido durante tantos años en torno a su corazón?

Después yacieron durante un buen rato, abrazados. Clayton jamás se cansaba de mirarla. Una vez que había vislumbrado la

perfección, resultaba difícil apartar la mirada. Mikki, por su parte, parecía tan feliz como un gatito relamiéndose después de haberse bebido un plato de leche. Lánguidamente, estiró los brazos por encima de la cabeza y suspiró.

—¿Cansada?

—Agotada. ¿Puedo quedarme a dormir aquí esta noche?

«Extraña pregunta», pensó Clayton.

—Yo lo daba por supuesto.

—Yo nunca hago suposiciones; por eso no suelo decepcionarme.

Clayton se sentía inmensamente feliz teniendo a Mikki en su cama, en su vida. ¿Albergaría todavía dudas? Si ése era el caso, ¿serían dudas sobre él, o sobre ella misma? Sabía que debería preguntárselo, pero no estaba seguro de querer conocer la respuesta.

Capítulo Doce

Mikki miraba fijamente el agua color azul claro. Cuando Richard la invitó a pasar el día en su casa, ella había aceptado de inmediato. Le había parecido maravillosa la perspectiva de disfrutar de una tarde soleada en su piscina. Pero desde el instante en que traspuso el umbral, un nudo de tensión se le formó en el estómago.

Y dos horas después todavía evitaba acercarse al borde de la piscina.

No había avanzado mucho en la comprensión de sus miedos cuando Clayton se reunió con ella. Vestido con un traje de baño azul que le daba una apariencia increíblemente sexy, caminó a su encuentro con gracia atlética, felina. Su presencia parecía despejarle la mente de indeseables pensamientos. Levantándose de la tumbona, Mikki le comentó:

—Creí que habías ido a cortarte el pelo.

—Y así ha sido.

—¿Cómo es eso? Lo tienes casi igual que esta mañana.

—Esa es la idea.

—Oh, ya entiendo. Cada dos semanas tienes apuntada en tu agenda una visita a la peluquería, ¿verdad?

—¿Vas a meterme conmigo hoy? —le preguntó él.

—No es lo que más me gustaría hacer contigo, pero... —le acarició los labios con los suyos, suspirando.

—Creo que necesitas refrescarte un poco —la tomó de la cintura y la encaminó al borde de la piscina. La reacción de Mikki fue violenta e instantánea: chillando, le agarró los hombros con tal fuerza que le clavó las uñas en la piel. Luego se retorció entre sus brazos, pugnando por liberarse.

—Tranquila, tranquila —Clayton retrocedió un paso, soltándola.

Mikki temblaba de manera incontrolable. Lo miraba con los ojos muy abiertos de terror, con expresión acusadora. Extraña reacción en una mujer que podría pasarse horas enteras en el agua, pensó Clayton.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé —respondió ella, todavía jadeando.

Clayton la estrechó entre sus brazos acariciándole la espalda hasta que dejó de temblar. Por el rabillo del ojo vio acercarse a Joseph, seguido de cerca por su hermano, y gruñó para sus adentros. Lo último que necesitaban en aquel preciso instante era la presencia de sus primos.

—¿Te encuentras bien, Meg? —el tono de preocupación de Joseph parecía sincero, a pesar de que resultaba obvio que había bebido.

—Sí —respondió con voz débil; separándose de Clayton, fue a ponerse su camiseta.

—Es increíble la manera que tienen de rondarnos los malos recuerdos.

Mikki levantó la cabeza y lo miró fijamente. En ese momento intervino Clayton:

—¿Recuerdos de una caída accidental en la piscina cuando sólo tenía tres años? Lo dudo.

—¿Y si no fue un accidente? —inquirió Joseph—. ¿Y si alguien la lanzó al agua de manera deliberada?

De inmediato William le puso una mano en el hombro.

—Cállate. Estás borracho.

—No te creas. Yo sé lo que vi.

—Guárdate tus locas fantasías. Tú no viste nada —la voz de William tenía un claro tono de advertencia.

—Pues a mí me gustaría oír más —declaró Clayton, cruzando los brazos sobre el pecho.

¿Le habían ocultado los hermanos Hawthorne ciertos hechos fundamentales a Richard durante todos aquellos años? Clayton miró a Mikki, que parecía fascinada y asqueada a la vez.

—¿Por qué no se lo preguntas a Alicia? —inquirió Joseph—. Ella también lo vio todo.

—Me habría dicho algo —declaró Clayton con tono convencido. Su tía jamás habría permitido que alguien le hiciera daño a Meg.

—Lo intentó, pero nadie la tomó en serio. Pensaban que estaba histérica. Después de todo, nuestro padre era de la familia, y ella no —Joseph se encogió de hombros—. Tú sabes cómo es eso, ¿no, Clay?

William murmuró un juramento.

—No sabe lo que está diciendo...

—Ya me estoy cansando de que me digas eso —el más joven de los Hawthorne le plantó cara a su hermano—. Nuestro padre despreciaba al tío Richard por su éxito de la misma manera que tú desprecias a Clayton. Y si crees que estoy mintiendo, echa un vistazo a la expresión de Meg —Joseph se volvió hacia ella—. ¿Te acuerdas de aquello, verdad?

El rostro de Mikki expresaba tanta confusión como miedo.

—No estoy segura...

—No me sorprendería que hubiera sido nuestro querido padre el autor de tu secuestro —aparentemente, Joseph había estado conteniendo y disimulando sus sentimientos durante demasiado tiempo. Incluso tenía una cierta expresión de alivio, a pesar de lo tardío de su confesión.

—Todo esto es una porquería... —explotó William, dándole una patada a una tumbona—. La verdad es que ella estaba con Alicia y Clay cuando aquello sucedió. Si hay que culpar a alguien, es a ellos.

—¡Basta ya! —gritó Mikki, llamando la atención de los tres hombres—. No importa quién, o por qué...

—Nunca deberías haber vuelto —le espetó William antes de retirarse a toda prisa.

Parecía como si Joseph quisiera decir algo más, pero él también optó por regresar a la casa. Mikki, por su parte, se esforzó por asimilar todo lo que había oído; ahora ya sabía quién había sido el autor de las amenazadoras llamadas anónimas que había recibido. La corriente de adrenalina que le fluía por la sangre había menguado, pero su frenético pulso seguía dando fe de su aprensión.

—¿Cuánto hay de verdad en lo que ha dicho Joseph?

—Es difícil decirlo.

—¿Fue capaz el hermano de Richard de cometer una maldad semejante?

—¿Capaz? Estaba amargado con el éxito de Richard, pero eso habría sido llevar su rivalidad a un extremo casi inconcebible.

Mikki se sentó en una tumbona, al lado de Clayton. Lo miró preocupada; la expresión de tristeza de su rostro le desgarraba el corazón.

—¿Realmente estabas tú allí cuando Meg fue secuestrada?

—Eso aparece en los informes que te entregué.

—No los he leído todavía. ¿Estabas allí entonces?

—Sí.

—¿Y desde aquel momento te hicieron la vida imposible?

—A mí no. A Alicia.

—¿Richard también?

—No; él se puso de su parte. Pero en aquel entonces también estaba de parte de su hermano.

—Qué extraño.

Clayton le pasó un brazo por el hombro, atrayéndola hacia sí.

—Si quieres que olvidemos lo del baile de esta noche…

—No; estoy bien. O lo estaré al menos. Ahora mismo voy a zambullirme en esa piscina. No puedo vivir el resto de mi vida temiendo a los fantasmas.

Mikki se ajustó el corpiño de su vestido de noche sin tirantes. Tenía cierto temor de que la parte superior se le cayera, aunque Alicia le había dado seguridades de lo contrario. Si conseguía no tropezar con la cola de la falda, la noche sería todo un éxito…

Aunque había agradecido la oferta de prepararse para el baile benéfico en la casa de Richard, no habría dudado en cambiar los servicios de sus empleados por diez minutos a solas con Clayton. Sus nervios estaban tensos como el nudo que sentía en el estómago. «Por favor, que no haga el ridículo», rezaba en silencio.

Richard le había pedido que fuera a buscarlo a su despacho, y ella no tenía muchos problemas para adivinar de qué deseaba hablarle. Aspirando profundamente para hacer acopio de todo su coraje, llamó a la puerta con los nudillos.

—Entra —la alegre voz de Richard le dio la bienvenida. Se levantó para saludarla con una sonrisa tan radiante como el sol—. Estás espléndida.

—¿Espléndida? Este vestido es más bien obsceno…

—Bueno, yo creo que es perfectamente decoroso.

—Me refería al precio —Mikki dejó escapar una risa nerviosa.

—Oh, bueno, ya sabes que eso no importa. De todas formas, espero no ofenderte más entregándote esto.

Mikki miró la caja de terciopelo que sostenía en una mano.

—¿Qué es?

—Un regalo para ti, Mikki. Ábrelo.

No le había pasado desapercibido que la hubiera llamado Mikki en vez de Meg. La caja contenía un deslumbrante collar de diamantes y dos pendientes a juego.

—Es… —se esforzó por encontrar una palabra que pudiera describir aquella belleza—… espectacular.

—Es una herencia de familia.

—No puedo aceptarlo. Deberías dárselo a Alicia.

—Yo no pienso lo mismo.

—¿Por qué? Es tu esposa.

—Sí, pero estas joyas pertenecieron a la familia de tu madre.

—¿Por qué no esperamos hasta que…? —de repente se interrumpió, aspirando profundamente.

—Te quedarás con estas joyas suceda lo que suceda —afirmó Richard.

Mikki se dijo que había logrado lo que había querido desde el principio: que la aceptaran según sus propias condiciones. ¿Por qué entonces sentía aquella dolorosa opresión en el pecho? ¿Acaso porque estaba tan convencida como Richard de que él era su padre?

—No sé qué decir.

—No digas nada. Esta noche tienes que divertirte y quizá mañana volvamos a hablar.

Mikki asintió. Y, por primera vez en su vida, se quedó sin palabras.

Mikki sonrió por enésima vez. Clayton no había exagerado nada. Aquel baile era aburrido y pretencioso, además de que había conseguido reunir a la mayor cantidad de esnobs del este de Beverly Hills. Con gesto ausente, se llevó una mano al collar; aún no había sido capaz de olvidar la expresión de paternal admiración de Richard cuando le entregó aquella maravilla.

—Pareces distraída —le susurró Clayton al oído.

—¿Cuándo vas a bailar conmigo?

—¿Bailar? —repitió él, como si la mera idea le resultara inconcebible.

—Sí, bailar. Al son de la música. Es muy sencillo —lo tomó de la mano con la intención de llevarlo a la pista de baile. Necesitaba que la abrazara.

Bailaron al son de una lenta y sensual balada. Apoyando una mejilla contra su pecho mientras aspiraba su aroma, Mikki cerró los ojos y suspiró.

—Has estado muy callada toda la noche —le comentó él—. ¿Qué es lo que te preocupa?

Mikki pensó entonces que no tendría una mejor oportunidad de decírselo:

—Creo que ya es hora de que me haga ese test de sangre.

—¿Estás segura? —Clayton se tensó ligeramente.

—Ya no puedo estar segura de nada. Creo que ha llegado el momento de conocer algunas respuestas —mientras procuraba conservar todo su coraje, continuó—: Pero antes de que lo haga, hay algunas cosas sobre mí que tengo que contarte.

—¿Quieres que nos marchemos?

—Después del baile —necesitaba sentir sus brazos en torno suyo durante unos momentos más. Su vida estaba a punto de cambiar de nuevo, pero en esa ocasión no tendría ningún control sobre el resultado.

Mikki se quitó los zapatos nada más entrar. A pesar de los esfuerzos de Clayton por hacerla hablar, había permanecido muy silenciosa durante el trayecto de regreso a casa. Él se había preparado para lo peor. A pesar de lo que le dijera Mikki, no reaccionaría negativamente. Cualquier cosa que hubiera hecho, pertenecía ya al pasado.

—¿Te gustaría tomar una copa? —le preguntó. Mikki negó con la cabeza. Tenía los ojos llenos de lágrimas y el labio inferior había empezado a temblarle. Tomándolo de las dos manos, lo llevó al salón.

—Siéntate un momento —le pidió con tono suave.

—De acuerdo —Clayton se dejó caer en el sofá.

—Extiende las manos.

Cuando él obedeció, Mikki dejó caer un puñado de objetos brillantes sobre sus palmas abiertas. Allí estaban sus gemelos, el alfiler de la corbata, su anillo y su reloj.

—Muy bueno por tu parte —comentó Clayton con tono seco.

—Creo que no lo entiendes.

—Claro que sí. Eres una ladrona con talento. Lo supe después de la primera vez que nos vimos. Pero me lo devolviste todo.

—No solía hacerlo. Y no siempre tuve tanto talento. Empecé una larga temporada de arresto cuando tenía trece años.

—¿Y?

—¿Quieres saber los detalles?

—Sólo si tú quieres contármelos. Conozco los antecedentes de tu familia adoptiva. Y estoy seguro de que no tuviste otra opción.

—Es demasiado fácil culpar a Max —Mikki se sentó junto a él en el sofá—. La verdad es que yo sabía lo que estaba haciendo. Podía haberlo denunciado a la policía.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Por mi madre. Max tenía un carácter violento. Mientras yo hiciera lo que me decía, nos dejaba a las dos en paz. En cierta forma, ése era el único poder que tenía sobre él. Si nos hubiera hecho algún daño a cualquiera de nosotras, yo lo habría denunciado.

Clayton le deslizó un brazo por los hombros.

—Entonces eso sólo demuestra que eres una persona leal con aquellos a los que quieres.

—Y muy estúpida a la hora de elegirlos. Ella no era mi verdadera madre. Podía haber soportado saberlo, pero Sara nunca me lo dijo. Lo hizo Max, el día en que ella murió. Me marché después del funeral y ya nunca volví a pensar en el pasado.

—¿Hasta que yo entré en tu vida y te obligué a hacerlo? —sugirió Clayton, sonriendo con tristeza.

—No. No estoy precisamente muy orgullosa de aquella etapa de mi vida, así que nunca he tenido mucho éxito en olvidarla por mucho que me haya esforzado en hacerlo.

—En mi opinión, no tienes nada de que avergonzarte. Si tu «madre» hubiera hecho todo lo posible por protegerte como tú lo hiciste para protegerla a ella, eso nunca habría sucedido.

Una solitaria lágrima resbaló por la mejilla de Mikki.

—Ella no era mi madre.

—Pero tú no lo sabías. Y a no ser que decidas escribir tus

memorias, nadie más conocerá tu pasado. Lo que importa de verdad es lo que hagas con el resto de tu vida.

—¿Te importa a ti? —se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano.

—No. Eso no cambia lo que siento por ti.

—¿Y qué es lo que sientes por mí?

Clayton sintió que el corazón le dejaba de latir. Se aflojó el nudo de la corbata, nerviosa.

—¿Qué crees tú?

—Creo que estás eludiendo responder.

Durante un rato Clayton permaneció callado. Sabía lo que sentía por ella. ¿Pero por qué no podía decírselo?

—No importa —dijo Mikki.

—No creía que necesitaras que te lo dijera.

—Me gustaría escuchar esas palabras al menos una vez en la vida.

—¿Supongo que no me dejarás decírtelo por escrito, verdad? —sugirió esperanzado.

—¡No!

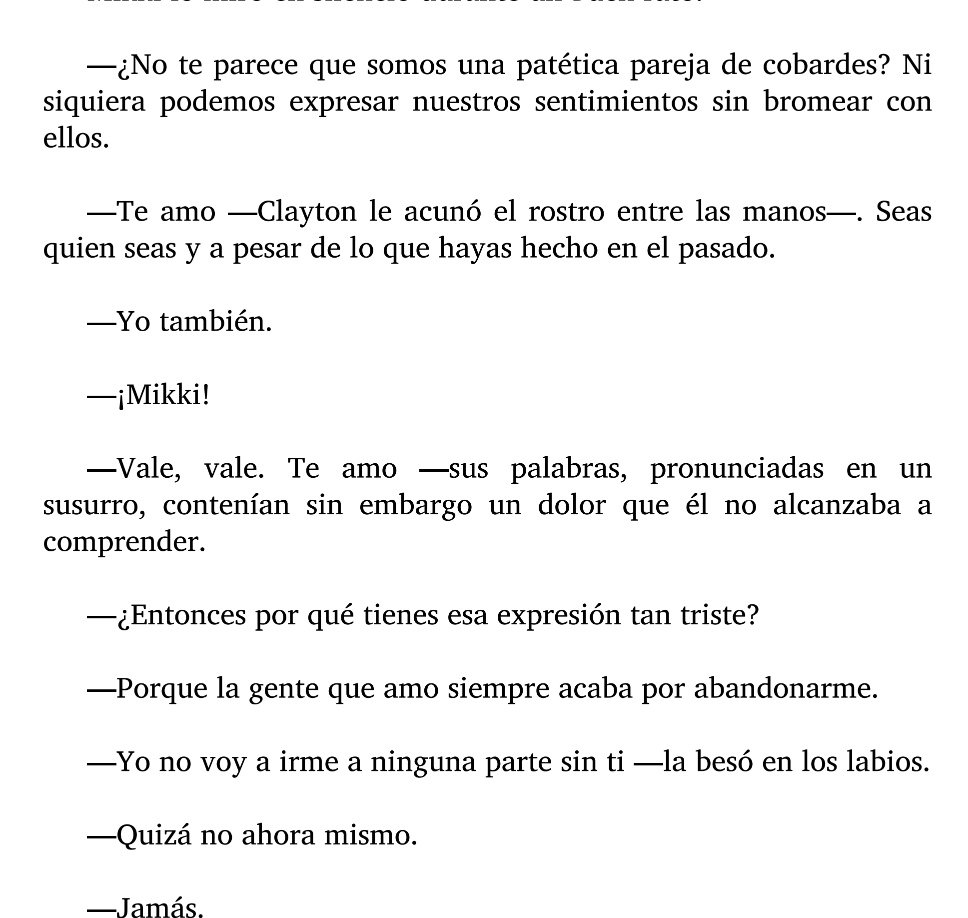
—¿Sabes? Tú tampoco me has dicho nunca lo que sientes por mí.

Mikki suspiró exasperada:

—Te he dejado que controles mi vida. Me he puesto este ridículo vestido por ti. Si eso no es amor, te juro que entonces no sé lo que es.

—Eso de quién controla la vida de quién... —repuso Clayton,

riendo—… es discutible. Y en cuanto a lo del ridículo vestido, pienso quitártelo personalmente de inmediato. Así que nuestro amor debe de ser recíproco.



Mikki lo miró en silencio durante un buen rato.

—¿No te parece que somos una patética pareja de cobardes? Ni siquiera podemos expresar nuestros sentimientos sin bromear con ellos.

—Te amo —Clayton le acunó el rostro entre las manos—. Seas quien seas y a pesar de lo que hayas hecho en el pasado.

—Yo también.

—¡Mikki!

—Vale, vale. Te amo —sus palabras, pronunciadas en un susurro, contenían sin embargo un dolor que él no alcanzaba a comprender.

—¿Entonces por qué tienes esa expresión tan triste?

—Porque la gente que amo siempre acaba por abandonarme.

—Yo no voy a irme a ninguna parte sin ti —la besó en los labios.

—Quizá no ahora mismo.

—Jamás.

—Eso no me lo puedes prometer —lo abrazó emocionada, temblando

Clayton sintió que se le desgarraba el corazón al pensar en la joven cuya infancia le fue arrebatada. En la adolescente a la que obligaron a madurar demasiado pronto. Y, sobre todo, en la mujer que no creía merecerse una oportunidad de ser feliz.

Capítulo Trece

Mikki paseaba nerviosa de un lado a otro del despacho. Al cabo de los cuatro días más largos de su vida, al fin iba a recibir los resultados de su test de sangre. Adivinando que se sentiría demasiado nerviosa para trabajar, Clayton le había sugerido que se tomara el día libre y esperara en casa de Richard a que la llamaran del laboratorio. La idea le pareció buena hasta que se dio cuenta de que los resultados podrían ser negativos. Con Richard sentado a sólo unos pasos de distancia, sonriendo con expresión indulgente, no estaba muy segura de poder soportar una posible mala noticia.

—Todavía es temprano, Mikki. Siéntate.

La joven se dejó caer en el sillón de cuero, retorciéndose las manos en el regazo.

—¿Qué hora es?

—No han pasado más que tres minutos desde la última vez que me lo preguntaste. No sé qué es lo que te preocupa tanto. El médico ha dicho que todas las posibilidades están de tu parte... Y ya has leído los informes. Dos días después del secuestro, Sara Finnley se trasladó con su hija Michelle a McAfee, Kansas, y nadie parece recordar que tuviera una hija antes de eso...

—Una casualidad —pronunció Mikki, aunque interiormente dudaba que lo fuera. Demasiados hechos relativos a la vida de su madre no cuadraban en absoluto. Desde luego, el investigador había tenido que confiar en los recuerdos de las antiguas amigas y compañeras de universidad de Sara, recuerdos de más de veinte años de antigüedad. Pero todo el mundo sostenía que había heredado algún dinero en su último año en la facultad y que había solicitado una casa en Kansas.

¿Por qué no había terminado los estudios y luego había solicitado una casa? ¿Cómo podía haber tenido un niño en aquel entonces cuando jamás había mencionado su existencia a sus amigas más cercanas? Algo en aquellos informes le resultaba familiar, pero era incapaz de identificarlo. Tenía la sensación de que

el pasado era un rompecabezas incompleto en su parte central. La única pieza que podía dar sentido a todo el cuadro.

—¿Mikki?

—Perdona, estaba distraída —movió la cabeza. Si algo faltaba por encontrar, Clayton y Richard ya tendrían que haberlo encontrado a esas alturas. Durante cinco meses habían estado examinando los papeles y no habían hallado nada más.

El timbre del teléfono la hizo sobresaltarse. A la segunda llamada Richard descolgó el auricular, y Mikki se esforzó por interpretar su expresión. Pero su rostro no mostró indicio alguno mientras escuchaba a la persona que hablaba al otro lado de la línea.

—Gracias —dijo al fin, y colgó—. Bien, Mikki...

«Mikki, y no Meg», pensó ella. El corazón se le encogió en el pecho.

—¿O ya puedo volver a llamarte Meg? —añadió Richard con una sonrisa de oreja a oreja.

Un estremecimiento la sacudió. Gotas de sudor frío le resbalaban por la frente.

—Eso ha estado muy mal por tu parte —lo recriminó.

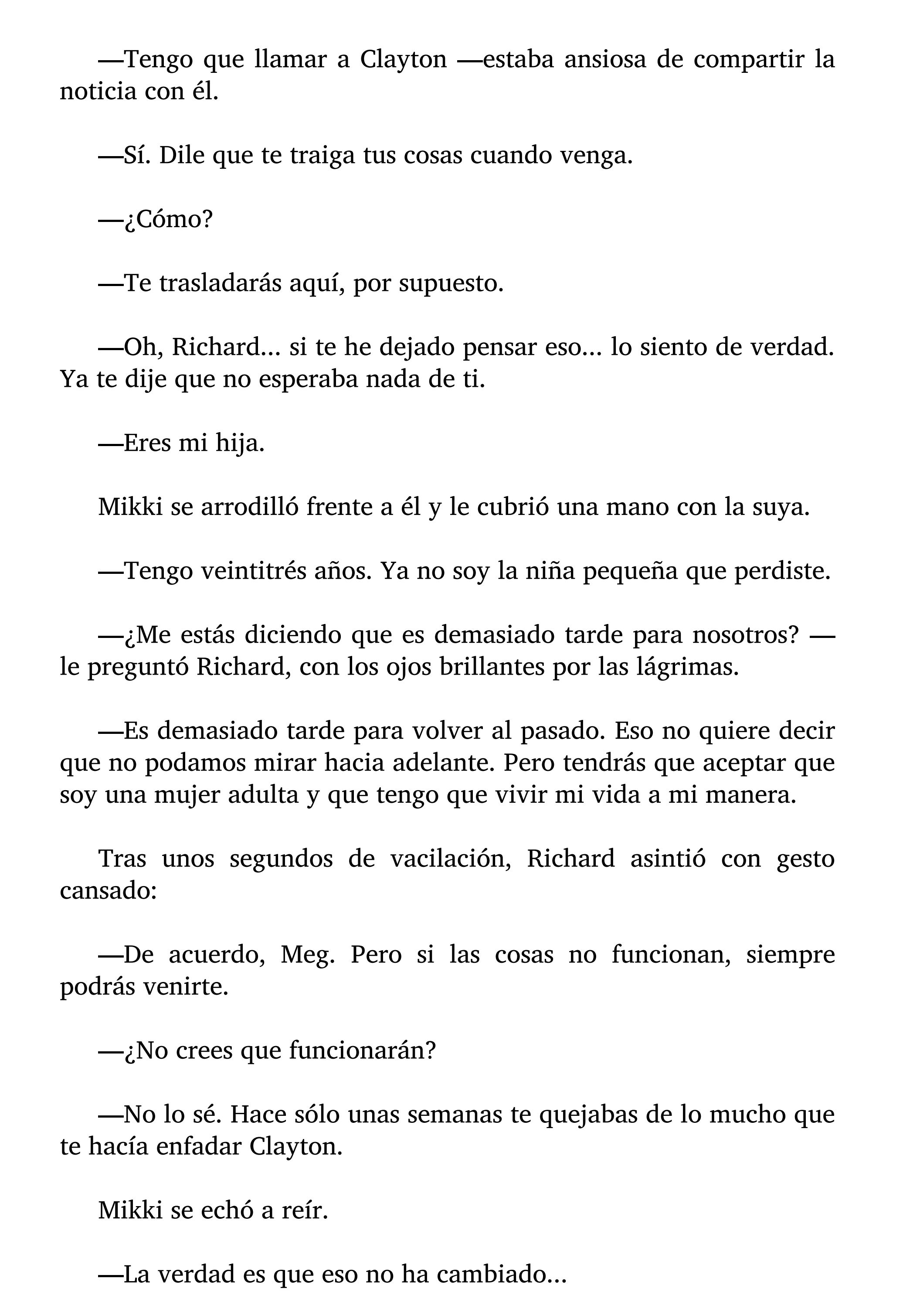
—Entonces es que te importa —advirtió él con evidente alivio.

—Pues claro que sí —se apartó el cabello del rostro, suspirando.

—¿Por qué te comportabas como si no fuera así?

—Porque no quería contraer demasiadas esperanzas.

—La esperanza siempre ha sido mi mejor aliada. Pero ahora que el laboratorio ha confirmado lo que yo ya sabía, tenemos cosas de las que ocuparnos. Tendremos que decírselo a la familia. Y luego habrá que informar a la policía. El caso nunca fue oficialmente cerrado.



—Tengo que llamar a Clayton —estaba ansiosa de compartir la noticia con él.

—Sí. Dile que te traiga tus cosas cuando venga.

—¿Cómo?

—Te trasladarás aquí, por supuesto.

—Oh, Richard... si te he dejado pensar eso... lo siento de verdad. Ya te dije que no esperaba nada de ti.

—Eres mi hija.

Mikki se arrodilló frente a él y le cubrió una mano con la suya.

—Tengo veintitrés años. Ya no soy la niña pequeña que perdiste.

—¿Me estás diciendo que es demasiado tarde para nosotros? —le preguntó Richard, con los ojos brillantes por las lágrimas.

—Es demasiado tarde para volver al pasado. Eso no quiere decir que no podamos mirar hacia adelante. Pero tendrás que aceptar que soy una mujer adulta y que tengo que vivir mi vida a mi manera.

Tras unos segundos de vacilación, Richard asintió con gesto cansado:

—De acuerdo, Meg. Pero si las cosas no funcionan, siempre podrás venirte.

—¿No crees que funcionarán?

—No lo sé. Hace sólo unas semanas te quejabas de lo mucho que te hacía enfadar Clayton.

Mikki se echó a reír.

—La verdad es que eso no ha cambiado...

—¿Estás enamorada de él?

—Sí. ¿Eso te molesta?

—Clayton es como un hijo para mí, pero si tengo que serte sincero, jamás me lo he imaginado como yerno.

«¿Yerno? ¿Matrimonio?», se preguntó Mikki. Aquel tema nunca había surgido entre ellos. Mientras Clayton quiso que el resultado de aquel test fuera positivo en beneficio tanto de Richard como de Alicia, Mikki llegó a tener la impresión de que habría preferido que ella fuera Michelle Finnley, una desconocida huérfana de Kansas.

¿Afectaría aquella noticia a la relación que mantenían? La posibilidad siempre había existido, pero Mikki todavía no se había preparado para ella.

—¿Te quedarás a cenar? —le preguntó Richard.

Al detectar el tono esperanzado de su voz, no pudo negarse. Su conversación con Clayton tendría que esperar.

Clayton abandonó la oficina inmediatamente después de la llamada de Mikki. Aunque ella le había dicho que se encontraba bien, no le había pasado desapercibida la tácita súplica que destilaba su voz. A pesar de las repetidas seguridades que le había dado acerca de que el resultado del test no supondría diferencia alguna para él, Mikki aún parecía dudar de sus sentimientos.

Tardó cerca de una hora en batallar contra el tráfico de la ciudad. Para cuando llegó a la mansión, Mikki ya se había marchado. Descubrió a su tía en el salón. Parecía serena y feliz por primera vez en mucho tiempo.

—Supongo que ya te habrás enterado de la buena noticia.

—Sí, pero ¿dónde está Mikki?

—Con Richard. La llevó al banco para sacar la partida de nacimiento de la caja de seguridad. Volverán para la hora de la cena. ¿Por qué no descansas un poco hasta entonces?

—Necesito hablar contigo acerca de algo.

—¿Qué es lo que te preocupa, querido? —le preguntó Alicia, sonriendo.

Clayton se aflojó la corbata y se sentó en el sofá, frente a ella.

—La semana pasada Joseph dijo algo que me ha estado preocupando desde entonces… ¿Qué sucedió el día en que el hermano de Richard sacó a Meg de la piscina?

Alicia, muy pálida, se movió incómoda en su asiento.

—¿Qué sentido tiene hablar de eso ahora? Sucedió hace más de veinte años.

—Quiero saberlo.

—¿Qué es lo que te dijo Joseph?

—Creo que tú lo sabes.

—Bueno, ya sabes cómo se pone cuando bebe… jugueteó nerviosa con su collar.

Clayton nunca había visto a su tía mostrarse tan evasiva.

—¿Intentó deliberadamente David hacerle algún daño?

—Eso ya no tiene importancia. Él está muerto…

—Eso podría explicar lo que sucedió después. ¿No crees que es una ironía que aquellos papeles fueran enviados a Richard en la misma semana que murió David?

—¿Y?

—Creo que él estuvo relacionado en su secuestro.

—Yo no le recordaría el pasado a Richard, si fuera tú.

—¿Es por eso por lo que nunca se lo dijiste a Richard?

—Se lo dije —la expresión de Alicia se oscureció de furia al recordarlo—. Él no me creyó. Quizá si Joseph se hubiera ido de la lengua antes… —suspiró profundamente—. Intenté advertir a Richard de que Meg se encontraba en peligro. Todos pensaron que estaba muy afectada y que era incapaz de discernir los hechos. Jamás volví a sacar a colación aquel incidente.

—¿Ni siquiera después del secuestro?

—¿Qué habría conseguido con ello? Culpando a cualquier otra persona sólo habría conseguido atraer las sospechas hacia mí. Y ya sospechaban demasiado: la niñera se casa con el millonario, y de repente la hija desaparece misteriosamente. Un argumento clásico.

—Richard nunca te culpó.

—Nunca llegó a acusarme. Pero la culpa siempre fue mía.

—No pudiste haberlo impedido más que yo.

—Tú también te has culpado por ello durante todos estos años, ¿verdad? —sonrió Alicia con tristeza.

Clayton se quedó mirando por la ventana. En todos los aspectos, su tía llevaba la razón. Quizá debiera dejar aquel asunto en suspenso, tanto por el bienestar de la familia Hawthorne como por el suyo propio. ¿Qué bien podría reportar la verdad a esas alturas? Richard había recuperado a su hija. ¿Tenía sentido destrozar la memoria de un hombre que estaba muerto?

En ese instante Alicia se levantó, ahogando un bostezo.

—Creo que voy a dormir una corta siesta antes de cenar. Hoy ha sido un día muy duro —sus rasgos, estaban oscurecidos por la tristeza, y Clayton se sintió culpable por haberle recordado aquellos sucesos tan dolorosos.

—Lo siento.

—No te preocupes Alicia le dio una cariñosa palmada en el hombro antes de salir.

Clayton intentó olvidarse en vano de aquel penoso episodio del pasado, diciéndose que el futuro era lo único que importaba. Tomó un periódico, pero antes de que pudiera consultar la sección de finanzas, Mikki entró en el salón. Llevaba la melena recogida en una cola de caballo y unas gafas oscuras, de manera que Clayton no pudo leer bien su mirada.

—Estás perdiendo facultades, Clayton. Llevas la corbata suelta y todavía no son ni las cinco de la tarde. ¿Con qué nos vas a sorprender? A este paso, el día menos pensado te veremos con una camisa de colores.

—Jamás. ¿Dónde está tu padre?

—Creo que necesitaba su medicina del corazón. Me ha dejado conducir hasta casa.

—¿Qué? Tú no tienes permiso....

Mikki se levantó las gafas de sol y lo miró fijamente.

—¿Y?

—Que si te detienen ya no podrás sacarte uno.

—Menos mal entonces que no me paré cuando le di un golpe de refilón a aquel coche...

—¡No!

—No, tienes razón, no choqué con ninguno. Era una broma. Pero gracias de todas formas por tu voto de confianza. En Kansas cualquier niño llega a los doce años sabiendo conducir una camioneta.

—No puedo creer que Richard te haya dejado conducir —repuso Clayton, sacudiendo la cabeza.

—¿Alguna vez has intentado decirle que no? —le preguntó en aquel momento Richard, entrando en el salón.

Riendo, Mikki se dejó caer en el sofá, casi en el regazo de Clayton.

—Constantemente me dice que no, pero eso no lo lleva a ninguna parte —le comentó con tono risueño.

Clayton rezó en silencio para que pudiera conservar aquella fresca exuberancia cuando el resto de la familia conociera la gran noticia, antes de cenar. .

—Bueno, ¿cómo quieres que te llame ahora: Mikki o Meg?

—Llámame «tuya» —bromeó Mikki, batiendo las pestañas con gesto seductor.

Con el tiempo Clayton había aprendido a descifrar sus estados de ánimo. Bromear de esa forma la ayudaba a evitar los temas que no deseaba abordar.

—¿Dónde está Alicia? —inquirió Richard.

—En su habitación, descansando.

—Creo que me reuniré con ella.

Una vez que se quedaron solos, Clayton la abrazó por la espalda, gruñendo.

—Eres más mala...

—Te he echado de menos.

—No intentes distraerme.

—Te deseo —le susurró ella al oído.

—Este lugar no es el más adecuado para....

—Sólo un beso pequeñito...

—No conoces el significado de un beso pequeño. Nada más empezar, te olvidas de ello...

—Un beso sencillo… nada de lengua, ni de manos. ¿Trato hecho?

Clayton asintió reacio y la soltó, algo que pronto se reveló como un error táctico. Ella no tenía intención alguna de mantener su palabra, y él tampoco de obligarla.

Había algo más que pasión en aquel beso. Era como si necesitara saber que todavía la quería. Un rato después, lentamente y casi con una expresión de disculpa, se apartó.

—Mikki —susurró ella.

—¿Qué?

—Que sigo queriendo que me llames Mikki.

Clayton la estrechó entre sus brazos.

—No creo que pudiera llamarte de ninguna otra manera.

Mikki picaba la mousse de salmón de su plato sin ningún entusiasmo. Había perdido el apetito incluso antes de que sirvieran la cena. Desde el anuncio de Richard, la conversación se había tornado especialmente incómoda.

Alicia cubrió con una mano la de su marido, sobre la mesa, y sonrió a Mikki.

—Y bien, Meg. ¿Qué planes tienes ahora?

—Los mismos que ayer —se movió incómoda en su asiento—. Quiero ingresar en la universidad de Boston, por ejemplo.

William aprovechó la ocasión para burlarse por lo bajo:

—Claro, ahora que el tío Richard pagará la matrícula…

—¿Acaso no nos la pagó a nosotros? —saltó Joseph, para sorpresa de todos los presentes—. ¿Por qué no la dejas en paz de

una vez? Es nuestra prima.

—¿Cuándo te has convertido en su más ferviente admirador? —le preguntó William—. La última vez que hablamos pensabas que era una buscavidas, una golfilla de la calle...

Richard dejó caer entonces el puño sobre la mesa, como un juez dando por terminada una sesión.

—No estoy dispuesto a tolerarte este comportamiento. Discúlpate inmediatamente con Meg.

—No, no quiero ninguna disculpa —intervino Mikki—. No quiero absolutamente nada de él —luego miró a su padre, roja de rabia—. No puedes obligar a las personas a sentir cosas que no sienten. Y si eso te molesta, entonces quizá sea mejor que nos veamos en cualquier otra parte que no sea esta casa.

—Mi hija no debería sentirse como una extraña en su propia casa.

—Y ellos tampoco. Es su casa también, pero no la mía. Y soy más que capaz de defenderme sola cuando me veo en la necesidad de hacerlo. ¿No es cierto, Clayton?

Clayton levantó la copa a su salud, sonriendo. Mikki se preguntó entonces cómo podía ser capaz de ignorar la animosidad que parecía cercarlo. ¿Podría alguna vez, como él, inmunizarse contra las sospechas y las desconfianzas?

—Al contrario que Meg, que es terriblemente generosa, yo no voy a tolerar más este tipo de comportamientos. ¿Ha quedado claro? —preguntó Richard.

—Pero si ella es Megan —protestó William—, entonces ¿qué sucedió? ¿Por qué no la encontramos antes?

—Aún no lo sé, pero lo descubriré. Aunque tenga que investigar a todas las personas que conocieron a Sara Finnley desde el día en que nació, descubriré cómo finalmente Meg llegó a ser adoptada por aquella mujer.

Mikki miró a todos los presentes. A nadie parecía haberle agradado mucho la declaración de intenciones de Richard. ¡A nadie! La frialdad con que sus sobrinos habían acogido la noticia no la sorprendía; temían que las pistas pudieran conducir hacia su padre. En cuanto a Clayton, que conocía lo que Mikki había sentido por la mujer a la que siempre había considerado su madre, bajó la cabeza con expresión entristecida.

Vio entonces que Alicia se quitaba su collar de color plata y turquesa. Aquel gesto era absolutamente inocente. ¿Por qué entonces Mikki sentía aquella extraña tensión en el estómago? Cerró los ojos intentando reconstruir mentalmente la imagen de aquella joya estilo Navajo que Alicia había sentido la necesidad de esconder.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Ahora sabía por qué al investigar el historial de Sara Finnley había experimentado aquella extraña sensación familiar... que le había tocado una fibra sensible... Estaba completamente segura de que Alicia sabía lo que le había ocurrido a Sara. Lo que no podía entender era por qué.

Capítulo Catorce

Todo el mundo se apresuró a murmurar una disculpa apropiada para levantarse de la mesa. Mientras Richard se encerraba con Clayton en el despacho, Mikki decidió seguir a Alicia hasta el salón. Desde el umbral pudo ver cómo se dedicaba nerviosa a colocar cosas que ya estaban ordenadas y en su sitio. De repente, la mujer se volvió y ahogó un grito:

—¡Meg! Me has asustado. Creía que estabas con Richard.

—Está ocupado hablando con Clayton.

—De negocios, sin duda. Tendrás que acostumbrarte —Alicia le señaló una silla—. Anda, siéntate.

Mikki tomó asiento y esperó a que ella hiciera lo mismo.

—En realidad están hablando del secuestro.

—Es natural. Desde que llegó aquel sobre, Richard no ha hablado de nada más. Ni siquiera lo ha detenido el susto que se llevó con el ataque cardíaco.

—Está decidido a descubrir lo sucedido —declaró Mikki.

—Y supongo que tú también.

—Creía que lo estaba.

—¿Y ahora?

—Me gustaría saber por qué.

—Supongo que eso es natural —repuso Alicia.

—Esperaba que me lo dijeras tú.

—¿Yo? —inquirió la mujer, muy pálida.

—Tu collar. El que llevabas en la cena. Me parece que es de estilo Navajo.

—Sí.

—¿Lo adquiriste en Arizona? Solías vivir allí, ¿no?

—Sí. Aún conservo algunas amigas en ese estado.

—¿Era Sara Finnley alguna de ellas? Ella también creció allí —dijo Mikki—. Pero tú sabías eso, ¿verdad? ¿Era amiga tuya?

—No. No era una amiga —respondió Alicia con tono suave.

—¿Pero la conocías?

—Sí —contestó, evitando mirarla a los ojos—. Sara era una prima del padre de Clayton.

—¿Por qué lo hiciste?

—No creo que pudieras comprenderlo.

—¿Tanto me odiabas? —incluso mientras pronunciaba las palabras, su corazón rechazaba aquella posibilidad. El afecto que le profesaba Alicia era sincero; de eso Mikki estaba segura.

—No. No, Meg. Te amaba con todo mi corazón, como si fueras hija mía, pero no podía mantenerte a salvo.

—¿De qué? —Mikki pensó en su fama de gafada cuando era niña, y en la revelación que le había hecho Joseph: «¿y si la caída en la piscina no hubiera sido accidental, sino deliberada?». Incluso su extraño pánico a la piscina parecía cobrar sentido—. Lo que Joseph dijo acerca del hermano de Richard era verdad.

—Sí. Creo que intentó matarte. En aquel entonces estaba convencida de que no tenía otra elección. Así que preparé la farsa de tu secuestro con Sara y sus hermanos. Iba sabiendo de ti de manera indirecta, a través de amigas, hasta que Sara se casó con Max. Después de que os trasladarais, ella cortó el contacto.

—¿Cómo me encontraste?

—Yo no te encontré. Fue Clayton.

—¿Él lo sabía? —exclamó Mikki.

—¡No! —Alicia la agarró de la mano—. Yo envié aquel sobre de forma anónima. Sabía que Richard no cejaría hasta encontrarte.

—¿Por qué? Existía la posibilidad de que finalmente las pistas fueran a parar a ti.

—No me importa. David está muerto; ya no te puede hacer daño —se le quebró la voz y se agarró con fuerza a los brazos del sillón para que dejaran de temblarle las manos. Cuando recuperó la compostura, alzó la barbilla—: Si no te molesta, preferiría contárselo yo misma a Richard. Estoy dispuesta a pagar por lo que hice.

—Desgraciadamente, tú no eres la única que pagará por ello. ¿Estás dispuesta a perjudicar a Joseph y a William sacando a la luz las actividades de David Hawthorne? Porque si no es así, no le veo ningún sentido a revelarlo todo.

—Ya he vivido durante demasiado tiempo con este secreto dentro.

—Y continuarás viviendo con él. Si te sientes obligada a pagar por ello, entonces ése será tu castigo. No te permitiré que le hagas eso a Richard, ni tampoco a Clayton. ¿Has pensado en lo que significaría esto para ellos?

—Cada día de mi vida —suspiró Alicia—. Creo que será mejor que llame a Clay.

—Es un poco tarde para confesiones.

Mikki se sobresaltó al escuchar la amarga voz de Clayton. Se volvió rápidamente y vio que sus ojos grises tenían la frialdad del acero. No necesitaba preguntarle cuánto había escuchado de la conversación; su expresión se lo decía bien a las claras.

—Déjame explicarte... —le pidió Alicia con un tono de súplica.

—Ya he escuchado tu explicación. No quiero saber nada más de ti.

Detrás de su mal contenida furia se adivinaba un profundo dolor que le desgarró el corazón a Mikki. Fue hacia Clayton para ofrecerle su consuelo, pero él no lo aceptó. Se retrajo ante su contacto, como si acabara de erigir en torno suyo un invisible e infranqueable muro.

—Me voy.

—Recogeré mis cosas.

—¡No! —exclamó Clayton—. Tú te quedarás aquí, con tu padre. Donde siempre deberías haber estado —giró sobre sus talones y abandonó la habitación sin dignarse mirar a su tía.

Mikki observó cómo Alicia volvía a dejarse caer en el sillón, terriblemente cansada. «Algunas veces cometemos errores por razonar acertadamente», pensó. ¿Era eso lo que le había querido decir aquella mujer?

Corrió entonces en pos de Clayton, y lo agarró de una manga en su intento de detenerlo.

—Al menos habla con tu tía antes de marcharte de esta manera.

—No tengo nada que decirle.

—¿Ya mí? ¿No tienes nada que decirme a mí?

Clayton la miró fijamente. Por un segundo Mikki vio en sus ojos un brillo de esperanza, pero se evaporó con la misma rapidez con que había aparecido.

—Tú estás mejor fuera de aquí.

—No estoy de acuerdo.

—Lo estarás.

—¿No podemos hablar tranquilamente de esto?

Clayton la miraba sin verla, y Mikki se preguntó qué podía estar pasándole por la cabeza. Desde su primer encuentro en Nueva York, había exhibido una amplia gama de emociones, pero jamás había visto en él aquella carencia de sentimientos. Era como si algo hubiera muerto en su interior. Finalmente se alejó a grandes zancadas, desapareciendo en la escalera.

Clayton conducía su coche sin ningún destino en mente. Durante la última media hora no había hecho otra cosa que recriminarse a sí mismo. Después de años defendiendo a su tía contra cualquier acusación, resultaba que el burlado había sido él. Ella había planeado el secuestro de Meg. Quizá si no hubiera sido tan firme en la defensa de su tía, Meg habría sido encontrada antes.

Detuvo el coche en un bar de carretera. Música alta, un ambiente lleno de humo y unas cuantas copas podrían apagar el dolor que le roía las entrañas. Pero dos horas después se dio cuenta de que el esfuerzo era fútil.

Mikki fue al despacho a hablar con su padre. Cuanto más pensaba en lo que iba a decirle, más convencida se sentía de que había tomado la decisión más adecuada. A pesar de cuál fuera la razón, Richard nunca comprendería, nunca perdonaría. La verdad destrozaría demasiadas vidas a su paso.

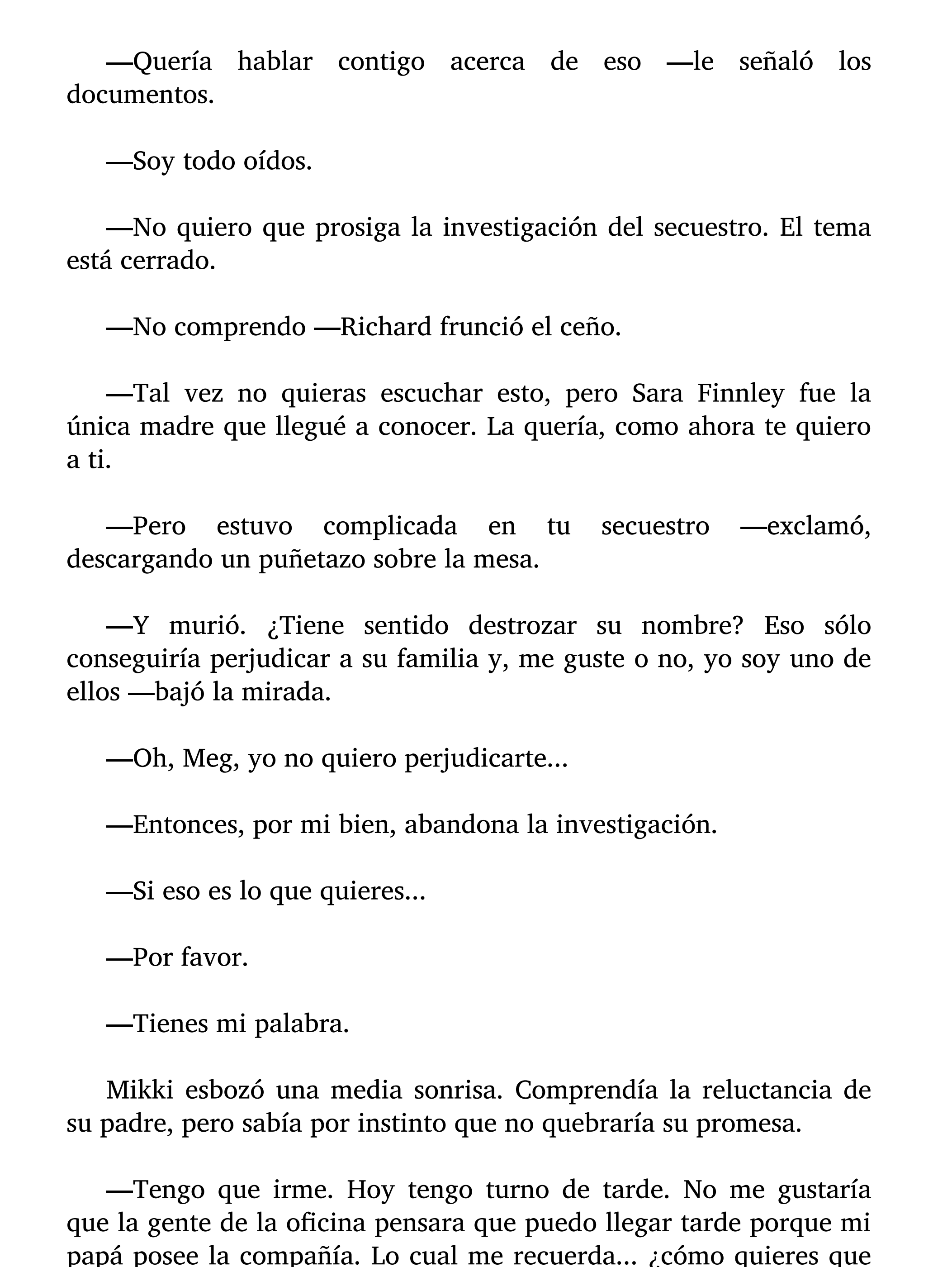
Richard se encontraba sentado ante su escritorio, hojeando los informes sobre el secuestro de Megan.

—Meg —le sonrió—. Toma asiento. ¿Dónde está Clayton?

«Ojalá lo supiera», pensó mientras se sentaba frente a la mesa.

—Tenía algunas cosas que hacer. Le veré más tarde en casa.

—Oh. No tenía por qué empezar a trabajar esta noche. Ahora que ya te hemos encontrado, todos los demás asuntos pueden esperar unos cuantos días.



—Quería hablar contigo acerca de eso —le señaló los documentos.

—Soy todo oídos.

—No quiero que prosiga la investigación del secuestro. El tema está cerrado.

—No comprendo —Richard frunció el ceño.

—Tal vez no quieras escuchar esto, pero Sara Finnley fue la única madre que llegué a conocer. La quería, como ahora te quiero a ti.

—Pero estuvo complicada en tu secuestro —exclamó, descargando un puñetazo sobre la mesa.

—Y murió. ¿Tiene sentido destrozar su nombre? Eso sólo conseguiría perjudicar a su familia y, me guste o no, yo soy uno de ellos —bajó la mirada.

—Oh, Meg, yo no quiero perjudicarte...

—Entonces, por mi bien, abandona la investigación.

—Si eso es lo que quieres...

—Por favor.

—Tienes mi palabra.

Mikki esbozó una media sonrisa. Comprendía la reluctancia de su padre, pero sabía por instinto que no quebraría su promesa.

—Tengo que irme. Hoy tengo turno de tarde. No me gustaría que la gente de la oficina pensara que puedo llegar tarde porque mi papá posee la compañía. Lo cual me recuerda... ¿cómo quieres que te llame? ¿Papá, papi, padre?

Afortunadamente distraído por su pregunta, Richard respondió orgulloso:

—Como quieras; me conformo con cualquier nombre. ¿Cuándo te veré otra vez?

—Creía que este fin de semana podríamos tomar juntos el sol en la piscina.

—Esperaré ansioso tu visita.

Mikki sonrió y salió del despacho antes de que su padre se diera cuenta de que no disponía de coche para regresar al apartamento. Ignoraba si Clayton pensaba volver a casa esa noche. En el vestíbulo, se dispuso a llamar por teléfono para pedir un taxi.

—¿Meg?

Al oír la voz vacilante de Joseph, Mikki colgó el auricular. Se volvió, preparada para lo peor.

—Quería darte las gracias por lo que acabas de hacer.

—¿Cómo?

—Escuché tu conversación con el tío Richard.

—¿Así que ahora te dedicas a escuchar tras las puertas? —la invadió una oleada de resentimiento.

—Sí, bueno —se aclaró la garganta—, temía que pudieras decirle lo de mi padre. No me importa por mí, pero mi madre…

—Olvídalo.

Cuando ya se disponía a marcharse, Joseph la tocó en un hombro. Aquel leve e inesperado contacto la sorprendió. Miró fijamente los ojos oscuros de aquel hombre que compartía una semejanza física tan acusada con Richard y con ella.

—No olvidaré lo que has hecho.

—No lo hice por ti ni por tu madre. Lo hice por mi padre.

—Sean cuales sean tus razones, Meg, estoy en deuda contigo.

—No estés tan seguro. A veces el silencio es nuestro peor castigo.

—Lo sé.

Mikki asintió con expresión de tristeza:

—No lo dudo.

Clayton terminó al fin de subir penosamente las escaleras, un esfuerzo que parecía haber absorbido toda su energía. En el espejo de pared se miró de reojo por un instante, y gruñó. Se parecía demasiado a Joseph saliendo del club un sábado por la noche.

Entró en el salón y se derrumbó en la silla más cercana. Allí se quedó sentado, en medio de la oscuridad, intentando ignorar la manera en que le daba vueltas la cabeza mientras escuchaba el distante rumor de las olas que rompían en la costa.

Oyó entonces el ruido de la puerta al abrirse, seguido de una luz brillante, cegadora. Mientras sus ojos se adaptaban a la luz, vio a Mikki acurrucada en un extremo del sofá.

—¿Qué estás haciendo aquí? —musitó.

—Vivo aquí.

—Deberías haberte quedado en casa de tu padre.

—Quizá tú también. Si piensas ahogar tus penas en una botella de whisky… entonces es que tienes más cosas en común con mis primos que yo.

—Vete a casa.

—Te repito que ya estoy en casa. Cuando hayas dormido esa borrachera, hablaremos —vio que se llevaba una mano al estómago, con un gesto de dolor—. Espero que te pases toda la noche visitando el baño. Es lo menos que te mereces.

—Me merezco eso y mucho más.

Mikki se levantó para acercarse a él.

—Sí. Te mereces además una patada en el trasero, hipócrita.

—¿Te importaría explicarme eso?

—Claro que no. Cuando estés lo suficientemente sobrio como para entenderme. Me voy a la cama. Mañana tengo que trabajar.

Mikki le besó en la mejilla y se marchó. Una bofetada en plena cara le hubiera dolido menos.

Un fuerte traqueteo despertó a Clayton de un inquieto sueño. Cuando una luz cegadora invadió la habitación, sintió una fuerte punzada de dolor en el cerebro. Gruñendo, enterró la cabeza en las almohadas.

—Buenos días —el tono animado de la voz de Mikki le produjo una nueva punzada de dolor.

En su presente y lamentable condición, Clayton no podía mirarla a la cara. Pero... ¿a quién quería engañar? Su condición nada tenía que ver en ello. ¿Cómo podía dirigirse a ella? No quería su perdón. Quería que lo culpara....

Mikki se sentó en el borde de la cama, ofreciéndole una taza.

—Aquí tienes agua para la aspirina.

Clayton se esforzó por sentarse, cubriéndose modestamente con una almohada. Al ver su gesto, ella se echó a reír.

—¿Me estás escondiendo algo que no haya visto antes?

—Mikki...

—Tómate la aspirina y sigue durmiendo.

Su voz sonaba cansada, como si no hubiera dormido mejor que él. El deseo de estrecharla entre sus brazos y mecerla hasta que se durmiera lo abrumó, hasta que se recordó que no tenía ese derecho.

Se tragó la aspirina con la ayuda del vaso de agua. Tal vez pudiera aliviarle el dolor de cabeza, pero no conseguiría curar la angustia que le atenazaba el corazón. La culpa con la que había convivido durante la mayor parte de su vida palidecía en comparación con lo que sentía en aquel momento. Richard y Mikki tenían un futuro por delante… y Clayton no se merecía tomar parte en él.

—Tengo que irme, o perderé el autobús.

—¿Vas a trabajar hoy?

Mikki esbozó entonces una radiante sonrisa:

—¿Te gustaría que llamase diciendo que estoy enferma, para que podamos pasar la mañana en la cama?

Nada le habría gustado más a Clayton. ¿Pero luego qué? ¿Evitar a su padre durante el resto de su vida? ¿Poner a Mikki en una situación en la que tuviera que elegir entre los dos?

—No creo que sea una buena idea.

—Todavía estoy padeciendo los efectos de tu última buena idea. Al menos la mía no da resaca —le arropó delicadamente con la manta—. Hasta luego.

Capítulo Quince

Clayton se frotó las sienes, que le latían. Tres veces había empezado a redactar su carta de dimisión. Una tarea nada fácil dado que todavía tenía resaca y no sabía escribir a máquina. Había dejado sin responder los dos mensajes que Alicia le había dejado en el contestador.

Las reuniones le habían ocupado la mayor parte de la tarde. Con la oficina casi vacía, dedicó toda su atención a la carta e intentó convencerse a sí mismo de que dimitir era lo mejor que podía hacer.

Tamborileó con los dedos sobre el escritorio. Ninguna palabra le parecía adecuada. Antes de que pudiera terminar la primera frase, fue interrumpido por unos fuertes golpes en la puerta. Sin esperar su respuesta, Joseph entró en el despacho.

—¿Es que el club de polo está cerrado hoy? —inquirió Clayton.

—Supongo que me lo merezco —Joseph empezó a pasear nervioso por la habitación, hasta que decidió sentarse—. Quiero pedirte trabajo.

—¿Estás de broma? Tú ya tienes un trabajo.

—Me pagan un salario; eso no es lo mismo que tener un trabajo.

—¿Y por qué me lo dices a mí?

—Oh, vamos, Clay. La compañía es tuya. Lo es desde hace años.

—Pertenece a Richard. Y un día será de Mikki.

—Ella no la quiere; lo sabes tan bien como yo. No quiere dedicarse a estas cosas. Y Richard desea dedicar todo su tiempo a estar con su hija, a recuperar el tiempo perdido.

—¿Quieres trabajar? Inténtalo con las ventas. Allí necesitan ayuda.

Ventas —repitió Joseph—. Eso podría convenirme.

—Bien. ¿Eso es todo?

—No. Quería hablarte de un problema familiar.

Clayton sacudió la cabeza. ¿Cuándo su status había sido elevado a miembro de la familia?

—¿Qué?

—Necesito saber qué es lo que piensas hacer. Incluso aunque Meg le haya pedido a Richard que no prosiga con las investigaciones...

—¿Cómo? ¿Ha hecho eso?

—Imaginaba que te lo habría contado. Ya sé que no tengo ningún derecho a pedirte favores. Pero dado que Meg no quiere respuestas, me gustaría ahorrarle a mi madre más humillaciones.

Obviamente, Joseph temía que su padre hubiera estado complicado en el secuestro. Clayton pensó en sacarlo de su error, pero David Hawthorne no había sido menos responsable del mismo que la propia Alicia, aunque de manera indirecta.

—Ya no quiero seguir removiendo el pasado.

Así que Mikki había acudido a su padre con la intención de proteger a Alicia. Clayton se preguntó si Alicia querría hablar con Richard para contarle toda la verdad, o si optaría por respetar los deseos de Mikki.

—¿Sabes? Probablemente Meg sea el miembro más honesto y decente de esta familia, a pesar de sus antecedentes —observó Joseph.

—Ya es demasiado malo que no pudiera contar con los mismos privilegios que nosotros.

—Si hubiera sido así, tal vez se habría vuelto como nosotros —

Joseph se encogió de hombro—. Será mejor que me vaya.

Una vez que volvió a quedarse solo, Clayton releyó la primera frase. ¿Era su marcha una medida que redundaba en interés de todos, o se trataba más bien de una cobarde retirada? Richard no tenía deseo alguno de volver a administrar la compañía; quería tiempo para dedicarlo a su hija. Un tiempo que tendría si Clayton convencía a Mikki de que volviera a la casa. Y ya no volvería a sufrir ningún daño de sus primos.

Todavía quedaba el problema del consentimiento de Mikki. Clayton intentó recordar si alguna vez había conseguido derrotarla en alguna discusión. Testaruda, voluntariosa y apasionada en la defensa de sus convicciones, raramente cedía… y jamás se había rendido.

Mikki se detuvo ante la puerta del despacho y asomó la cabeza. Clayton estaba sentado ante su ordenador, pero parecía ensimismado en sus reflexiones. Tuvo que aclararse la garganta para atraer su atención.

—¡Mikki! ¿Por qué sigues aquí todavía?

La joven irrumpió en el despacho con mayor confianza de la que sentía.

—Necesito hablarte.

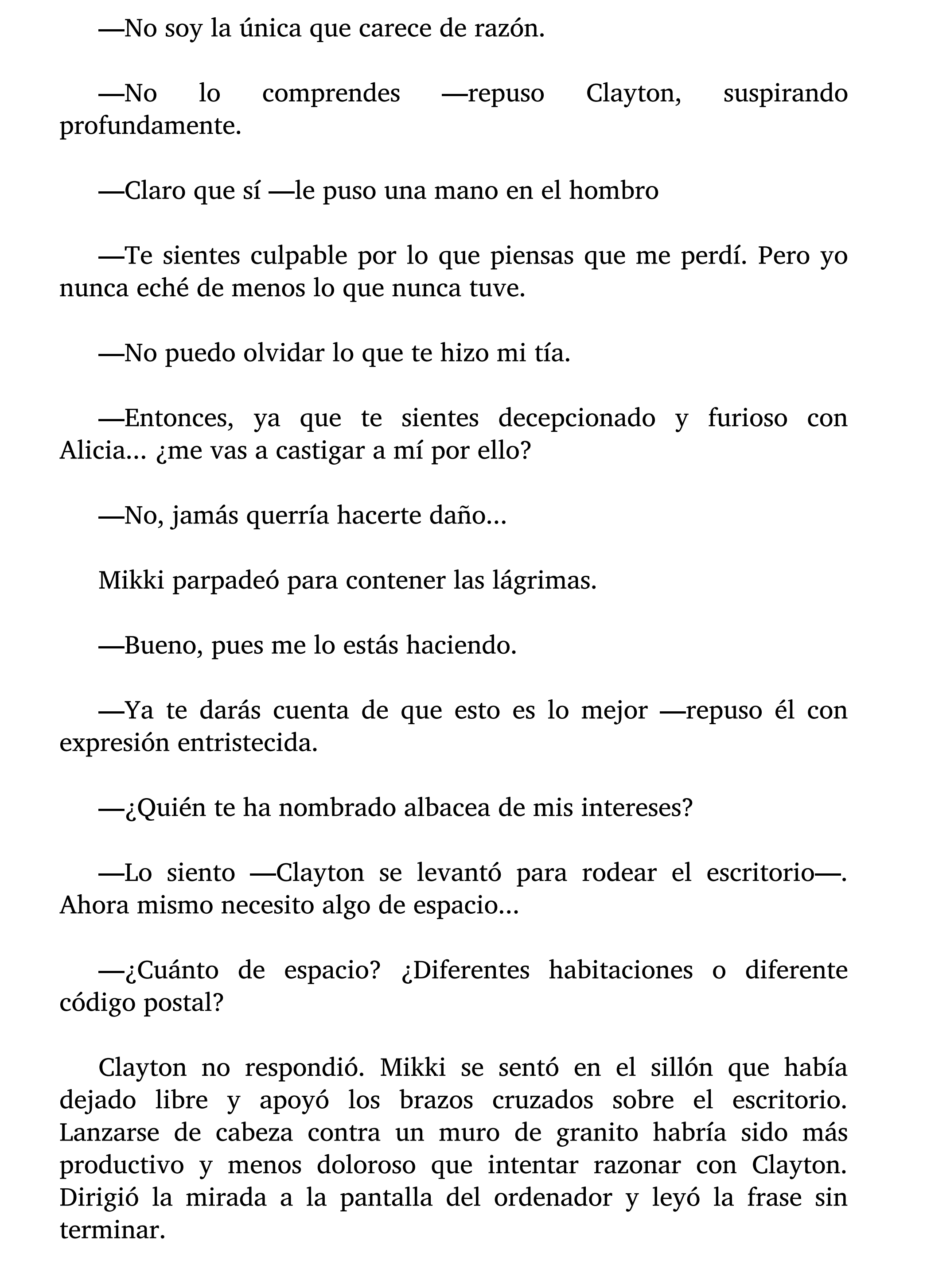
—¿Aquí?

—Habría esperado hasta después, pero no estaba segura de que fueras a volver directamente a casa… por si hacías una parada en el bar más próximo.

—Oh —exclamó arrepentido; todavía estaba padeciendo la resaca—. Siéntate. Yo también necesito hablar contigo.

Mikki se sentó en el borde del escritorio, sosteniéndole la mirada.

—Si vas a empezar con lo de «creo que sería mejor que te



mudaras a la casa de tu padre», mejor ahórrate las palabras.

—Sé razonable.

—No soy la única que carece de razón.

—No lo comprendes —repuso Clayton, suspirando profundamente.

—Claro que sí —le puso una mano en el hombro

—Te sientes culpable por lo que piensas que me perdí. Pero yo nunca eché de menos lo que nunca tuve.

—No puedo olvidar lo que te hizo mi tía.

—Entonces, ya que te sientes decepcionado y furioso con Alicia... ¿me vas a castigar a mí por ello?

—No, jamás querría hacerte daño...

Mikki parpadeó para contener las lágrimas.

—Bueno, pues me lo estás haciendo.

—Ya te darás cuenta de que esto es lo mejor —repuso él con expresión entristecida.

—¿Quién te ha nombrado albacea de mis intereses?

—Lo siento —Clayton se levantó para rodear el escritorio—. Ahora mismo necesito algo de espacio...

—¿Cuánto de espacio? ¿Diferentes habitaciones o diferente código postal?

Clayton no respondió. Mikki se sentó en el sillón que había dejado libre y apoyó los brazos cruzados sobre el escritorio. Lanzarse de cabeza contra un muro de granito habría sido más productivo y menos doloroso que intentar razonar con Clayton. Dirigió la mirada a la pantalla del ordenador y leyó la frase sin terminar.

—Oh, esto sí que es bueno —exclamó—. No sólo piensas dejarme a mí, sino que también pretendes abandonar a Richard.

—No te voy a dejar —Clayton pulsó una tecla para borrar la imagen de la pantalla.

—Espero que no, porque te prometo una cosa. No te culpo por los veinte últimos años, pero si me dejas ahora, te aseguro que te culparé por los veinte siguientes.

Sin esperar su reacción, Mikki salió del despacho. Sabía que Clayton necesitaba pensar. Después de todo, apenas habían transcurrido veinticuatro horas desde que sus más firmes creencias habían quedado hechas añicos. Él mismo le había dado más tiempo a ella para que se acostumbrara a su nueva situación.

Cuando salía del edificio se encontró con Joseph. Se sorprendieron mutuamente cuando él se ofreció a llevarla en su coche y ella aceptó. Una vez en el apartamento, Mikki se cambió de ropa y metió algunas cosas en su maletín. Si Clayton necesitaba espacio, ella se lo daría.

Clayton descolgó por enésima vez el teléfono, y por enésima vez cambió de idea. ¿Y sí Mikki no se había ido a casa de su padre? ¿Qué le diría a Richard? «Lo lamento, pero me parece que has vuelto a perder a tu hija otra vez». Maldijo entre dientes. ¿Por qué Mikki no le había dejado ningún mensaje?

Había pasado una noche horrible preocupándose por Mikki y preguntándose dónde podría estar. El agotamiento de los últimos días había hecho presa en él. No podía dormir, no podía comer... Diablos, parecía como si ya no pudiera volver a articular pensamiento racional alguno.

Cuando finalmente se convenció de que Mikki debía de estar en casa de su padre, Richard lo llamó preguntando por ella. Así que su brillante teoría había fallado. ¿A dónde podría haber ido? Se encontraba sumido en un estado de irracionalidad absoluto... y cuando finalmente la vio entrar por la puerta, perdió el escaso control que todavía le quedaba.

—¿Dónde demonios has estado?

Mikki dejó caer la mochila a sus pies.

—De acampada.

—¿Sola?

—No. Me he llevado al equipo de baloncesto de Boston para que me hiciera compañía.

—Muy graciosa —Clayton se dijo que se había preocupado hasta la locura y ella, en cambio, se dedicaba a hacer chistes.

—Por supuesto que me he ido sola. Tú mismo dijiste que necesitabas algo de espacio, así que te he dejado varios kilómetros de espacio. ¿Has disfrutado durante mi ausencia?

—¿No se te ocurrió dejarme una nota?

—Le dije a Alicia dónde me iba —vio que tensaba la mandíbula, y comprendió que no había llamado a su tía. Estaba incluso sorprendido de que ella lo hubiese hecho.

—Tu padre llamó hace unos minutos. Te espera en casa esta tarde.

—Lo sé. Sólo pasaba por aquí para recoger mi traje de baño.

—Entonces, ¿volverás más tarde?

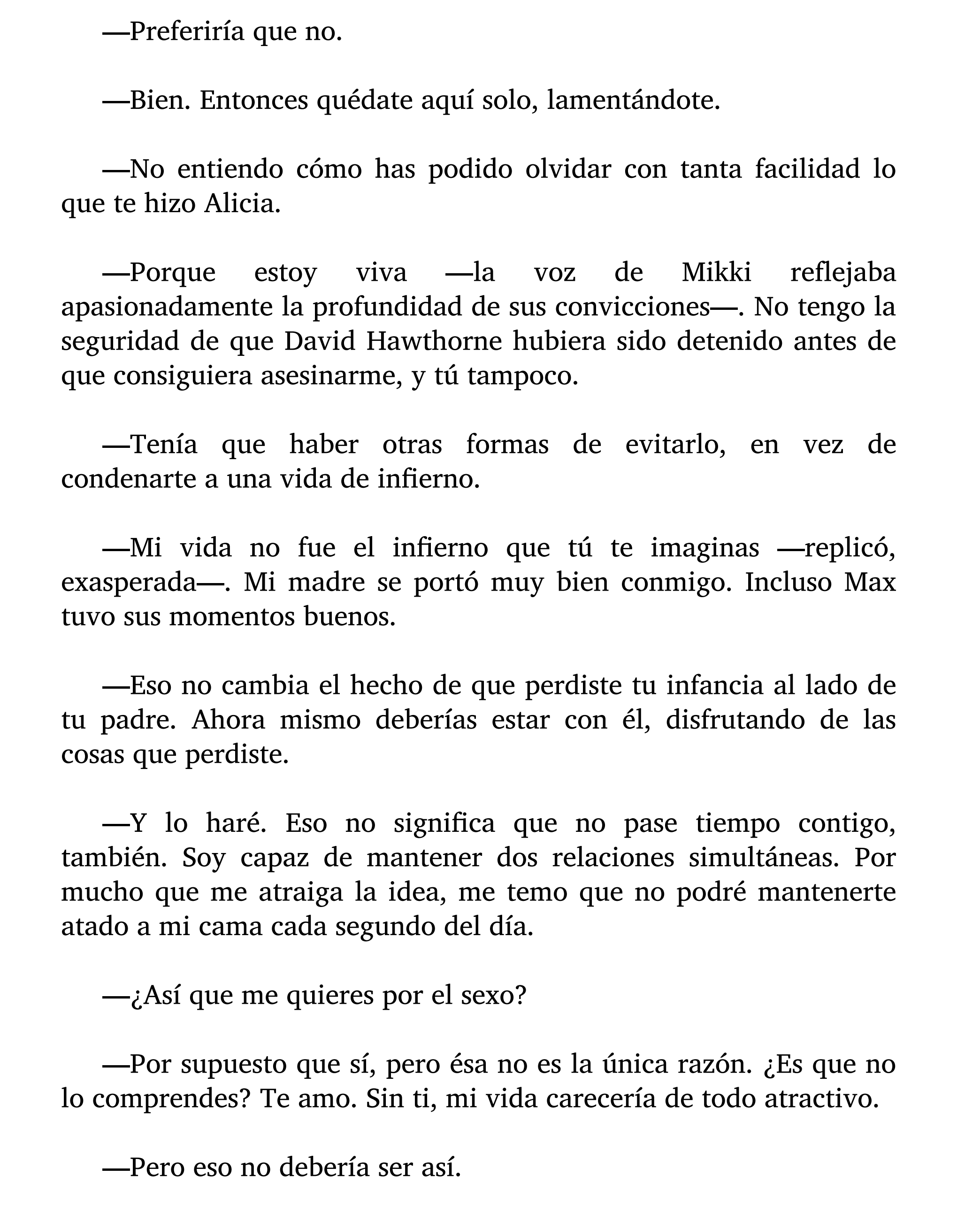
Mikki esbozó una sonrisa.

—Quieres que vuelva, ¿verdad?

—Bueno, no me gustaría que te quedaras viviendo en una tienda.

Mikki se lanzó entonces a sus brazos, apretándose contra él.

—Ven conmigo hoy.



—Preferiría que no.

—Bien. Entonces quédate aquí solo, lamentándote.

—No entiendo cómo has podido olvidar con tanta facilidad lo que te hizo Alicia.

—Porque estoy viva —la voz de Mikki reflejaba apasionadamente la profundidad de sus convicciones—. No tengo la seguridad de que David Hawthorne hubiera sido detenido antes de que consiguiera asesinarme, y tú tampoco.

—Tenía que haber otras formas de evitarlo, en vez de condenarte a una vida de infierno.

—Mi vida no fue el infierno que tú te imaginas —replicó, exasperada—. Mi madre se portó muy bien conmigo. Incluso Max tuvo sus momentos buenos.

—Eso no cambia el hecho de que perdiste tu infancia al lado de tu padre. Ahora mismo deberías estar con él, disfrutando de las cosas que perdiste.

—Y lo haré. Eso no significa que no pase tiempo contigo, también. Soy capaz de mantener dos relaciones simultáneas. Por mucho que me atraiga la idea, me temo que no podré mantenerte atado a mi cama cada segundo del día.

—¿Así que me quieres por el sexo?

—Por supuesto que sí, pero ésa no es la única razón. ¿Es que no lo comprendes? Te amo. Sin ti, mi vida carecería de todo atractivo.

—Pero eso no debería ser así.

—Sí que lo es. De otra forma, ¿para qué molestarse?

Clayton giró los ojos, como implorando ayuda al cielo.

—No me lo estás poniendo nada fácil.

—¿Quieres que te facilite que me abandones? Te lo presentaré de una manera sencilla. Dime que no me amas, y saldré por esa puerta antes de que siquiera puedas pestañear.

—Esto no tiene que ver con el amor.

—Respuesta equivocada. Estás atado a mí para siempre.

—¡Mikki!

—Oh, Clayton —se giró en redondo, dejando escapar un exasperado suspiro—. Estoy cansada de discutir contigo. Me voy a casa de mi padre. Si para superar esto necesitas imprimir un giro radical a tu vida, entonces hazte un tatuaje o cómprate una Harley Davidson, lo que quieras. Haré cualquier cosa que me pidas. Cuando estés dispuesto a aceptar que los dos nos queremos, nos necesitamos, vuelve conmigo.

Mikki perdió una nueva bola, se enjugó el sudor de la frente y dejó escapar una risita nerviosa. Llevaba una hora jugando y no había sido capaz de devolver un solo servicio. Debería habérselo pensado mejor antes de aceptar un desafío cuando no tenía ni idea de jugar al tenis, pero no había podido defraudar a Joseph. Ese día incluso William la había saludado. Un verdadero progreso operado durante sus últimos encuentros.

—¡Juego! —exclamó Joseph triunfando en otro servicio.

—Detesto el tenis —gruñó Mikki.

Richard, sentado en una silla a manera de juez del partido, sonrió con expresión indulgente.

—Necesitas que te den algunas lecciones.

—No, gracias —se quitó la visera y salió de la cancha—. ¿Qué diabólico juego es éste? La puntuación es un lío de mil demonios.

—¿Echas de menos a Clayton? —le preguntó su padre en voz baja; había interpretado correctamente su estado de ánimo, que poco tenía que ver con el tenis.

Mikki se encogió de hombros, pero lo echaba de menos más a cada hora que pasaba.

—¿Por qué no te vas al club con Joseph y ves el partido de polo? —le sugirió Richard.

—Ni hablar —intervino su primo—. Se pondría a echarnos sermones acerca de por qué deberíamos liberar a los caballos...

—¿Polo? —Mikki arqueó una ceja—. Es como un campo de hockey en el que la gente es demasiado vaga para correr; por eso monta a caballo.

—Te lo dije —musitó Joseph mientras se retiraba—. Y hablando de vagos, la próxima vez que quiera dormir una siesta, te llamaré para que juguemos otro partido.

Mikki se agachó para recoger una pelota de tenis y se la lanzó a la espalda con éxito.

—¡Juego!

—Sigues siendo una mocosa, Meg —se burló Joseph, y desapareció antes de que ella pudiera lanzarle otra pelota.

—Me alegro muchísimo de que empecéis a llevaros bien —le comentó Richard mientras se levantaba de la silla para acompañar a Mikki a la casa.

—Sí, claro. Es fácil congeniar cuando él es el que gana. Me ha dado la gran paliza.

—Bueno, la verdad es que resultas patética —le pasó un brazo por los hombros—. En el tenis, quiero decir.

—Vaya, gracias, papá.

—Recuerda que te propuse conseguirte unas clases.

—Oh, estupendo. Algún tipo estirado vestido con esos ridículos pantalones blancos tendrá que enseñarme a mejorar mi técnica de

revés.

—No sé cómo decírtelo, Meg… No tienes ninguna técnica de revés.

—No, pero tiene un terrible gancho de izquierda.

—¡Clayton! —Mikki se giró en redondo, y el pulso se le aceleró al verlo. Vestido con unos vaqueros y una camiseta, no se parecía nada al rígido ejecutivo que había dejado en el apartamento hacía tan sólo algunas horas.

—Llegas temprano, Clay —le dijo Richard.

—¿Ah, sí?

—Mikki me dijo que no llegarías hasta las seis.

—¿Eso te dijo ella? —inquirió con tono divertido, y se dirigió a Mikki—. ¿Tan segura estabas de que iba a venir?

—Más bien albergaba esa esperanza —respondió ella, sacudiendo la cabeza.

Richard arqueó las cejas, confundido.

—¿Es que me estoy perdiendo algo? —vio que los dos se miraban fijamente, sin contestar—. ¿O es que estoy interrumpiendo?

—¿Me prestas a tu hija? —pero Clayton no esperó su respuesta; la tomó de la cintura y la acercó hacia sí. Mikki se despidió con una sonrisa de su padre.

—¿A dónde vamos?

Clayton la llevó por el jardín, rodeando en silencio el perímetro de la casa. Mikki estudiaba su rostro intentando interpretar su estado de ánimo. Aunque hacía tan sólo unos segundos se había mostrado muy relajado, en ese momento parecía estar muy inquieto. De pronto Mikki se detuvo, negándose a moverse.

—No voy a dar un paso más hasta que me digas qué es lo que te pasa.

—De acuerdo —Clayton deslizó las manos por su cintura, acercándola hacia sí para que pudiera sentir su excitación.

Vaya… —suspiró con expresión anhelante—… esto está muy bien.

Embriagada por su aroma masculino, se acurrucó contra él. El jardín de la casa era un extraño lugar para una escena amorosa de ese tipo, pero no iba a quejarse. Le echó los brazos al cuello y lo besó con pasión. Y todas sus sensaciones de miedo y frustración se evaporaron cuando Clayton le devolvió aquel ávido beso.

Reacio, de pronto se apartó. Mikki dejó escapar un débil gemido de protesta, y abrió mucho los ojos con gesto de sorpresa. Lo miró fijamente durante unos segundos.

—Te has taladrado una oreja —exclamó deleitada, y deslizó un dedo por el pendiente de diamante.

—Me la taladré cuando estudiaba en la universidad. Pero mi gran gesto de liberación apenas duró un semestre. Tuve miedo de volver a casa con un pendiente en la oreja.

—Me gusta.

—Sabía que te gustaría —su sonrisa se amplió—. Me he pasado media hora intentando ponérmelo.

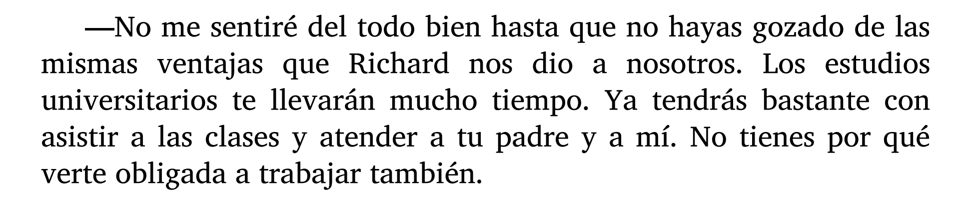
—Entonces, ¿ya estás bien? —le preguntó Mikki con tono esperanzado.

—Aún no —le deslizó un dedo por la mejilla, arrancándole un suspiro—. Me dijiste que harías cualquier cosa por mí con tal de que superara esta situación, ¿recuerdas?

—Sí. ¿Y?

—Lo primero de todo, puedes completar el verano, pero una vez que ingreses en la universidad, estás despedida.

—¿Qué?



—No me sentiré del todo bien hasta que no hayas gozado de las mismas ventajas que Richard nos dio a nosotros. Los estudios universitarios te llevarán mucho tiempo. Ya tendrás bastante con asistir a las clases y atender a tu padre y a mí. No tienes por qué verte obligada a trabajar también.

—¿Eso es negociable?

—No. Lo tomas o lo dejas.

—¿Qué se supone que tengo que hacer para ganar dinero?

—Creo que tendremos que apañárnoslas sin tu salario hasta que salgas de la universidad.

Mikki no parecía muy contenta con la perspectiva. Así era ella. Nunca quería lo que quería la mayoría de la gente.

—Dijiste que harías lo que fuera necesario —le recordó.

—Eso no es justo...

—No me hables de justicia —gruñó Clayton—. Nada en tu vida ha sido justo.

—Mi vida no ha sido tan mala desde que tú entraste en ella.

—Entonces, ¿qué me dices?

—No me sentiría bien viviendo de tu dinero, Clayton.

—Muchos maridos mantienen a sus esposas mientras éstas estudian. Bien entendido que sólo será una medida provisional hasta que empieces a trabajar otra vez.

—Pero nosotros no estamos casados.

—Lo estaremos —declaró Clayton con tono práctico.

—¿Ah, sí? ¿Y piensas pedírmelo?

—Creí que ya lo había hecho —dejó escapar el aliento que había estado conteniendo hasta ese instante.

—Suena más bien a propuesta de negocios. ¿Qué pasa con el romanticismo? ¿Y las flores? ¿Y los regalos?

—¿Quieres regalos? Pues ven —la empujó suavemente con una mano en la espalda y, una vez que rodearon la esquina y salieron al sendero de entrada en la casa, la soltó—. ¿No te parece un buen regalo?

Mikki se quedó mirando el todoterreno decorado con una gran guirnalda roja que cubría prácticamente todo el parabrisas.

—¿Qué es esto?

—Pensé que lo preferirías antes que un coche normal. Tu equipo de acampada cabe perfectamente.

—¿Lo has comprado para mí? —susurró como si fuera incapaz de imaginarse esa posibilidad—. ¿Por qué?

—Lo necesitarás para ir a clase todos los días.

Mikki rodeó el vehículo, observando todos los detalles.

—¿Es que no te gusta?

—Claro que sí, pero...

—Nada de peros. Es tu regalo de boda.

Mikki arqueó una ceja, mirándolo con expresión seductora.

—¿Puedo probarlo antes de decidirme?

—No. Lo estoy reservando para después de la boda.

—Oh, Clayton, eres tan anticuado.... Supongo que es por eso por lo que te amo.

—¿Quiere eso decir que te casarás conmigo?

—Sí —se lanzó a sus brazos—. Pero antes tengo algunas condiciones.

—¿Cuáles son?

—Quiero que Alicia sea mi madrina de boda. ¿Tienes algún problema con eso?

—¿Acaso puedo elegir?

—Tendrás que perdonarla.

—¿Por qué?

—Porque no te perdonarás a ti mismo hasta que lo hagas. Y odiaría pensar que te casas conmigo movido por la culpa.

—Me caso contigo porque te amo —insistió Clayton. Aunque nunca había suscrito la teoría de Maquiavelo sobre el fin y los medios, Mikki había sobrevivido, estaba viva. Su tía había actuado movida por una noble intención. Si Mikki podía perdonar a Alicia, él también podía hacerlo—. De acuerdo, hablaré con ella.

—Te quedarás mejor.

—Has aceptado ser mi esposa. No podría ser más feliz.

—¿Eso crees? —se acurrucó contra él, torturándolo con sus excitantes movimientos—. Llévame a dar un paseo en mi nuevo todoterreno y te enseñaré verdaderas maravillas.

Clayton miró a su alrededor para asegurarse de que nadie los estaba observando.

—Después de que nos casemos, te enseñaré algo de control.

Mikki le acarició su excitación que presionaba contra sus vaqueros.

—No, no harás tal cosa. Porque contigo cerca, no quiero controlarme. Quiero poder tocarte en cualquier lugar y siempre que lo desee. Ese es el trato. O lo tomas o lo dejas.

Clayton vaciló por un momento, y al fin abrió la puerta del todoterreno.

—Creo que podré soportarlo.

Fin